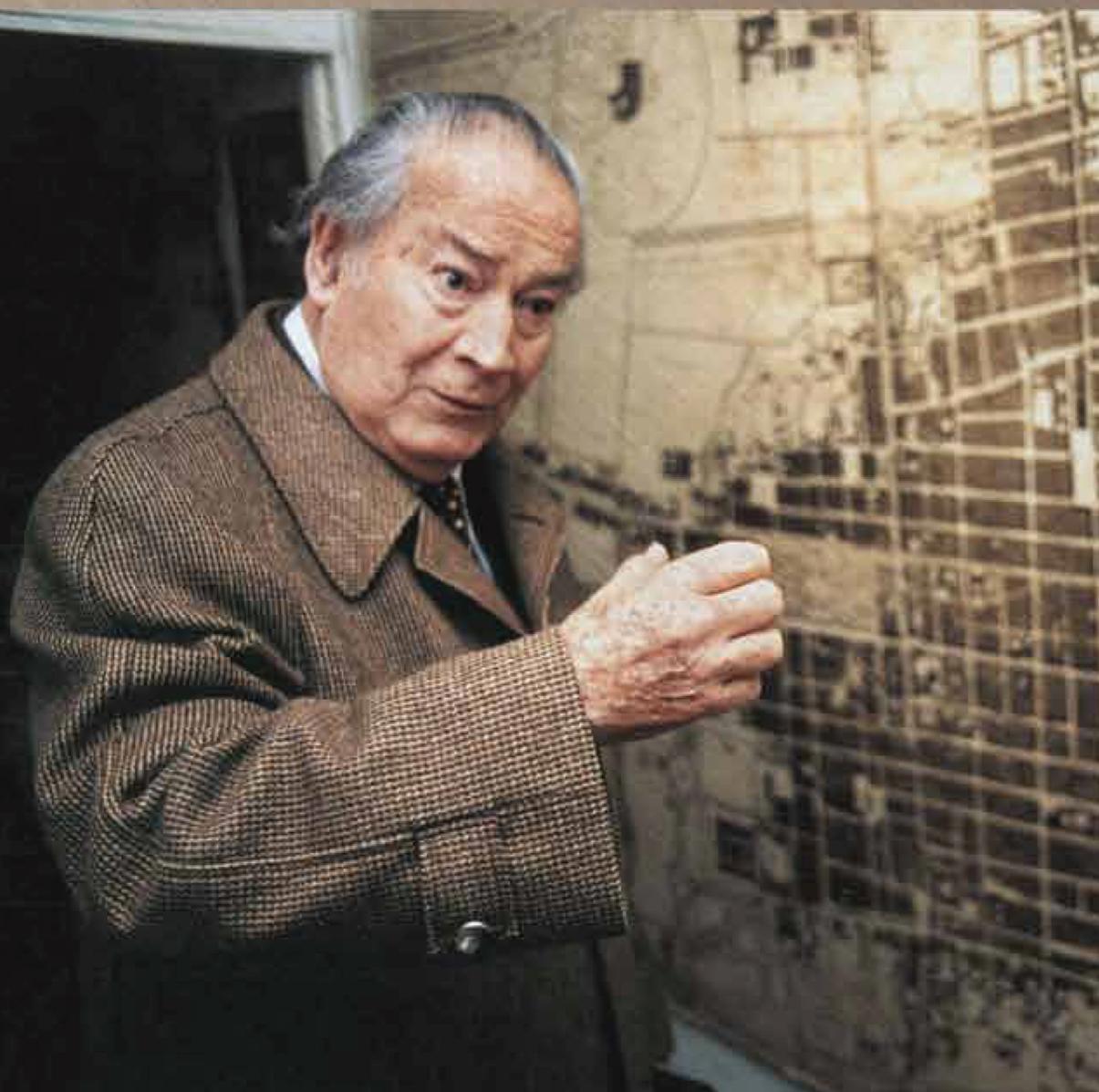


OBRAS

José E. Iturriaga

La categoría de
Centro Histórico y su rescate
Ciudad de México

PATRIMONIO CULTURAL Y DIVERTIMENTOS



OBRAS

José E. Hurriaga

La categoría de
Centro Histórico y su rescate
Ciudad de México

S E R I E
ciencias
sociales
TERCERA DÉCADA



Presidencia

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. CÉSAR FRANCISCO BURELO BURELO, *Titular*
Dip. TERESA DEL CARMEN INCHÁUSTEGUI ROMERO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. ARMANDO JESÚS BAEZ PINAL, *Titular*
Dip. BLANCA JUANA SORIA MORALES, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. LAURA MARGARITA SUÁREZ GONZÁLEZ, *Titular*
Dip. CÉSAR DANIEL GONZÁLEZ MADRUGA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. LORENA CORONA VALDÉS, *Titular*
Dip. JORGE HERRERA MARTÍNEZ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. PORFIRIO MUÑOZ LEDO, *Titular*
Dip. PEDRO VÁZQUEZ GONZÁLEZ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE NUEVA ALIANZA

Dip. ROBERTO PÉREZ DE ALVA BLANCO, *Titular*
Dip. LIEV VLADIMIR RAMOS CÁRDENAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. MARÍA GUADALUPE GARCÍA ALMANZA, *Titular*
Dip. JAIME ÁLVAREZ CISNEROS, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Dr. FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

LIC. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

SECRETARIO TÉCNICO DEL CONSEJO EDITORIAL

EDGAR PIEDRAGIL GALVÁN

OBRAS

José E. Iturriaga

La categoría de
Centro Histórico y su rescate
Ciudad de México

PATRIMONIO CULTURAL Y DIVERTIMENTOS



MÉXICO • 2012

© Cada uno de los autores, o sus herederos, conserva la titularidad de los derechos de los textos que aquí se reproducen.

Coeditores de la presente edición

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
CONSEJO EDITORIAL DE LA LXI LEGISLATURA
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

© 2012

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-598-0

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los legítimos propietarios de los derechos patrimoniales y de los editores, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS
www.maporrúa.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

JOSÉ E. ITURRIAGA, tuvo la satisfacción de ser nombrado presidente honorario del Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México, cuando el ingeniero Carlos Slim fue su presidente ejecutivo y entre los consejeros figuraban Jacobo Zabludovsky, Guillermo Tovar de Teresa y Carmen Beatriz López Portillo. Mereció igualmente la Medalla al Mérito Ciudadano del Distrito Federal impuesta por el Jefe de Gobierno, Andrés Manuel López Obrador, y otros varios reconocimientos a su contribución en el rescate del corazón identitario de los mexicanos.

Es preciso señalar que el concepto mismo de Centro Histórico fue acuñado y enunciado por vez primera por el mismo José E. Iturriaga, en reuniones internacionales en Ginebra y en Venecia en los años cincuenta del siglo pasado, para definir la parte que cada pueblo debería preservar de su propia historia material como patrimonio de sus generaciones futuras y de la humanidad, considerando también que todas las Naciones debían obligarse a legislar la protección de los “centros históricos”, sobre todo en caso de guerra como la que acababa

de pasar entonces. Se puede así afirmar que José E. Iturriaga fue precursor mundial del concepto Patrimonio Cultural material e inmaterial de la Humanidad.

No murió sin ver su sueño en gran parte realizado, pues la última vez que don José recorrió el Centro Histórico de la Ciudad de México fue en 2010 con sus hijas Yuriria y Carmina. Se estaba reponiendo el pavimento de la calle Madero y don José soportó estoico el traqueteo de su silla de ruedas sobre los adoquines removidos de su sitio y las banquetas irregulares de un gran tramo; después paseó por las calles peatonales de Gante y Motolinía contemplando las fachadas tal como las había imaginado 50 años antes, y una vez más relató con voz clara, pese a su edad, historias de inmuebles y calles..., hasta que finalmente pidió comer en el restaurante Danubio donde probó, a la medida de su disminuido apetito pero con el placer de siempre, cocoxas al verde y langostinos, en una mesa que quedaba bajo su propio retrato dedicado por su puño y letra al dueño del tan entrañable restaurante que fue para él, junto con Prendes, a lo largo de su vida adulta.

Si hubiere que poner un epígrafe a ese día, no podría ser sino esta frase que dijo una vez más, pensativo: El alma del mexicano está hecha de arquitecturas.

YURIRIA ITURRIAGA

El renacimiento del Centro Histórico

Ángeles González Gamio

José E. Iturriaga, hombre de muchos dones, fue ante todo un soñador que anhelaba un México mejor. En ello tenía un lugar destacado el rescate del rico legado patrimonial que guardaba la antigua Ciudad de México, hoy llamada Centro Histórico. Él fue, de acuerdo con José Rogelio Álvarez, el primero en nombrarle de esa manera. En los años sesenta del siglo XX, emprendió una lucha incansable para recuperar la antigua grandeza de la noble urbe, que estaba consistentemente siendo destruída. Se enfrentó a mezquinos intereses políticos que impidieron la realización de un ambicioso proyecto, que incluía el sustento financiero. No lo pudo llevar a cabo, pero dejó sembrada la semilla que habría de fructificar tres décadas más tarde. En recuerdo a ese gran señor, mexicano de excepción y amigo muy querido, me voy a permitir transcribir el texto que realicé en 1993 para mi libro *El patrimonio rescatado* (1993), que publicó el entonces Departamento del Distrito Federal. Señala el inicio de ese sueño de José Iturriaga que ya se esta tornando en realidad.

El ahora llamado Centro Histórico fue, hasta principios del siglo XX la Ciudad de México. Ahí se desarrolló la vida del gran imperio

mexica y tras la Conquista fue la sede del gobierno virreinal. Consumada la Independencia, permaneció como capital del nuevo país libre y soberano.

Así, la muy Noble y Leal Ciudad de México, ha sido siempre el corazón del país; aquí se ha venido forjando la identidad nacional; es el espejo donde nos miramos.

Su rica historia se plasma en su arquitectura, en sus calles, en sus espacios públicos, caracteriza la personalidad de sus habitantes. Emociona advertir las huellas del pasado prehispánico, en edificios como el palacio del conde Santiago de Calimaya, actualmente Museo de la Ciudad de México, que en la esquina de su elegante fachada barroca luce una magnífica cabeza de serpiente mexicana.

A la par de las magníficas construcciones virreinales, encontramos las obras del siglo XIX; ahí están plasmadas la Independencia, el primer y el segundo imperios, la República, la Reforma y el porfiriato, que en el siglo XX nos dejó algunos edificios imponentes, como el Palacio de Correos, el antiguo de Comunicaciones y el esplendoroso Palacio de Bellas Artes.

En la avenida 5 de Mayo se pueden apreciar las modas arquitectónicas que imperaron en las primeras décadas de la centuria pasada: el *art nouveau*, el *art déco*, el eclecticismo y el funcionalismo.

Esta ciudad magnífica, que asombró a los viajeros europeos en siglos pasados, comenzó a decaer al derruirse soberbios templos y conventos, como resultado de las leyes de expropiación de los bienes de la iglesia. En su lugar se construyeron viviendas y comercios con estilo afrancesado.

El deterioro se acentuó al crearse a fines del siglo XIX y principios del XX, nuevas colonias que representaban “la modernidad”, como la San Rafael, Santa María y la Americana, hoy colonia Juárez; así, las antiguas casonas virreinales y las residencias del siglo XIX, fueron abandonadas por sus dueños, quienes las alquilaron a familias de la clase media, que las tornaron en departamentos y comercios, añadiéndose a las casas que ya existían, edificadas con ese objeto, muchas de ellas que habían pertenecido a las órdenes religiosas.

Al cambiar el uso de las casas —de habitaciones de lujo a viviendas para las clases medias y bajas, así como para comercios— para su adecuación se les construyeron agregados de diferentes materiales, con mayores cargas que deterioraron la estructura y se eliminaron elementos constructivos al abrir y ensanchar puertas y ventanas, para convertirlas en aparadores “modernos”.

En el periodo revolucionario se paralizó el desarrollo inmobiliario y se reanudó con el ímpetu nacionalista que inspiró el conflicto armado, que con escasos recursos en ocasiones y pocos criterios, remodelaron antiguas construcciones del virreinato y construyeron nuevos edificios, creando el estilo neocolonial, utilizando principalmente el tezontle con labrada cantería, copiando la arquitectura barroca, generalmente con poco felices resultados. En esa época se edificó la fachada de San Ildefonso que da a la calle de Justo Sierra, el edificio del Departamento de Distrito Federal, el Hotel Majestic y muchos más.

También participamos en el *art déco*, que tiene su máxima expresión en el interior del Palacio de Bellas Artes, concluido quince años después de su inicio, ya que sólo se había terminado el mármoleo exterior, diseñado por el italiano Adamo Boari en estilo *art nouveau*.

Como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, se emitió en la Ciudad de México un decreto de congelación de las rentas; el conflicto armado concluyó y el decreto continuó vigente durante casi 50 años. Esto tuvo como efecto que el monto de las rentas se volviera insuficiente, incluso para cubrir los gastos más elementales como agua o predial.

El resultado fue que los propietarios dejaron que los inmuebles fueran cayendo en el deterioro y los inquilinos, al no ser los dueños, tampoco se hicieron cargo del mantenimiento, aunado a la pobre condición económica de muchos de ellos; así se gestaron las que conocemos como vecindades, que en el pasado fueron viviendas dignas, ocupadas por familias industriosas.

En los años cuarenta y cincuenta, un poco con la influencia europea de la posguerra, se demolieron antiguas casonas para construir edificios de poca calidad y peor gusto, obedeciendo a una mentalidad mercantilista mal entendida, pero entendible por los escasos recursos de los propietarios en muchos casos, y por ignorancia en los más.

El decaimiento de los inmuebles de esa zona vital de la ciudad, se reflejó en la vida social y urbana: las calles se deterioraron, los profesionistas y empresas cambiaron sus oficinas y negocios y sólo

permanecieron los que no tenían los medios para mudarse, o los que le tenían un gran amor al tradicional lugar.

Hace 30 años aproximadamente esto comenzó a revertirse. En 1980 el corazón de la ciudad, fue declarado Zona de Monumentos Históricos y se creó el Consejo del Centro Histórico. Para alojarlo, se restauró el antiguo palacio del conde de Heras Soto, maravillosa construcción del siglo XVIII, ubicada en la calle de Chile, esquina con Donceles, que en sus magnificencias barrocas, cobijó los primeros pasos que se dieron para recuperar la grandeza de la otrora esplendorosa ciudad.

Nueve años más tarde, en diciembre de 1987, la zona fue declarada Patrimonio Histórico de la Humanidad por decreto de la UNESCO, organismo de las Naciones Unidas.

Pero el verdadero despegue se dio en 1990 cuando se creó el Fideicomiso del Centro Histórico y se diseñó el ingenioso sistema de transferencia de potencialidad, que han apoyado de manera efectiva las acciones de revitalización de ese sitio fundamental para todos los mexicanos.

El Fideicomiso proporciona importantes beneficios fiscales y apoyos técnicos a las personas que adquieren un inmueble para restaurarlo, tales como: exención del 100 por ciento en el impuesto predial, en el de adquisición de bienes inmuebles y el trámite gratuito ante el Registro Público de la Propiedad. Asimismo, elabora planos y proyectos de restauración, y realiza con rapidez y efectividad los tramites en el INAH, delegación política y demás dependencias involucradas.

Hay que señalar que en el sexenio de Miguel de la Madrid se restauraron cerca de 800 casas y edificios, lo que representó una inversión pública y privada de 1,900 millones de pesos. El Fideicomiso es una institución autónoma que capta recursos y los transmite a través de obras o proyectos a los particulares interesados.

Aunado a la restauración de inmuebles se ha realizado la urbana, que incluye la renovación de banquetas, alumbrado y mobiliario urbano en varias de las vías más significativas como Tacuba, 5 de Mayo, Madero, 16 de Septiembre, Gante, Motolinia y Palma.

Esto fue el inicio, el proyecto continuó en otras calles como Moneda, Academia y Guatemala, en donde se hicieron maravillosas restauraciones, como la del antiguo hospicio de San Nicolás, que hoy aloja al Instituto Lucas Alamán, el primer colegio Real de Minas y el museo José Luis Cuevas, que fue el convento de Santa Inés que se edificó en el siglo XVIII y fue remodelado por Manuel Tolsá en el siglo XIX.

Los edificios modernos, de mala calidad y gusto que sufrieron daños con los sismos de 1985 se han sustituido por construcciones contemporáneas que respetan la altura, formas y niveles de las edificaciones del pasado que la rodean, integrándose así de manera armónica al entorno tradicional. Un buen ejemplo de esto es el edificio Condesa en la avenida 5 de Mayo.

La transformación es en verdad impactante; caminar por la calle de Tacuba con las fachadas esplendorosas, en diversidad de estilos y colores; flamantes banquetas tipo recinto y su iluminación tipo siglo XIX, dan la sensación de estar paseando por alguna ciudad europea.

Todo esto ha sido posible, en gran medida, gracias a las acciones que llevó a cabo el gobierno de la ciudad sobre dos aspectos que habían sido tabú: la descongelación de las rentas y la reubicación de los vendedores ambulantes en 32 bazares y plazas comerciales, estratégicamente ubicados la mayoría de ellos.

Por todo ello se puede afirmar que existe un autentico renacimiento del Centro Histórico de la Ciudad de México. Éste se hace patente no sólo en el aspecto urbano y arquitectónico, sino lo más importante, en sus habitantes: los que ahí viven, los que trabajan, los que lo visitan.

Al iniciarse el programa de revitalización de las calles —en Tacuba, que fue la primera—, los dueños e inquilinos de los inmuebles estaban reacios a participar. Se les invitaba a trabajar conjuntamente: la delegación Cuahutémoc pondría la mano de obra y la asesoría técnica, y los vecinos los materiales.

Tras ardua labor de convencimiento se iniciaron las obras que se llevaron a cabo con una gran transparencia. Por cada calle se abrió una cuenta bancaria, en donde se depositaba la participación vecinal; en ella tenían firma dos representantes de los vecinos, uno del Fideicomiso y uno de la delegación.

Al observar la transformación, los que estaban renuentes se integraron gustosos y muchos no sólo restauraron la fachada sino el inmueble completo. Así fueron surgiendo bellezas inimaginadas. Al recuperar sus vanos y marcos originales, restituir su noble cantería y embellecer su rostro con lindos colores, recuperaron su dignidad y antiguo esplendor.

Este deslumbrante renacimiento llevó a los vecinos de otras calles a solicitar integrarse al programa; eso se ha venido haciendo y no cabe duda que en unos años, todo el Centro Histórico habrá recobrado su belleza, como ha sucedido en varias ciudades de Europa y Estados Unidos.

Actualmente se está impulsando la vivienda de todos los niveles. Muchas de las antiguas vecindades han sido adquiridas por los inquilinos y con el apoyo gubernamental las están restaurando. Mediante el programa del Fideicomiso pronto habrá habitación para la clase media y alta. La idea es que se recupere la convivencia armónica de todas las clases sociales, como se dio en el pasado, que es indudablemente la mejor manera de vivir y lo que garantiza que la revitalización se conserve.

Los que hemos tenido la fortuna de venir al Centro Histórico diariamente desde hace varios años por trabajo o decidimos vivir aquí, nos hemos ido envolviendo de su hechizo: la belleza de sus edificios, siempre evidente aunque en ocasiones esté oculta por la incurria, la nobleza de sus calles y plazas impregnadas de la historia de lo que es este país, sus múltiples rincones deliciosos y la calidez de sus habitantes, hemos visto con emoción cómo se ha venido transformando, no sólo en sus piedras, sino en su gente, que lo ha revalorado; ahora se sienten orgullosos de vivir y trabajar aquí.

Es indudable que el Centro Histórico es el lugar que tiene más riquezas que ofrecer a sus habitantes y a los que lo visitan. Arte: alrededor de 50 museos ofrecen todo tipo de manifestaciones estéticas; una visión completa del arte de México se aprecia en el Museo

Nacional de Arte, sin mencionar que la sola vista a la soberbia plaza Manuel Tolsá, en que se encuentra ubicado, es ya un banquete de arte; partiendo de ahí podemos pasar al Palacio de Bellas Artes, con la extraordinaria obra mural de los cuatro grandes muralistas y varios otros de primera línea, el museo José Luis Cuevas con arte contemporáneo, el Palacio del Arzobispado con arte mexicano actual, el Museo de las Culturas con arte de todo el mundo; bueno, hasta ¡Museo del Calzado!

En materia de gastronomía hay para todos los gustos y presupuestos; desde la tradicional cantina con sus sabrosas botanas, que son gratis con la bebida, pasando por las fondas de comida corrida, en donde por 8 pesos hay menú completo, en lo que compiten los cafés de chinos, para llegar a los restaurantes de especialidades; aquí encuentra lo mejor de la cocina libanesa, mexicana, española, china, italiana y para los de gusto decadente también hay Mac Donalds y pollo frito Kentucky.

En cuestión de esparcimiento hay para satisfacer a todos. Cultísimo: Bellas Artes, que casi diario tiene algo espléndido con las mejores compañías de México y del mundo: conciertos, ópera, ballet. Ahora igualmente muchos museos ofrecen conciertos, como el Nacional de Arte, la Pinacoteca Virreinal⁴ y el majestuoso San Ildefonso, con sus maravillosos murales. Si se prefiere entretenimiento más ligero está el teatro Blanquita, el de la Ciudad y el antiguo cine Metropolitan, convertido en una impresionante sala de espectáculos. De cines ni hablar, la variedad es enorme; hay los que proyectan películas desde

⁴Ubicada en el templo de San Diego de 1964 en el año 2000. Actualmente es el laboratorio Arte Alameda.

la mañana con filmes en x, hasta los de cine de arte como el encantador Salón Fósforo en San Ildefonso, desde luego pasando por los normales pero eso sí, con su encanto especial como el antiguo Palacio Chino, que aún conserva sus toques orientales.

Sobre compras se podría hacer una crónica completa de 20 páginas y no acabar, creo que su relevancia se resume con la frase, totalmente cierta, que dice "si no lo encuentra en el Centro es que no existe".

Pero además de todas estas ventajas, el Centro Histórico tiene la belleza de su arquitectura; es de los primeros del mundo en el número de construcciones de valor histórico, según declaración de las Naciones Unidas. Y ahora, en virtud de todas las acciones que se han tomado y de un despertar de conciencia de la ciudadanía que está revalorando este tesoro, se está recuperando el orgullo por el que es núcleo de identidad de todos los mexicanos: la antigua capital del imperio Mexica, del gobierno virreinal y del México actual, que no puede entrar a la modernidad sin haber recobrado su corazón, que como nos recuerda Miguel León Portilla, en sus raíces se finca el ser histórico de México y el de ésta ciudad, cuyo profético destino es perdurar, en tanto que exista el mundo.

AGG

Un poco de historia*

José Rogelio Álvarez

José E. Iturriaga nació el 10 de abril de 1912 en la casa número 60 de la calle de Atenas, en la colonia Juárez de la Ciudad de México. Cuando el 2 de julio de 1934 fue fundada Nacional Financiera (Nafinsa), su primer director, Lorenzo Hernández integró a José entre los 25 empleados fundadores. El primer edificio estuvo en el número 15 de la calle de Gante, esquina con 16 de Septiembre, habiéndose mudado al número 45 y luego al 25 de Venustiano Carranza, y después al inmueble que va de Venustiano Carranza a Uruguay. José casó con María Eugenia de la Fuente, empleada en la dirección de contabilidad de Nacional Financiera e hija del médico militar Gilberto de la Fuente, diputado constituyente en 1917; siendo ella también originaria del centro citadino (nació en la calle de Pino Suárez) pasaron los primeros años de su relación recorriendo las calles cuyo trazo y edificios José estudió exhaustivamente y rememoraba al explicarle a medida que repasaban los itinerarios tomados de la mano, y más adelante acompañados de sus cuatro hijos, de amigos y de quien quisiera hacer el recorrido histórico guiado por José, yo entre ellos. Lo acompañé tantas veces que puedo escribir el más enterado resumen de la lucha de José E. Iturriaga por el rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México.

Sentimientos contradictorios de orgullo y de vergüenza, de frustración y de esperanza movieron a Iturriaga a redactar, en 1964, un memorándum dirigido al presidente Adolfo López Mateos, en el cual le propuso poner en obra un gran

**Extracto del texto original de José Rogelio Álvarez escrito como introducción al libro: Rastros y rostros.*

plan de rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México. Si bien los mexicanos y en especial los capitalinos ilustrados se jactaban —igual que ahora— de la grandeza de su metrópoli, a la vez se dolían de la progresiva destrucción de los valores arquitectónicos que le daban carácter.

Experimentaban por ello el desaliento de haber perdido parte del patrimonio común, pero no habían cancelado la expectativa de preservar lo que aún quedaba. Disimular la degradación urbana en que se había caído, era una muestra de insensibilidad; y convenir en esa situación, una actitud de conformismo, aunque a la mayoría, ignorante de la historia e incapaz de apreciar la importancia de calles, casas y edificios de singular belleza centenaria, parecía darle igual que existieran o fueran mancillados, deformados o destruidos.

A Iturriaga le irritaba —ira cívica llamó él a ese estado de ánimo— cómo la incuria había convertido el Palacio de Zuleta en escombros; el Palacio del Arzobispado en antihigiénica guardería infantil; el templo de Santa Teresa la Antigua en archivo muerto de una Secretaría de Estado; la cárcel perpetua del Santo Oficio en una bodega de linóleos; la casona del conde de Heras y Soto en la terminal de una empresa de paquetería; la iglesia de San Miguel en hotel de paso, el viejo oratorio de San Felipe Neri en taller mecánico; la planta baja de la primitiva sede de la Universidad en cantina y urinario público de emergencia; las crujiás del convento de Jesús María en salones de billar; y las viejas residencias coloniales en casas de vecindad miserables y promiscuas.

A estas aberraciones se unían las otras lacras del área monumental: tránsito creciente de vehículos de motor, con su cauda de riesgos, ruido y humos contaminantes; el comercio ambulante, surtidor de obstáculos, miasmas y basura; la desigualdad de alturas, materiales y colores en las nuevas fachadas; y la profusión de anuncios y letreros en competencia por deformar el espacio visual, seccionado, roto o rasgado, a su vez, por los postes y cables que fracturaban el paisaje inmediato y el cielo del Valle de Anáhuac. Pero aun así, la Ciudad de México, decía Iturriaga, podía ufanarse de ser la capital cultural del Continente Americano. En una sola calle, la de La Moneda, hay tres testimonios iniciales de la cultura europea acarreada al Nuevo Mundo: la primera imprenta, la primera universidad y la primera academia de bellas artes. Y en

el entorno de esta arteria emblemática, cientos de construcciones de interés artístico e histórico, más representativas de lo que cinco capitales de América Latina puedan reunir juntas.

El plan propuesto por Iturriaga consistía en rehabilitar de inmediato la Plaza Mayor y las calles de La Moneda, Santísima, Guatemala, Rodríguez Puebla, San Ildefonso y Belisario Domínguez, incluyendo las plazas de Loreto, Santo Domingo y La Concepción. La vía pública de este circuito sería cerrada al tránsito de automóviles, provista de pasos a desnivel, pavimentada con baldosas y alumbrada con farolas. Las casas y edificios se remodelarían según el nuevo destino que se les atribuyera —habitaciones para residentes, hospederías, restaurantes, bares, cafés, tiendas de arte popular o de antigüedades, librerías, museos, teatros, cines, clubes, agencias de viajes y oficinas de servicio al turismo—; se les restituirían, en su caso, la cantera y el tezontle en los paramentos, la madera en puertas y ventanas, y la herrería en balcones, cancelas y barandales, iluminándose especialmente los relieves, hornacinas, imágenes y labores escultóricas adosadas. Por estas calles y plazas pasearían los capitalinos y los turistas nacionales y extranjeros, a pie, bulevardeando, o a bordo de carretelas tiradas por caballos. Dice Iturriaga:

México es una de las ciudades del mundo donde ya no se practica el viejo solaz del paseo —dice Iturriaga—, tal como lo hacían hace dos generaciones los capitalinos en la calle de Plateros, o como lo hace el romano en la Vía de la Conciliación y en la Plaza de San Pedro, o el catalán en el Barrio Gótico de Barcelona, o el argentino en la calle Florida de Buenos Aires, o el sevillano en la Calle de la Sierpe, o el toscano en la Piazza de la Señoría de Florencia, o el madrileño en la Gran Vía, o en fin, el neoyorkino en la Quinta Avenida y en Broadway, rúa ésta cuyos comercios están abiertos hasta la una de la mañana, práctica que debería imitarse en la Ciudad de México para que no languidezca a esa hora.

Hombre práctico y con gran experiencia en el manejo de empresas, Iturriaga propuso que el financiamiento de estas obras se hiciera mediante la constitución de una sociedad inmobiliaria con participación mayoritaria del gobierno,

la cual recibiría los inmuebles ubicados en la zona como aportación de sus respectivos propietarios. *En caso de que éstos se rehusaran, recomendaba expropiar esos bienes por causa de utilidad pública, pagándolos conforme a su tasación catastral. El capital de esta sociedad sería de 1,500 millones de pesos, que se duplicaría una vez rehabilitados los 300 edificios considerados en el proyecto. Las acciones corresponderían en un 22 por ciento a los aportantes de fincas y predios, en un 27 por ciento a los tenedores de las acciones colocadas en la Bolsa de Valores, y en un 51 por ciento al gobierno. Por los medios habituales se dotaría de viviendas decorosas rodeadas de espacio verdes a los desplazados de las casas de vecindad, y mediante operaciones bursátiles se obtendrían recursos para las obras y su mantenimiento, y aun para emprender el rescate de otras joyas coloniales en un área más extensa.*

Poco antes de entrevistarse con el presidente de la República, Iturriaga organizó una reunión de banqueros a la que asistieron Aníbal de Iturbide, Gonzalo Robles, Daniel J. Bello, Gustavo R. Velasco, Agustín Legorreta y Carlos Trouyet. Les explicó cómo la arquitectura y el urbanismo, orientados a conservar la historia cultural de México, eran compatibles con la rentabilidad del dinero. Al cabo de esta exposición, Legorreta declaró entusiasmado: Yo compro todas las acciones que estén en la Bolsa; a lo que siguió la expresión: Déjame la mitad, dicha por Trouyet con igual vehemencia. Comprobada así la viabilidad del proyecto, Iturriaga decidió solicitar audiencia con el presidente y entregarle el memorándum que había preparado.

Muy bien, Pepe, nada más que me lo pida la opinión pública, le dijo el licenciado Adolfo López Mateos. En respuesta a esa tática insinuación, amigos del autor o de la iniciativa se ocuparon en promover que los medios de información centraran su atención en el tema. Entre los centenares de notas y artículos de prensa que se publicaron, sobresalió el número especial de "México en la Cultura", suplemento del diario Novedades del 17 de mayo de 1964, donde se dieron a conocer las opiniones de expertos, intelectuales, historiadores, comerciantes y empresarios. Esto desató la polémica y las especulaciones políticas y económicas. Transcurridos varios meses, Iturriaga regresó con el presidente y éste le dijo: Sí, Pepe, pero yo no quiero que haya una crisis por esto.

Uruchurtu me ha dicho que si este proyecto se aprueba él renuncia. *Iturriaga confiesa que nunca había sido más vehemente como en aquella ocasión. Fue tanto el ardor con que quiso persuadirlo de las bondades del plan, que aún se atrevió a decirle al presidente —su amigo— que no renunciaría a la grandeza. Y añade, con un resabio de amargura: Adolfo, con un estoicismo increíble o con un sentimiento de culpa por rendirse a un chantaje político, me contestó una vez más: ¡No, Pepe, no quiero una crisis de gabinete, mejor que lo haga mi sucesor!*

Ernesto P. Uruchurtu, jefe del Departamento del Distrito Federal desde 1952, era político receloso. Creía que toda iniciativa ajena que buscara el mayor lucimiento de la ciudad, podía llevar la intención oculta de desplazarlo del cargo que desempeñaba. Temía que el rescate del Centro Histórico perfilara a Iturriaga como el regente ideal. De ahí su oposición al proyecto y la amenaza de renunciar, hecho que desacreditaría, a pocos meses de su término, la unidad y firmeza de un gobierno que se ufana de su estabilidad. Se perdió así la oportunidad de rehabilitar el primer cuadro de la urbe, pero la publicidad que se dio al proyecto elevó los valores de la tierra y estimuló la codicia de los dueños de casas viejas, cuyas rentas estaban congeladas; dejaron de repararlas y mantenerlas, procuraron por medios infames su acelerada destrucción y al fin se derrumbaron muchas, para destinar el suelo a estacionamientos de vehículos, la mayoría a cielo abierto, dando a la zona la apariencia de haber sido bombardeada. La interpretación maliciosa de una noble iniciativa tuvo como efecto lastimar más aún la ciudad.

Del 19 de abril de 1964 al 3 de febrero de 1965 se publicaron en la prensa 186 notas y artículos en favor del proyecto del Centro Histórico, y sólo nueve en contra. Tan abundante publicidad suscitó desde un principio el recelo de algunos políticos respecto del financiamiento de esa campaña. El 18 de mayo de 1964, durante la ceremonia de toma de posesión de Emilio Riva Palacio como gobernador del estado de Morelos, Iturriaga encontró a Julio Santoscoy, subsecretario de Trabajo, quien amistosamente le dijo que no era bien visto que Nacional Financiera estuviera gastando tanto en propagar una idea personal ajena a la institución, Pepe no pudo responder de inmediato porque los interrumpió

Rene Capistrán Garza, que llegó a saludar efusivamente al subsecretario, quien le presentó a Iturriaga. Ah, es usted el autor del magnífico proyecto del Centro Histórico —le dijo Capistrán—. Lo felicito. Mañana publicaré en Atisbos un editorial en apoyo de su idea. Una vez reanudado el diálogo, José agradeció a Santoscoy que hubiera manifestado tan injusta conjetura, pues eso le daba motivo para solicitar una constancia que desacreditara la sospecha.

El 2 de julio siguiente, Iturriaga recibió la siguiente carta de la contraloría general de su empresa:

Nos es muy grato manifestar a usted, en relación con las publicaciones que han aparecido en los periódicos locales relativas al proyecto de la Ciudad-Museo que usted ha elaborado, que esta Institución no ha pagado suma alguna por dicha publicidad, por lo que la misma no ha significado costo de ninguna especie para la Nacional Financiera. Asimismo, nuestro Director General ha ordenado que de acuerdo con la expresa sugerencia que se sirvió usted hacerle al respecto, por ningún motivo se haga pago alguno por las referidas publicaciones, ya que éstas son la muestra de la cooperación desinteresada ofrecida por la prensa nacional en torno a la promoción de la Ciudad-Museo.

Al volver Iturriaga de Moscú, Agustín Legorreta le ofreció una comida a Iturriaga. Asistieron a ella todos los miembros del consejo de administración de Banamex. A la hora del brindis, dijo Legorreta:

Pepe, esta no es una fiesta social, sino una comida de trabajo. Te hemos invitado para que seas uno de los directores del banco, y el deseo nuestro es que realices el sueño que dejaste cuando te fuiste como embajador a la Unión Soviética. Vamos a crear una empresa que se llamará México Antiguo, S.A., y el Banco comprará todos los inmuebles que tu catalogaste. Realiza tu sueño.

Iturriaga repuso, con toda cortesía y gratitud, que no podía aceptar porque ello le impediría divulgar sus impresiones sobre la URSS, pues a la izquierda le sería fácil acusarlo de haber sido comprado por los banqueros, de modo que no tendría autoridad moral para decir la verdad.

No pasa un día sin que Iturriaga sugiera o promueva una medida en beneficio de la capital, o que se pronuncie en privado o en público contra alguno de los muchos vicios que la pervierten o degradan. La más reciente de estas intervenciones tuvo como escenario la residencia presidencial de Los Pinos. Ahí exhortó a las autoridades a reintegrar sus nombres tradicionales a las villas de San Ángel y de Guadalupe, cuya prosapia no han conseguido borrar los apodos que les impuso el extremismo revolucionario.

A las bellas imágenes reproducidas por los litógrafos y al acopio de datos aportados por tan brillante elenco de intelectuales, Iturriaga añade en su prefacio una crónica memoriosa de la Plaza Mayor, la relación de las destrucciones, desastres e irreverentes faltas de respeto que ha sufrido la ciudad durante la Reforma, el porfiriato y la Revolución, el crecimiento demográfico y su cauda de problemas, la nómina de los gobernantes de la capital y un estudio comparativo de las primeras ediciones de aquel libro. De la experiencia histórica, Iturriaga deriva las siguientes sabias reflexiones, válidas en la actualidad:

Una ciudad que no tiene conciencia propia y que por desmemoria ha dejado de percibir lo que ella ha sido, está enferma, enajenada. Porque al perder la noción de su pasado carece, a su vez, de la noción de lo que es ahora y, sobre todo, de lo que puede llegar a ser.

Hay ciudades amnésicas de su continuidad histórica y hay ciudades que por mantener una lúcida conciencia de sí propias saben asimilar las ventajas de la moderna tecnología urbana sin desintegrarse. Un crecimiento patológico se advierte en unas; en las otras se nota un desarrollo biológico de organismo saludable que, sin perder su identidad anímica —porque las ciudades tienen alma—, se nutren con la incorporación de nuevos elementos urbanísticos para crecer de manera sana.

México, nuestra gran capital federal, ha sólido padecer en diversas etapas la depredación salvaje, pero también una penosa desmemoria de sí misma y de su grandeza histórica. Todo lo que hagamos porque recobre la clara visión de lo que ella ha sido resonará favorablemente en el ámbito de la cultura nacional, de la cohesión social e incluso de nuestra economía.

**De José E. Iturriaga,
un introductorio para
*La Ciudad de los Palacios:
crónica de un patrimonio perdido,*
de Guillermo Tovar de Teresa**

México, 1990

A manera de texto introductorio

José E. Iturriaga

Toda sociedad, cualquiera que sea su grado de desarrollo, tiene un grupo cupular representativo del rango de excelencia que ella es capaz de producir. Mientras mayor sea el número de la minoría selecta, esa sociedad revelará así su mayor evolución.

Ya se sabe quien oye hablar de *minoría selecta* califica a veces tal expresión como elitista. La verdad es que esa calificación nace de la conciencia que se tiene de no poder ser incluido en ninguna minoría selecta o seleccionada de la masificación por la opinión pública. Se trata de un gesticillo de resentimiento frente a la superioridad de la inteligencia y la conducta creadora. Es una necia discolería.

En México, cuya población total ha crecido más de cuatro veces en el último medio siglo, a pesar de los defectos que tenga el aparato de la transmisión de la cultura y la educación, los destinatarios de la transmisión cultural fueron creciendo; sin embargo, en los últimos 50 años, en 1990, ya tenemos 23 millones de niños inscritos en escuelas primarias, 7 millones de jóvenes matriculados en la enseñanza media, y 2 millones de jóvenes inscritos en la educación superior en todos sus ramos. En forma proporcional creció y germinó su minoría ilustrada y creadora.

Un fruto magistral de ese ascenso de la cultura mexicana lo encarna Guillermo Tovar de Teresa, quien ha llegado a la edad de 33 años.

La portentosa memoria de Tovar no es por cierto circense. Es una herramienta eficaz para ubicar en el tiempo y en un universo heteróclito de

personas y sucesos el objeto concreto de su estudio. Su memoria también le sirve para pensar concienzudamente en torno a nuestro pasado cultural y advertir con lucidez en nuestras obras de arte tanto las raíces prehispánicas que ostenta nuestro mestizaje cultural como las raíces postcortesianas que le dan relieve.

En el campo de la arquitectura, la pintura, la escultura y el mobiliario, Tovar es un sabio, un maestro. A esta múltiple área de investigación ha llegado con tenacidad increíble después de un decenio sostenido de lecturas en archivos y bibliotecas desde los nueve años de edad, donde pudo descubrir no pocas de las singularidades de nuestra cultura, no percibidas antes por otros estudiosos prestigiados. Así ha enriquecido Tovar la erudición sobre nuestras artes plásticas —las que entran por el ojo—, como lo prueba entre otras aportaciones su monografía sobre Lagarto.

Autor de más de una veintena de libros, sobresalen entre ellos *México barroco*, *La ciudad de México y la utopía en el siglo XVI* y *Pintura y escultura del Renacimiento en México*, aparte de sus dos tomos intitulados *Bibliografía novohispana del arte*.

Pero no queda confinada su tarea creadora y sus preocupaciones culturales a esa obra tan señera como innovadora, merced a las fuentes consultadas, muchas de ellas intactas. No, Guillermo Tovar, encendido de ira santa y dotado de paciencia ilimitada, ha denunciado la destrucción sufrida por nuestra ciudad capital armado de una rica y desconocida colección reunida por él. Con ese material ilustra objetivamente la obra depredadora a que ha sido sometida nuestra ciudad a lo largo de cuatro oleadas vandálicas.

La primera fue la emprendida por la misma Iglesia católica contra el barroco mexicano, que expresaba en rico autorrelieve nuestra identidad cultural, para ser sustituido por un arte frígido y ajeno a nuestra doble raíz cultural: el neoclásico.

El neoclásico tardío causó quizá más destrucción que las tres oleadas posteriores de devastación de nuestra arquitectura religiosa y civil: la liberal,

la porfiriana y la norteamericanizante que apareció al principiar la tercera década de este siglo.

Como se sabe, la arquitectura neoclásica impuesta a México para desnacionalizar los rasgos distintivos de nuestra propia cultura, coincidió con el decreto de expulsión de los jesuitas dictado por Carlos III y ejecutado en la Nueva España por el virrey marqués De Croix en los setenta del siglo XVIII. Los virreyes posteriores prosiguieron alentando aquí, junto con el alto clero, la destrucción de nuestro barroco para sustituirlo por el exánime arte neoclásico.

Ya en otras ocasiones he intentado subrayar ese afán de negarnos a nosotros mismos mediante el expediente destructivo de nuestra arquitectura heredada del virreinato y enriquecida por nuestros alarifes autóctonos.

La insistencia en protestar por la destrucción de la arquitectura virreinal, orgullo de la capital de la Nueva España, me obliga a repetir lo que en otras coyunturas he dicho, no sin la previa aquiescencia del joven autor de este libro de denuncia, ilustrado con daguerrotipos y fotografías, en cuya adquisición consumió su hacienda privada: empobreció.

Por lo pronto diré y repetiré que la Plaza de la Constitución representa una cantera inagotable de memoraciones que le confieren a nuestro entrañable rectángulo urbano el justo título de placenta cultural y política del país, el título de corazón palpitante de México.

Ese corazón urbano tiene su aorta: la calle de La Moneda, tan cargada de estirpe cultural y belleza arquitectónica. Ambos son santuarios que conviene dignificar y restaurar, no tanto por melancolía blandengue o elegante actitud estética, sino por recio patriotismo.

Hay que restaurar lo que sea salvable de la vieja traza cortesiana sin hacer obra postiza o de utilería, sino de utilidad cultural y no escaso sentido pragmático ligado también a la atracción turística. Porque una vez que la amnesia citadina sea exitosamente tratada por esos psiquiatras urbanos que son los cronistas de la ciudad, los predios del México antiguo adquirirán su gran valor estimativo y su verdadero valor comercial.

Así ha ocurrido con el barrio del Marais, en París; o con el área de la Piazza Navona, en Roma; o con los viejos barrios de Filadelfia, Londres y Madrid.

No hay razón alguna para que no rescatemos nuestro fabuloso tesoro arquitectónico y urbanístico. La Ciudad de México posee marcada individualidad, sobre todo su Centro Histórico. No es todavía una ciudad-masa o estandarizada, ni lo será. Su imagen es y debe ser bien distinta y distante de un gusto inclinado al pintoresquismo barato y marrullero, como alérgica a convertirse en otro Amarillo o Falfurrias texanos.

Al igual que todo cuerpo vivo, la ciudad tiene su embriología y su morfología, su fisiología y su patología, y también su terapéutica; terapia que, de no aplicarse a tiempo, conduciría a la defunción, por lo menos del núcleo donde reside su añeja tradición.

Muchos monumentos se han derribado para ampliar calles o construir en los predios baldíos de los edificios demolidos casas de gusto dudosos o rascacielos de bolsillo, o bien para dedicar esos solares baldíos al rentable negocio de estacionamiento de automóviles.

No pocos ejemplos hay de esa barbarie destructora que, cuando no arrasaba el edificio completo, lotificaba el resto del inmueble y lo saca a remate, dejando al arbitrio de los compradores la modificación de la fachada, quienes rompían así la unidad arquitectónica del edificio depredado, tal como lo comprueba fotográficamente Guillermo Tovar. Esa barbarie puede dividirse en cuatro etapas: la emprendida por el neoclásico contra nuestro barroco; la alentada por el liberalismo triunfante en la Guerra de Tres Años; la promovida por el porfiriato cuya obsesión era imitar la arquitectura francesa o italiana, al tiempo que desestimaba la del virreinato español; y la emergida de la Revolución que al principio estimulaban gobernantes que sólo conocían San Diego y Los Ángeles e intentaron norteamericanizar el rostro urbano de nuestra ciudad, allá por los veinte de este siglo.

A la destrucción de monumentos, apertura de calles a costa de callejones y de la antigua traza de nuestra ciudad, hay que agregar el cambio de nomenclatura de las calles citadinas por motivos coyunturales o de civismo

de ocasión, y el hacinamiento poblacional derivado de una copiosa presión demográfica proveniente de los estados de la República.

El convento de San Bernardo, circundado por las actuales calles de Venustiano Carranza, 5 de Febrero, Uruguay y Pino Suárez, fue partido en dos en 1861 para hacer el Callejón de Ocampo que se amplió en 1932 a la anchura de la avenida 20 de Noviembre actual, no sin haber rematado antes el cuantioso loterío entre los particulares quien cada uno hizo de su respectiva fachada lo que le dio la gana.

O el hospital de San Andrés que fue seccionado en tres porciones. En la central se construyó, en el primer decenio del presente siglo, el hermoso edificio de la Secretaría de Comunicaciones⁴ y el edificio anexo del telégrafo; la sección oriente, en una de sus partes, se reservó al Senado de la República; y en la sección poniente del mismo hospital de San Andrés se prolongó, de sur a norte, el callejón de La Condesa, o sea de Tacuba a Donceles. Excepto los dos inmuebles gubernamentales señalados, el resto de la propiedad que integraba tan enorme hospital fue rematado a particulares en lotes.

Gracias a esa barbarie destructora perdió también su silueta tradicional el templo de Betlemitas y su hospicio anexo, ubicados en la manzana circundada por las actuales calles Tacuba, Filomeno Mata, Bolívar y Madero. El hospicio fue fragmentado terriblemente y lo que queda de él consiste en una descuidada vecindad dotada de un hermoso y anchuroso patio, un hotelucho de mala muerte en Bolívar, un modesto club deportivo en las calles de Tacuba, que antes fue residencia de un miembro del gabinete porfiriano cuya construcción de mármol y estilo *art nouveau* son sorprendentes. Quedó en pie el templo de Betlemitas como albergue, desde hace algunos lustros, del Museo Militar.

O el hospital de Terceros llamado también de la Tercera Orden de San Francisco, ubicado en la esquina de Tacuba y Ángela Peralta. Tenía al fondo la arquería del acueducto de la Tlaxpana que bordeaba el norte de la Ala-

⁴Hoy Museo Nacional de Arte.

meda hasta llegar a la espalda de lo que ahora es el Palacio de Bellas Artes. Ese hospital fue sometido a la crueldad de la piqueta porfiriana para erigir en su lugar un remedo del Palacio Ducal de Venecia, asiento hasta hace pocos años del Correo Mayor.

O el convento de Capuchinas rodeado por las actuales calles 16 de Septiembre, Venustiano Carranza, 5 de Febrero hasta casi llegar a Isabel la Católica en su colindancia con la casa de los condes de Valparaíso. Ese convento de Capuchinas también fue partido en dos por el triunfo del liberalismo en 1861 para abrir la calle Lerdo, ahora de La Palma, en la parte que va de Venustiano Carranza a 16 de Septiembre. Casimiro Castro, desde la azotea de ese convento, nos regala una vista panorámica de la Plaza de la Constitución.

O el convento de Santo Domingo, encuadrado entre las calles Brasil, Perú, Chile y Belisario Domínguez, que también fue partido en dos —de norte a sur— para abrir la calle Leandro Valle, nombre de un liberal distinguido.

O el templo de La Profesa con su casa profesa anexa. Ambas constituían una masa arquitectónica enorme rodeada por las calles Madero, Isabel la Católica, Tacuba y Motolinía. Y poco después, en 1861, la casa profesa fue partida en dos, de oriente a poniente, y el hueco dejado por la demolición llevó el nombre 5 de Mayo. Es decir, un año después de la noticia recibida con alegría por Juárez acerca del triunfo de las armas nacionales frente a las del invasor francés. Lo mismo ocurrió con el convento de Santa Clara, que por igual abarcaba una enorme manzana comprendida entre las actuales calles Tacuba, Motolinía, Madero y Bolívar. Esa manzana, al ser rebanada en dos dejó también un hueco que asimismo, en 1862, llevó el nombre 5 de Mayo, para festejar el triunfo del general Zaragoza en contra del ejército francés en Puebla.

O el templo de la Merced y su convento anexo ubicados en la manzana formada por las calles que ahora se llaman Venustiano Carranza, Uruguay, Jesús María y Las Cruces. El templo de la Merced, del mejor estilo mudéjar, fue derruido a fines del XIX para edificar en su lugar un mercado francesoisde que imitaba en pequeña escala al famoso mercado parisino Les Halles,

construido de cristal y hierro durante la monarquía de Napoleón III. Aquel mercado, a su vez, fue derribado durante el decenio de los cincuenta de este siglo por la máxima autoridad defeña. En el predio baldío mandó sembrar pasto, mal cuidado hasta el presente. Por fortuna y para bien de nuestra capital, el claustro mudéjar se conserva todavía intacto y su acceso es por Uruguay, entre Las Cruces y Jesús María.

O el convento de este nombre —Jesús María— situado en la manzana formada por las calles Jesús María, Soledad, Academia y Corregidora, que conserva bien todavía la portada neoclásica en su iglesia, no así su gran claustro que alojó, hasta hace algunos decenios, al cine Mundial, y en su parte alta funcionó un salón de billares; antes, allá por los últimos veinte del siglo pasado, fue un salón de baile matutino. Ese gran claustro se ha transformado ahora en un monstruoso mercado de estufas, lavadoras y refrigeradores, al paso que el resto del convento fue lotificado y vendido a particulares, cuyos establecimientos de ramos diversos brindan una nota antiestética evidente.

O el enorme convento de San Pedro y San Pablo, circuido por las actuales calles San Ildefonso, Del Carmen, Rodríguez Puebla y Colombia, que fue mutilado para prolongar de poniente a oriente la calle Venezuela —antes calle de La Perpetua— hasta Rodríguez Puebla.

Cabe reflexionar ahora hasta qué punto es singular el hecho de que en cuatro esquinas contiguas de nuestra capital, tres tuvieron cada una un convento, cosa que no se advierte en Roma ni en Florencia ni en Venecia. Nuestro Centro Histórico sí tenía tres conventos en las cuatro esquinas que forman las actuales calles de Argentina, Luis González Obregón y San Ildefonso.

Uno es el convento de La Enseñanza, donde se halla —aparte de una cantina— El Colegio Nacional que congrega a los mexicanos consagrados por su saber y sus luces, y cuya entrada es por la calle Luis González Obregón; si bien su iglesia se conserva admirablemente y tiene su acceso por Donceles para contemplar el interior con su belleza barroca deslumbrante.

El otro convento ubicado en tres de las cuatro esquinas citadas es el de Santa Catalina de Siena, cuya torre fue arrasada cuando en esa esquina

se derribaron algunos claustros para dar cobijo allí a la Escuela Nacional de Jurisprudencia desde fines del siglo pasado hasta los cincuenta del presente en que emigra a la Ciudad Universitaria. La citada iglesia de Santa Catalina de Siena —ya mutilada— fue cedida a una de las denominaciones del protestantismo para efectuar su respectivo rito, no el católico, para el cual fue construido hace varios siglos ese templo.

El tercer convento de esas cuatro esquinas es el de La Encarnación cuya entrada principal es por Argentina y la de su iglesia anexa es por la acera sur de la calle Luis González Obregón, en tanto que por el norte linda La Encarnación con las calles de Venezuela —antes de La Perpetua—, al paso que hacia el poniente el exconvento da a la espalda de la vieja aduana de Santo Domingo. Ese tercer convento ubicado en tres de las cuatro esquinas contiguas señaladas, estuvo convertido en un inundo basurero desde fines del siglo pasado hasta principios del presente, pero lo restauró José Vasconcelos al ser designado secretario de Educación en 1924, para que fuese asiento de dicha dependencia. Movido Vasconcelos por un gesto bolivariano, reservó la iglesia de La Encarnación para fundar en ella la Biblioteca Iberoamericana, tan gélida e inhospitalaria en invierno que ningún aguerrido aspirante a ser apóstol de la libertad arriesgaría la salud de sus vías respiratorias por estudiar los desmanes de los tiranos Juan Manuel de Rosas y Diego Portales, José Gaspar Rodríguez de Francia y Juan Vicente Gómez, Manuel Estrada Cabrera y el inefable Rafael Leonides Trujillo.

O el convento de San Francisco, el más grande de este continente que permaneció intacto hasta 1856, cuando se inició la devastación de ese gran centro religioso a pedido del asustadizo presidente Comonfort, quien fue informado de una conspiración en su contra fraguada por monjes franciscanos. Querían derrocarlo, se dijo. Pero Comonfort, ni tardo ni perezoso, ordenó partir en dos el convento de oriente a poniente y, de esa mutilación, surgió la calle Independencia, ahora 16 de Septiembre, en la parte comprendida entre San Juan de Letrán y Gante, más al oriente. Ha de recordarse que al abrirse la calle de Gante se mutiló otra vez ese colosal convento, circuido

por las actuales calles Madero al norte; San Juan de Letrán al poniente; Venustiano Carranza al sur; y al nororiente con el hotel Iturbide,² siguiendo hacia el sur en línea recta por la espalda de dicho palacio hasta la calle Venustiano Carranza, justo porque Gante se formó al mutilarse con posterioridad el convento de San Francisco.

Demoliciones sucesivas de las iglesias que se hallaban dentro del espacioso ámbito del convento se llevaron a cabo por diversos motivos. Las viejas capillas construidas durante el virreinato fueron cayendo una a una: la del Tercer Orden, ubicada justo en la esquina de la Plaza Guardiola y San Juan de Letrán; la de La Segunda Estación, que daba también hacia San Juan de Letrán; y la del Señor de Burgos, ubicada en la misma calle.

Por el lado de Madero se derribaron la capilla de Aránzazu en cuyo predio baldío se construyó, a fines del siglo pasado, la goticizante iglesia de San Felipe; y también en la misma Madero, hacia el poniente, se demolió la capilla de los Servitas. Quedan sólo tres de aquellas iglesias asentadas dentro de los enormes muros del convento de San Francisco: la grande del mismo nombre y dos capillas pequeñas ubicadas en la esquina formada por las calles Venustiano Carranza y San Juan de Letrán: están todavía una sobre otra la capilla de San Antonio, abajo; y la de El Calvario, arriba. Allí despacha el Consejo del Centro Histórico de esta Ciudad.

Cabe recordar que en uno de los múltiples claustros del monasterio de San Francisco, cuya entrada actual es por Gante, estuvo el teatro Chiarini y desde hace más de 100 años ese claustro franciscano funge como templo protestante del rito anglicano.

Casi al frente de ambas iglesias de hallaba en pie, hasta 1932, el hospital de San José del Real que fue víctima de la piqueta demoledora cuando se amplió San Juan de Letrán, en tres o cuatro veces de su anchura original hasta darle la amplitud que hoy ostenta.

Y en la misma avenida San Juan de Letrán estuvo en pie varios siglos la iglesia de Santa Brígida, donde se casaban las parejas provenientes de

²Actualmente es sede y Palacio de Cultura Banamex.

las clases altas; fue arrasada también para ampliar la citada rúa San Juan de Letrán, no sin construir en el predio baldío restante el edificio de la Procuraduría General de la República.

También se derribó el templo de Santa Isabel, ubicado al oriente de la Alameda, para construir en su lugar, durante el porfiriato, el Teatro Nacional, pero las obras se terminaron en 1934 durante la administración del presidente Abelardo L. Rodríguez. Al hermoso inmueble italianizante se le nombró como Palacio de Bellas Artes.

También fue arrasada la Universidad Real y Pontificia, cuyo inmueble abarcaba la manzana comprendida entre las calles Universidad, Venustiano Carranza, Correo Mayor y Corregidora. Ese edificio sobrevivió desde los setenta del siglo XVI hasta el segundo decenio de la presente centuria y no fue ajeno a tal destrucción uno de los hombres más cultos del porfiriato. En la manzana abarcada por la universidad, en la calle que lleva ese nombre, existe un feo e improvisado estacionamiento de automóviles; el resto de la manzana fue lotificado y comprado por comerciantes de diversos ramos no poco deprimentes.

Debo recordar al lector que antes de tener la Universidad su propio inmueble, esa institución se instaló desde 1551, durante varios lustros, en un local situado en la esquina de Seminario y Moneda, cuya planta baja ocupó durante más de un siglo la cantina El Nivel, dotada —como toda cantina que se precie de serlo— de un dispositivo apropiado para que el cliente o el transeúnte pudiera acudir a él a efecto de aliviar un asediante desequilibrio hidráulico. En esa esquina empezó a funcionar la primera universidad del nuevo mundo en 1551. Sin metáfora alguna podría decirse que el mexicano se orinaba en su cultura.

El convento de Belem de Mercedarios, ubicado frente a la arquería que venía de Chapultepec hasta la fuente del Salto del Agua frente a la iglesia del Niño Perdido que está todavía en pie, si bien el convento fue seccionado en tres porciones para abrir las calles Vertiz y Gabriel Hernández con el fin de destinar la sección que daba hacia el poniente a la cárcel de Belem, la que alojó a los presos hasta principios de este siglo ya construida la peni-

tenciaría del Distrito Federal, allá por los llanos de aviación. Cuando La Acordada fue demolida, la cárcel de Belem recluyó a los presos que purgaban sus sentencias en aquella vieja prisión que estuvo ubicada en la actual avenida Juárez. Pero como todo se destruía, también la cárcel de Belem fue demolida para construir, en 1933, sobre su amplio terreno ya baldío, el Centro Escolar Revolución, confinado por las calles de Niños Héroes, hasta sus esquinas con avenida Chapultepec y Río de la Loza, y a su espalda la calle Gabriel Hernández.

Muchos otros ejemplos de falta de respeto a nuestro pasado arquitectónico pueden encontrarse. Uno lo ofrece la Casa de los Perros o Casa Escandón, que fue propiedad del secretario de Relaciones, Manuel Diez de Bonilla, ubicada en la Plaza Guardiola. Al ser arrasada esa casa se construyó en su lote baldío el edificio Guardiola.

Otra falta de respeto a nuestro pasado arquitectónico es haber convertido el claustro del Colegio de Niñas —ubicado en la calle de Bolívar— en un cine que funcionó entre los treinta y cuarenta de este siglo, inmueble que ahora se vende o alquila para despachos.

Otro desacato más infringido a nuestra historia arquitectónica consiste en haber truncado la iglesia de Monserrat, situada en la antigua calle San Miguel, la que al ser ampliada cambió su nombre por José María Izazaga; la mutilada Monserrat ostentó durante muchos meses —colgado a las ruinas que de ella quedaron— un letrero que decía “se vende”. Y eso a ciencia y paciencia de las autoridades. Por fortuna hombres de a caballo, cultos, compraron el inmueble mutilado e instalaron allí el Museo de la Charrería.

Otro desacato más fue cometido por las autoridades durante el segundo decenio de este siglo al destruir la iglesia de Dolores, situada en la calle de ese nombre. En su lugar se construyó el Teatro Ideal, famoso por la actuación cómica de las hermanas Blanch; muchos actos vandálicos se cometieron juntos hacia los treinta de este siglo, cuando se amplió varias veces la anchura original de las calles de San Juan de Letrán: así absorbió ésta o hizo desaparecer la Plazuela de Tumbaburros, llamada después Plaza del Salto del Agua, ello con todo y sus soportales que daban hacia la Plaza de las Vizcaínas.

La falta de respeto a nuestra estampa urbana también se mostró en dos lamentables destrucciones cometidas en diferentes tiempos. Una fue la destrucción parcial de la arquería que conducía el agua bronca de la fuente de la Tlaxpana hasta la fuente que se hallaba a espaldas de la iglesia de Santa Isabel, ahora Palacio de Bellas Artes. El presidente Arista, en 1851, mandó derribar la arquería desde la espalda de Santa Isabel hasta frente a la iglesia de San Fernando donde empieza Puente de Alvarado; en tanto que la demolición total de ese acueducto se llevó a cabo a mediados del porfiriato.

El acueducto de Chapultepec, que nos traía el agua para apagar la sed de los capitalinos, venía desde los manantiales de Chapultepec por un ducto que sostenía una arquería que terminaba en la fuente del Salto del Agua.

Aquel prolongado monumento fue derribado también durante el porfiriato, no sin dejar como huella de su existencia un fragmento de arcos que se encuentra frente a las calles Florencia, Varsovia y Praga.

En este siglo también la vieja calzada de La Piedad fue víctima de la barbarie al cambiarse su nombre por avenida Cuauhtémoc, acaso para que se olvidara la salvaje destrucción total del santuario de La Piedad, al que se llegaba precisamente por la calzada así llamada. En su lugar, años después, se construyó una iglesia de arquitectura modernizante asentada en las calles de Puente de la Morena cercana a la avenida Cuauhtémoc.

Hay muchos ejemplos más de esas lamentables cuatro oleadas destructivas. A semejante lamento contribuye, con vesanía y crueldad involuntarias, Guillermo Tovar de Teresa al ofrecernos en este acusioso libro el rastro del rostro de muchas de las víctimas arquitectónicas, tal como eran y tal como el vandalismo desnacionalizador las dejó.



Artículo jugueteón

José E. Iturriaga

NO SÉ si a Guillermo Tovar de Teresa le agrada que lo agredan o si estimula a la mula para patear en un tambor una murga mugre de contradictorios alegatos parecidos a riñas de perros y gatos.

Bien puesta su respuesta, deja Guillermo aterrados o enterrados a sus venales y banales contradictores. Éstos, ajenos a todo venero salubre y veraz, se nutren de ideas venéreas que en su escatológico cacumen bullen y las arguyen con torpeza desde su alma vaciada por viciada.

Fungen y fingen ser críticos probos, pero son réprobos: practican tanto el plagio como el agio intelectual. Su pretendido fuero queda fuera desde luego, más por inocuo que por inicuo.

Sería más seria la serie de objeciones que aquellos perpetrar si no fuese porque impetran piedad a la postre. Y es que saben que su lógica es lóquica, burda y absurda.

[En: José E. Iturriaga, *Rastros y rostros*]

**Completa descripción y
comentarios sobre un magno
proyecto urbanístico:**

restituir a un vasto sector metropolitano
el ambiente y la arquitectura virreinales



Un centro cultural y turístico sin igual en el mundo*

José E. Iturriaga

Por su pasado histórico, México puede ufanarse de ser la capital cultural del continente americano. Esta afirmación no es hiperbólica sino un hecho riguroso.

Cuando se dice “pasado cultural de México”, no se alude con exclusividad al adelanto portentoso de la civilización precolonial asentada en Yucatán, en Monte Albán, en Mitla, en los Valles de Tula o Tenochtitlan. Se alude también a las huellas de transculturación plástica que el europeo dejó en este lado del Atlántico. Concretamente, en esta capital federal, en una sola calle hay tres testimonios iniciales de la cultura europea acarreada al nuevo mundo: la primera imprenta, la primera universidad y la primera academia de bellas artes, razón por la cual la calle de La Moneda merece el justo título de “la arteria cultural de mayor abolengo del hemisferio occidental”. Ella está enclavada en un área citadina que habremos de llamar el Barrio del México Viejo, área en la que todavía existe una gran homogeneidad arquitectónica a pesar de 100 años de destrucción sistémica.

Hay que entrar en la calle de la Moneda y transitar por sus aceras con verdadero respeto y admiración por tratarse de un auténtico santuario de la cultura americana desde que ésta empezó a fraguar su mestizaje indoeuropeo. En su acera norte, esquina con la calle del Seminario —donde irre-

* Artículo publicado en el suplemento “México en la Cultura”, núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< Litografía de Pedro Gualdi, *Interior de la Universidad de México*, ca. 1842. Biblioteca MAP

verentemente funciona una cantina con su indispensable urinario— abrió sus aulas a la docencia superior nuestra Universidad en 1553 para impartir la erudición que en el siglo XVI se conocía en Europa; nuestra Universidad —que a poco de fundada se pasó a espaldas de la actual Suprema Corte de Justicia— tuvo variada fortuna durante los siglos XIX y XX, y aparecía y reaparecía al influjo de corrientes políticas contradictorias. En la acera norte de La Moneda, esquina con la calle del Licenciado Verdad, fue fundada la primera imprenta del continente en 1536, y todos sabemos cuanta trascendencia tuvo en la difusión de la cultura al superar el jeroglífico y a la vieja forma oral de transmitir la antigua sabiduría. Por último, en la acera sur de la misma calle, esquina con la de la Academia, fue fundada la Academia de la Tres Nobles Artes o de San Carlos, primera en su género en el hemisferio occidental, durante las postrimerías del siglo XVIII.

Ningún país de nuestro continente, Canadá o Estados Unidos, Argentina o Brasil, incluso el propio Perú —capital del próspero virreinato de Lima que nos disputa frustráneamente la prioridad del funcionamiento de la Universidad—, pueden ufanarse de reunir, no ya en una sola calle, sino en todos esos países juntos, los ya indicados elementos precursores de la cultura europea que con orgullo nos conducen a afirmar, rotundamente, que la Ciudad de México posee el más viejo abolengo de cultura europea en las tres Américas, antes de que existiese Nueva York, un siglo antes de que Harvard fuese un modesto colegio, dos siglos antes —con excepción de la Academia de San Carlos— de que los franceses fundaran en 1718 la envidiablemente bien cuidada Nueva Orleans, y dos siglos y medio antes de que la ciudad de Washington fuese proyectada en 1791 por el arquitecto L'Énfant por orden del autor de la independencia norteamericana.

En materia de riqueza arquitectónica, Estados Unidos tiene tan poca que la cuidan mucho; México, en cambio, tiene tanta que solía cuidarla poco hasta hace algunos años. Cuando se ve cómo son conservadas y mantenidas como reliquias del pasado las 21 misiones fundadas por fray Junípero Serra en la Alta California, o las 37 misiones con un escaso mérito arquitectónico existentes en Arizona, Nuevo México y Texas; cuando se ve

cómo los Estados Unidos y el estado de Florida celebran con toda pompa el cuarto centenario del Fuerte de San Agustín con su pobre callecita anexa, una ira cívica suscita, por contraste, el contemplar cómo se destruyó en tres meses una edificación que estuvo en pie tres siglos, precisamente junto a la Nacional Financiera, donde estuvo el Club Británico: el Palacio de Zuleta, derruido sin apelación valedera y que dio el nombre de Zuleta a la primera calle de Capuchinas, hoy Venustiano Carranza.

Urge poner alto a un centenario instinto de autodestrucción cultural, sobre todo en lo que se refiere a nuestra raíz española arquitectónica. A partir de la revolución de 1910 pudo apreciarse un movimiento de rencuentro con la raíz más ancestral de nuestra formación cultural: la indígena, que se expresó mediante un repudio frente a varias décadas de afrancesamiento en los usos costumbres, hábitos y actitudes intelectuales de los mexicanos.

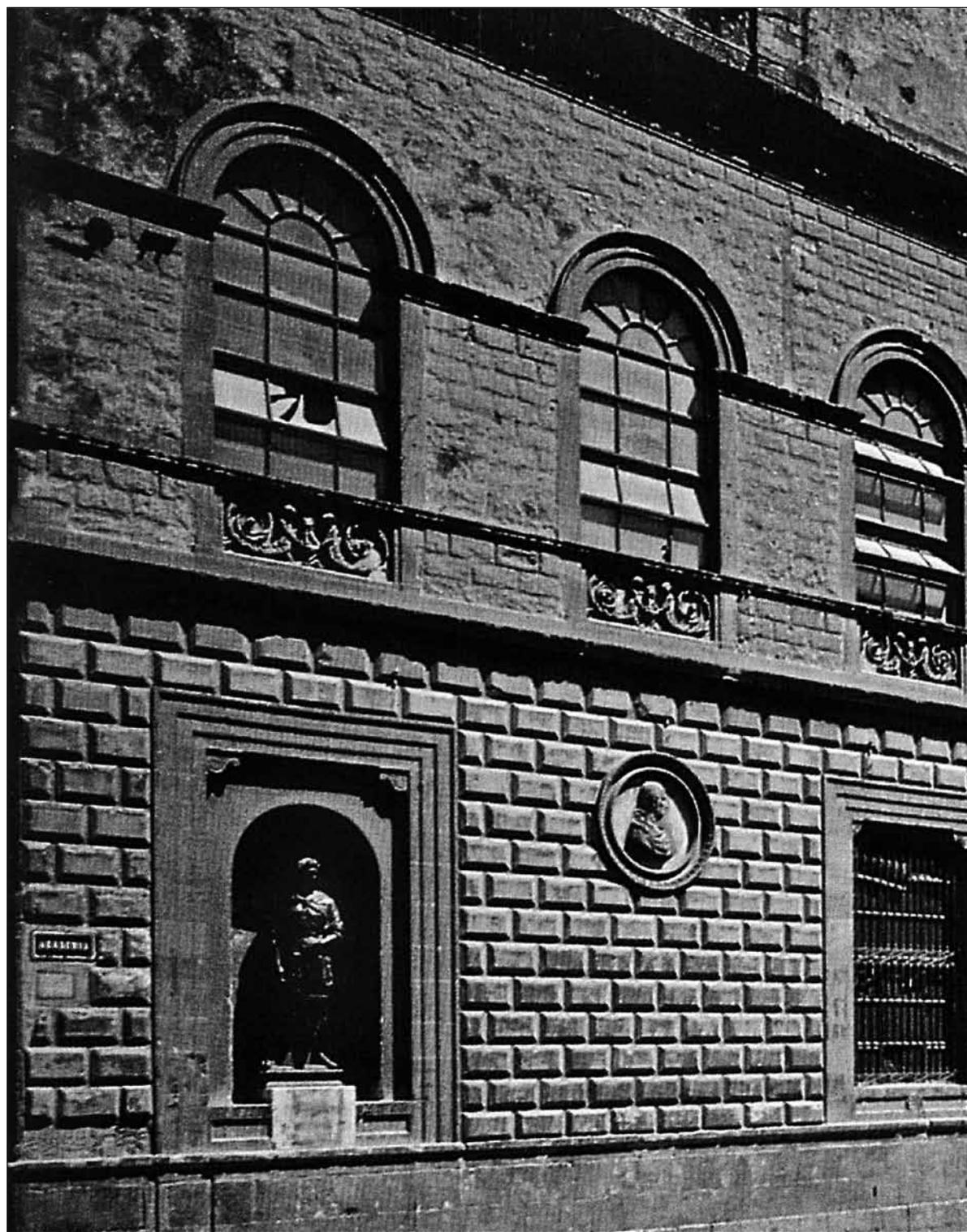
La revolución de 1910, que fue un movimiento socioeconómico orientado a derrocar la estructura feudal en la que se asentaba el porfiriato, llevaba implícito un impulso cultural anti europeizante y filoindígena que hacía exclusión de una de las dos sangres que llevamos dentro: la española. Acaso a este impulso espiritual se deba la actitud de algunos gobiernos posteriores: una desgana o distracción frente a lo que significa nuestro pasado cultural hispánico. Esto es cierto, en general hasta 1959, año en el que empiezan a brotar numerosos síntomas que tienden a reconciliar nuestra cultura mestiza ambivalente. Si esta ...[sic],⁴ firmeza, el historiador de siglo XXI tendrá que hacer radicar en el presente sexenio gubernamental² el inicio del redescubrimiento de nuestra raíz hispánica, toda vez que éste neohispanismo no tendría las características conservadoras o regresivas que tuvo el hispanismo durante el régimen colonial y buena parte de nuestra vida independiente.

La conciencia nacional se ha desperezado, está alerta y en completa vigilia. Urge que sobre ella siga trazando el presidente López Mateos la ruta por donde transite nuestra riquísima y peculiar vocación cultural, ya

Fachada de La Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos. Biblioteca MAP >

⁴Ilegible en el original consultado.

²El autor se refiere al sexenio de Adolfo López Mateos.





sin fobias que esterilicen el insospechado aporte que dará al mundo la cultura indioespañola, una vez que hayamos tranquilizado la pugnacidad latente de nuestras dos sangres, que permean la pujante nacionalidad mexicana. La salvación inmediata de la calle de La Moneda y la concreción del proyecto del Barrio del México Viejo que más adelante se delinea, no constituye, por cierto, un melancólico suspirillo de cultivo desmelenado y blandengue, ni es tampoco un gestecillo utópico. Se trata de una posibilidad real y hacedera técnica y financieramente hablando, y perfectamente compatible con el grado de lucidez que está alcanzando la comunidad mexicana en lo referente a la autoconciencia de sus valores superiores.

Cien años de destrucción sistemática de una riqueza arquitectónica que ...[sic]³ Ciudad de México, aún en pie una ...[sic]⁴ monumentos que representa más de lo que cinco capitales de la América Latina puedan reunir juntas, con todo y que el espíritu partidista, el afrancesamiento de las costumbres y cierta barbarie modernizante no destruyó lo que el español dejó en materia arquitectónica en ellas: Bogotá, Quito, Lima, La Paz y Santiago.

La Ciudad de México conserva aún una riqueza insospechada no tan solo para el viandante común y corriente —que no repara en la grandeza de los monumentos frente a los cuales pasa—, sino hasta para un hombre de nivel cultural medio, quien tampoco puede advertir semejante riqueza arquitectónica debido a que lo impiden varios factores antiurbanísticos.

No se pretende, claro está, exhumar irrealizadamente la vieja traza de Cortés del siglo XVI, ni siquiera lo que suele llamarse el Primer Cuadro, sino un área del México viejo, que habida cuenta del nulo mantenimiento de algunos edificios allí ubicados, posee una unidad susceptible de ser restaurada y dignificada con base en testimonios litográficos, primeros daguerrotipos y fotografías que conservamos en nuestro archivo.

Uno de los elementos integrantes del hombre-masa, decía Ortega y Gasset, consiste en su falta de curiosidad o de preocupación histórica, ya que el

³Ilegible en el original consultado.

⁴*Idem.*

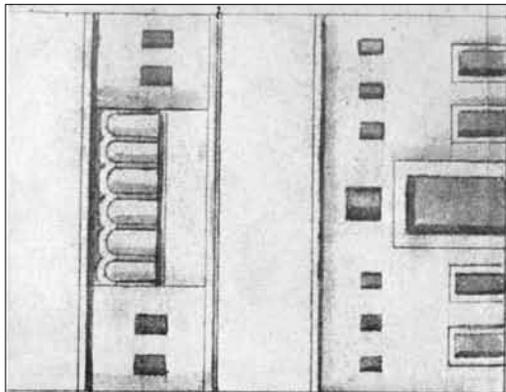
hombre-masa —que se da en todas las clases sociales—, no se hace cuestión de que cuanto ahora existe ha tenido largos y accidentados antecedentes.

Entre los diferentes fenómenos que suscitan la curiosidad de un hombre no masificado se halla el de nuestra concentración urbana; la historia de esta gran urbe cuyos 6 millones de habitantes suelen transitar cotidianamente por sitios, plazas, edificios y monumentos, auténticos trozos de nuestro pasado que, acumulados progresivamente, han ido dibujando la estampa actual de nuestra gran ciudad capital.

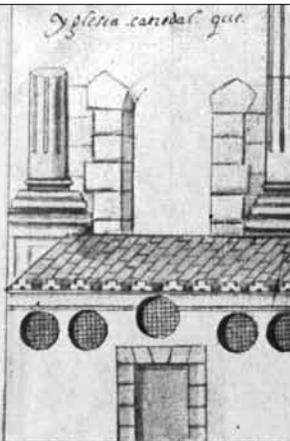
Fomentar la atención popular por nuestro pasado para afianzar nuestra conciencia nacional, es deber de todo hombre de Estado, por que se sabe que con ello se fortalece, además, el patriotismo de los mexicanos.

La Moneda, arteria de prosapia cultural sin paralelo, se inicia en nuestra espaciosa Plaza Mayor, más espaciosa aun que la Plaza de San Pedro de Roma o que la Plaza Roja de Moscú. La majestad y grandeza de nuestra plaza ganaría considerablemente si con el consentimiento de la mitra —que hay que ganar desde luego— se quitase del atrio la reja que resta visibilidad a la más hermosa catedral de la América y constriñe la verdadera magnitud de la Plaza Mayor que antiguas litografías nos revelaban.

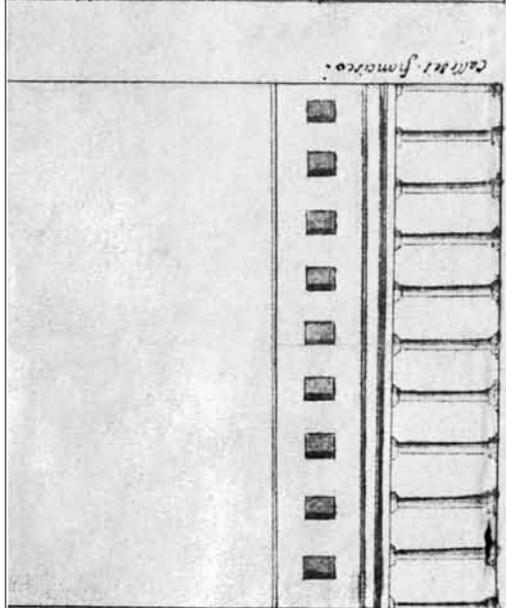
Aparte de los tres sitios ya indicados, existen otras edificaciones que elevan de rango a nuestra máxima rúa cultural: el Palacio Nacional, asiento del poder civil desde hace cuatro centurias, en donde asoma la ventana de la alcoba del Benemérito Juárez, a cuyo cobijo solía el patricio meditar y tomar las mas graves resoluciones que condujeron a afianzar la segunda independencia nacional. Más adelante se encuentra la antigua Casa de Moneda, que dio su nombre a la calle donde está desde los ochenta del siglo XIX, el Museo Nacional cuyas piedras precortesianas fueron trasladadas al nuevo edificio construido en Chapultepec; el Palacio del Arzobispado, que fue asiento del poder eclesiástico durante tres siglos y medio, y ahora lo es de una guardería infantil de la Secretaria de Hacienda; en colindancia con el sitio donde se fundó la primera imprenta, se halla la iglesia de Santa



Palacio de los condes de Castella.

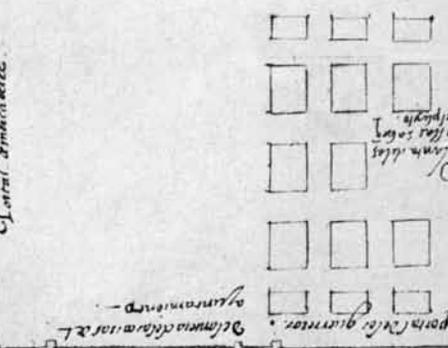


Iglesia cathedral que

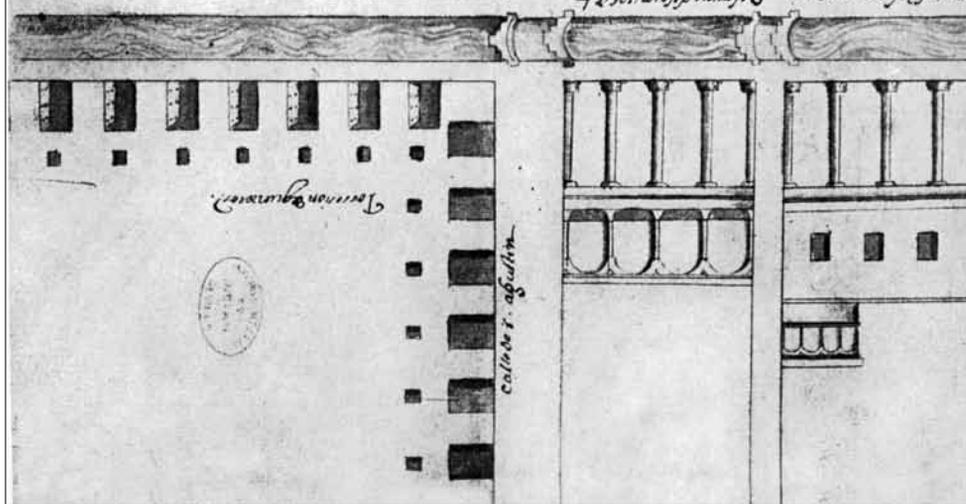


Cast. de S. Mateo.

Cast. de S. Mateo.



Cast. de S. Mateo.



Cast. de S. Mateo.

Cast. de S. Mateo.

algunos edificios de los años
ala lora. f. B



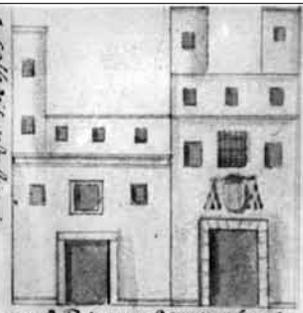
A
yglesia de San Juan de los
Reyes de A. a. C.

C

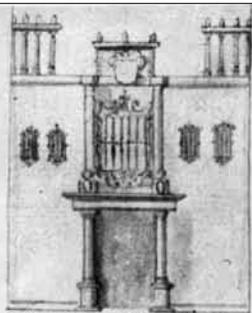


Col. de San Juan de los Reyes

• Calle de San Juan de los Reyes

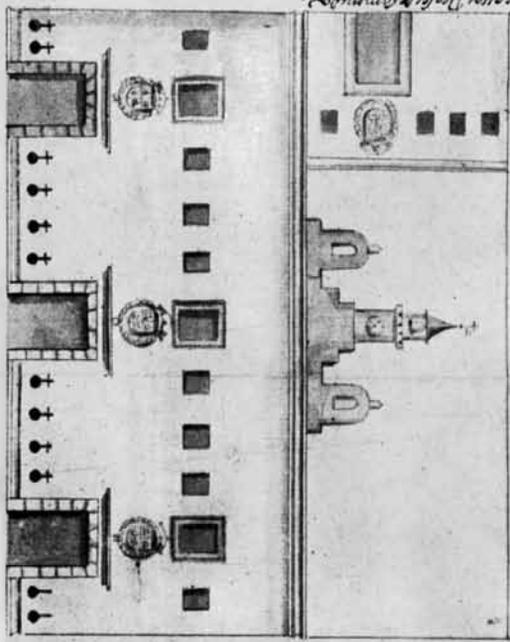


Calle de San Juan de los Reyes
de la conquista de México



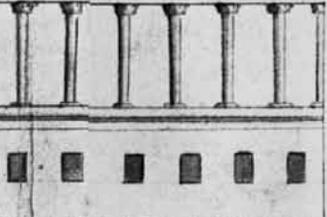
Calle principal de la guerra

D. Calle de San Juan de los Reyes



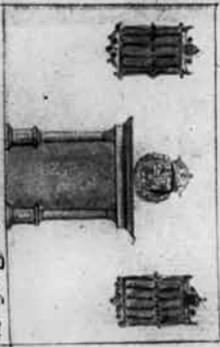
Calle principal de la guerra

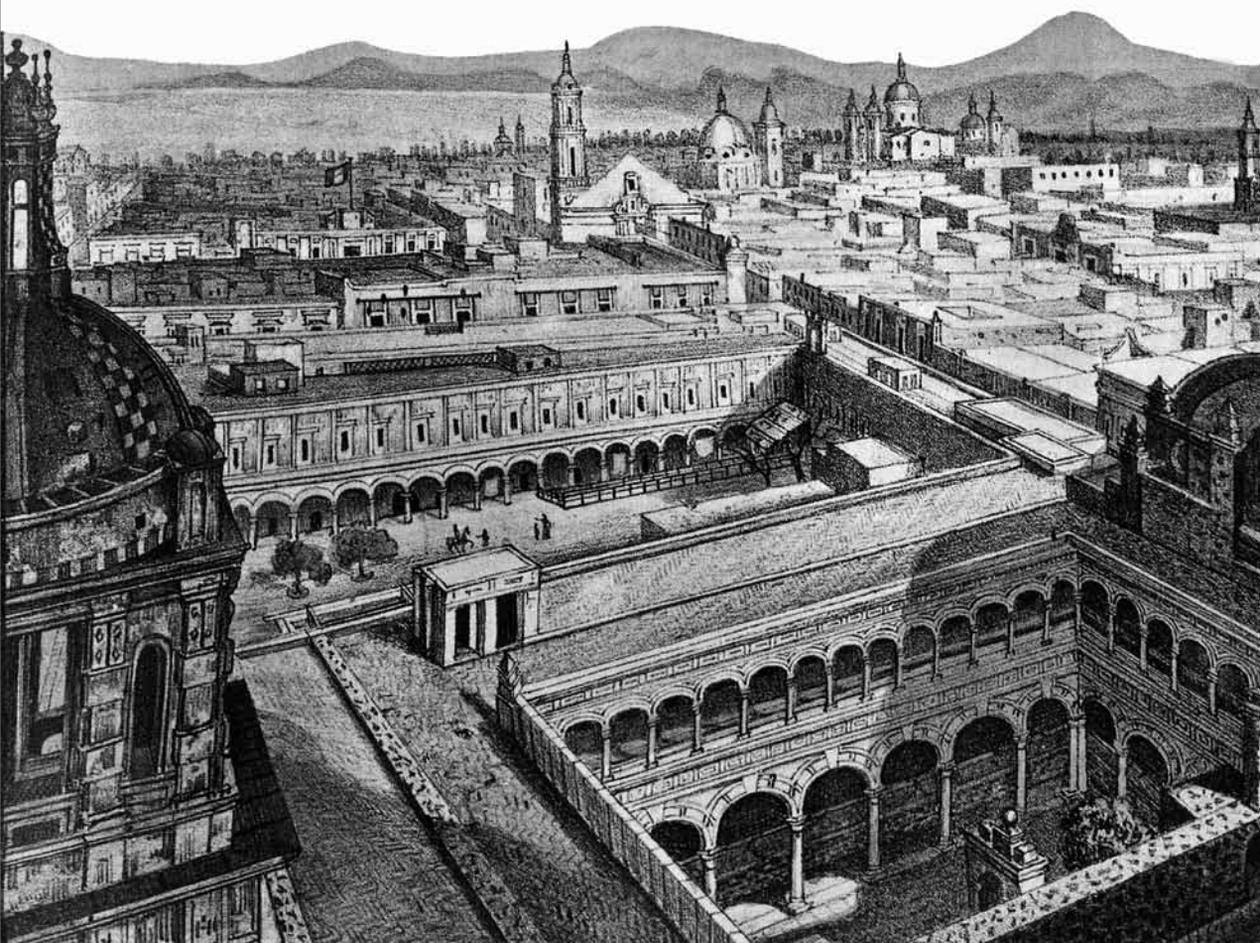
A. Calle de San Juan de los Reyes



Calle de San Juan de los Reyes

Oratorio de San Juan de los Reyes
de la guerra





Teresa la Antigua, cuya cúpula —quizá la mas hermosa de la ciudad— construyó De la Hidalga; después están las dos hermosas casas de los hermanos del Mayorazgo de Guerrero, una de las cuales está mancillada en su esplendor por funcionales cortinas de acero; a unos cuantos pasos se halla la iglesia de Santa Inés, restaurada con buen gusto; y, finalmente, la plazoletita de La Santísima, desde la cual el observador puede admirar



Cúpula de la iglesia de Santa Teresa la Antigua ^
Biblioteca MAP

la espléndida portada barroca de la iglesia del mismo, que junto con la catedral de Zacatecas, San Felipe Neri, el sagrario metropolitano y otros cuantos templos más, representan las mejores expresiones de ese mexicano estilo que es el barroco. Finalmente, junto con diversas edificaciones dieciochescas, hay otras de menor valor.

Rehabilitar con decisión y a corto plazo la calle de La Moneda, no sólo es un deber gubernamental relativo a preservar nuestra tradición cultural —en cuanto que la arquitectura es una parte de la cultura—, también puede significar un poderoso atractivo para el visitante extranjero al destacarse su carácter indisputable de primera arteria cultural de la América, lo que, además, habrá de traducirse en mayores ingresos de divisas, con los consiguientes efectos multiplicadores económicos.

Semejante plan de rehabilitación será la iniciación de un proyecto más amplio, apto para rescatar algo de la vieja estampa españolizada que todavía ostenta nuestra capital: el Barrio del México Viejo, el cual, recoleto y limpio, sólo sería cruzado por carretelas de caballos para el servicio de transporte. Una empresa semejante de salvación urbana hicieron los polacos después de la segunda guerra con Cracovia, su ciudad sagrada, que fue arrasada por la metralla nazi, no por la indolencia y descuido de los propietarios privados.

Esa área comprende nuestra Plaza Mayor: las calles de La Moneda hasta la iglesia de La Santísima, en cuyo costado se cerraría el tránsito de las calles Margil; una de las calles de La Santísima y otra de Guatemala; tres de Rodríguez Puebla; el Jardín de Loreto; las calles San Ildefonso y Luis González Obregón; la Plaza de Santo Domingo; las calles Belisario Domínguez hasta las Aquiles Serdán y el Jardín de la Concepción, donde sería el remate del *tour* colonial.

Dentro de esta área quedarían comprendidos numerosos monumentos y los jardines y plazas ya nombrados. La Plaza de Loreto, donde se encuentra la fuente de Tolsá, la iglesia de Santa Teresa la Nueva, el templo de Loreto —de proporciones catedralicias— y el primer Colegio de Indias que se fundó en la América en la calle San Ildefonso; hasta la Plaza de Santo Domingo se halla el viejo Colegio de San Pedro y San Pablo, fundado en 1573, donde estuvo la célebre perrera de la preparatoria; el sitio donde fundó Romero de Terreros el Monte de Piedad en el siglo XVIII; la iglesia de San Pedro y San

Pablo, donde se juró la Constitución de 1824 y asiento actual de la Hemeroteca Nacional y de un templo protestante;⁵ el antiguo Colegio de San Ildefonso, fundado en el siglo XVIII y ahora la preparatoria número uno;⁶ tres viejos conventos en tres de las cuatro esquinas que forman las calles de Argentina, San Ildefonso y González Obregón —cosa que ni en Roma ocurre—: el convento de Santa Catalina de Sena, que hasta hace poco fue la Escuela de Leyes; el de La Encarnación, donde ahora se halla la Secretaría de Educación Pública; y el de la Enseñanza, una de cuyas partes es el local actual de El Colegio Nacional; y junto con otras casonas coloniales de gran valor plástico, se halla la iglesia de La Encarnación, ahora Biblioteca Iberoamericana.

Al llegar de la calle Luis González Obregón a la Plaza de Santo Domingo, se topa el visitante con el soberbio edificio de la vieja aduana donde estuvo la Tesorería del Distrito Federal; con los portales de los evangelistas, sagaces intérpretes de la emotividad popular dentro del curioso género epistolar que desde hace siglos se cultiva allí de padres a hijos; con la gran parroquia de Santo Domingo; con la capilla del Señor de la Expiración; con la Casa Chata o Tribunal de la Santa Inquisición, en donde estuvo la Escuela Nacional de Medicina,⁷ a cuyo lado derecho está la cárcel perpetua del Santo Oficio, en donde fue recluso Morelos y ahora es un almacén de linóleos de un comerciante israelita, ignorante de lo que significa el inmueble que arrienda o posee. En Belisario Domínguez puede contemplarse una sucesión de viejas casonas coloniales, cuyo uso antieconómico y adaptación antiarquitectónica está destinado para casas de vecindad, esto es, hoteles para gente pobre que pueden ser rehabilitados con sentido hotelero más rentable; el templo de San Lorenzo —muy bien restaurado por cierto—, y cuyo convento anexo fue convertido en la antigua Escuela de Ingenieros Mecánicos Electricistas,⁸ finalmente se remata en la Plaza de la Concepción, la hermosa iglesia de este

⁵Actualmente es el Museo de la Luz.

⁶En 1978, el antiguo Colegio de San Ildefonso dejó de ser sede de la preparatoria, y a partir de 1992, es sede de importantes exposiciones temporales.

⁷Actualmente es el Museo de la Medicina Mexicana.

⁸Ahora Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, perteneciente al Instituto Politécnico Nacional.

nombre, el convento anexo que ahora es un colegio para señoritas y una capilla ochavada en el centro de la plaza que urge restaurar después de cuatro siglos de haber sido erigida.

Es evidente que este proyecto no excluye una política tendiente a conservar otros edificios de extraordinario mérito erigidos durante el virreinato español, ¿cuáles son?, entre otros, el convento de La Merced —el único palacio mudéjar existente en este lado del Atlántico—, cuya iglesia anexa fue derruida en 1882 en un acto de vandalismo por el régimen de Díaz para construir en su lugar un mercado que imitaba los que estaban de moda en París, y el cual fue sustituido hace seis años por un jardín no muy cuidado; la casa del Conde de Heras en la esquina de Donceles y República de Chile, donde cotidianamente entran camiones del *express*, de diez toneladas, que presionan su fachada de cantera; el prodigioso Colegio de las Vizcaínas, construido a principios del siglo XVIII y cuyo costado, que ve al poniente, debe ser puesto al descubierto mediante la demolición de una alargada y delgada manzana comprendida entre la primera calle de Mesones, San Juan de Letrán, Plazuela de las Vizcaínas y callejón de San Ignacio, logrando con ello que luzca su magnificencia; la iglesia de San Miguel, que pese a la demolición parcial que sufrió cuando se abrió en 1934 la avenida 20 de Noviembre tiene, sin embargo, un gran esplendor y en cuyo convento estuvo el cine Rialto ya derribado; pero en donde aún permanece un hotel de tránsito que debe eliminarse, desde luego; la homogeneización arquitectónica de la plaza que se formó al derruir la manzana comprendida entre la rinconada del Parque del Conde y las calles Pino Suárez y República de El Salvador —plaza que si bien le da valor y lucimiento a la casa del Conde de Calimaya, se lo resta la disonancia arquitectónica que debe corregirse—, consistente en la erección de un estacionamiento de nueve pisos, en grotesco contraste entre las defensas niqueladas de los automóviles allí estacionados con la casa del Conde de Calimaya y el Hospital de Jesús, donde yacen los restos de Hernán Cortés. Junto con estos proyectos —que a manera de ejemplo aquí se aluden—, todas las noches deberían destacarse los altorrelieves de

cantera con torrentes de luz para aumentar aún más los atractivos turísticos que ofrezca nuestra capital federal.

Plan concreto de regeneración arquitectónica
y su resonancia en la vida espiritual del capitalino.

La gran zona urbana que será la Ciudad Museo habrá de ser sometida a una erradicación del tránsito de vehículos de motor de explosión, de los tranvías, del ruido, del monóxido de carbono, de la mugre, de la incuria, del pavimento de asfalto, de la asimetría en la altura de las calles, de la inarmonía arquitectónica, de los antiestéticos anuncios, de las cortinas de acero, de la luz mercurial, de los establecimientos comerciales no ligados a la cultura o a la industria hotelera y similares, de los pegotes que impiden apreciar mejor las fachadas y contrafuertes de las iglesias, de las rejas que circundan a éstas y arrebatan así espacios transitables en la zona y, por último, de las viviendas erigidas en el interior de los patios de las casonas coloniales, cuyas arcadas y fuentes centrales permanecen ocultas por razones utilitarias con los adefesios allí construidos.

El grito de guerra urbanístico mediante el cual ha de exhumarse la Ciudad Museo para ponerla en un primer plano ante los ojos del viandante atento o distraído, puede condensarse en las siguientes palabras no exentas de impropiedad idiomática: recoletización de toda la zona mediante pasos a desnivel con la sola transportación de personas por medio de carretelas de caballos; boldosización de todas las calles; farolización en el alumbrado; descortinización de acero y zaguanización de todas las puertas; canterización y tezontlización de todas las fachadas; unificación en la altura de las calles; inundación de luminosidad sobre cuanto altorrelieve de cantera exista; desrejezización de los atrios de los templos para multiplicar el número de plazoletas, como a sugerencia nuestra se ha hecho con Santa Clara, ahora Biblioteca del Congreso de la Unión; culturización de la zona mediante la concentración en ella de museos, teatros, salas de conciertos y de exposiciones de pintura, escultura y grabados, librerías, tiendas de arte-

sanías artísticas; cafetización y restaurantización para mantener viva la gran variedad y riqueza de nuestra culinaria nacional; y por último, hotelización mediante la adaptación para pequeñas hosterías de las viejas casonas que ahora son insalubres y descuidadas vecindades de renta congelada, cuyos habitantes, siempre hostilizados por los caseros, pueden ser trasladados a otros sitios de la ciudad en donde se realicen programas de vivienda auspiciados por el Estado en conexión con los particulares.

Una política tendiente a preservar la riqueza de nuestro pasado arquitectónico, tanto por razones culturales como por razones turísticas, no puede cosechar oposición atendible. Mejor aún, provocará la emulación en las entidades federativas gracias al conocido mecanismo de influencia mimética —bovarismo, que diría Flaubert—, que ejerce la capital de la República sobre las ciudades provincianas, tal como aconteció hace muchas décadas con la kiosquización de la República —cuando se puso de moda en Japón—, más tarde con la glorietización y en los últimos años con la fontanización y jardinización de las ciudades de provincia. Puede neutralizarse también la oposición del público por las molestias que le ocasionen las obras, si su voluntad y asentamiento frente a ellas sabe ganarse mediante una propaganda educativa bien pensada a través de la televisión y de cortos cinematográficos que exalten el propósito presidencial de exhumar del tránsito, del ruido y de la disonancia arquitectónica, un área de la ciudad que debe ser no sólo objeto de admiración para el extranjero, sino orgullo y vínculo espiritual para el capitalino, tanto como lo es para el provinciano su respectiva ciudad o solar nativo. Hay que crear ese vínculo en los oriundos del Distrito Federal y en quienes viven en él desde hace largos años, cuyo vecinamiento más parece descansar en razones utilitarias que en razones espirituales, motivos ambos que es fácil conjugar sin exclusión.

Una concentración humana tan grande como es el de la capital de la República carece de cogollo espiritual. Ese cogollo puede ser el Barrio del México Viejo, en torno del cual sus habitantes habrán de transitar impreg-

*En la esquina de Jesús María y Corregidora se advierte una de las obras maestras >
de la arquitectura novohispana. Biblioteca MAP*



nándose de un baño de pasado histórico, ora durante el día, ora durante la noche. México es una de las ciudades del mundo donde ya no se practica el viejo solaz del paseo, tal como lo hacían hace dos generaciones los capitalinos en la calle Plateros, o como lo hace el romano en la Vía de la Conciliación y en la Plaza de San Pedro, o el catalán en el Barrio Gótico de Barcelona, o el argentino en la calle Florida de Buenos Aires, o el sevillano en la Calle de la Sierpe, o el toscano en la Piazza de la Signoria de Florencia, o el cubano en la Plaza Recoleta de la catedral habanera, o el madrileño en la Gran Vía, o, en fin, el nuevayorquino en Broadway, rúa ésta cuyos comercios están abiertos hasta la una de la mañana, práctica que debe imitarse en el Barrio del México Viejo. El capitalino de las clases pobres no tiene otro solaz nocturno que el de meterse al aire congestionado de un cine, o bien, el que pertenece a las clases más pudientes, su solaz consiste en entrar a un cabaré o a un club para alcoholizarse.

El Barrio del México Viejo será el centro de reunión de todas las clases sociales de la capital, en donde podrán pasear —verbo abolido del vocabulario capitalino y sustituido por el infinitivo pasear— y encontrar museos para ilustrarse, librerías, tiendas de artesanías artísticas, teatros que representen las mejores producciones de nuestros autores nacionales y las de los extranjeros, restaurantes, cafés y pequeños hoteles que a manera de los albergues italianos puedan ofrecer un hospedaje a la creciente demanda turística, inclusive a la que afluirá masivamente con motivo de la olimpiada mundial de 1968, cuya sede ganamos por razones de prestigio nacional; dentro de cuatro años los visitantes extranjeros deben quedar sorprendidos, no sólo de la vialidad expedita, la limpieza de los mercados y el verdor de los parques y jardines capitalinos, sino del celo con que conservemos nuestra estirpe arquitectónica española, pasada por el tamiz de nuestra cultura indígena. Todo ello con esta mira gubernamental bien precisa: que al volver nuestros visitantes a sus países de origen, se conviertan en activos propagandistas de México y su cultura, y que exporten más prestigio que nos enaltezca y reditúe con largueza.

Propósitos que enaltecen el proyecto de Iturriaga*

Jaime Torres Bodet

Aunque lastimada en no pocos sitios, por las consecuencias del tiempo, toda una época vive aún en la zona que rodea directamente el admirable conjunto urbano donde se halla, para nosotros, no sólo la Plaza Mayor de la capital, sino —en cierto modo— el centro mismo de nuestra historia.

Restituir a esa zona su dignidad, defenderla sin aislarla arbitrariamente, salvarla sin convertirla en un simple elemento decorativo, he ahí los propósitos que enaltecen el proyecto que se presenta a nuestra atención.

Esperemos que semejante proyecto pueda ser realizado como merece: con eficacia técnica y con respeto, tanto en aras las tradiciones de la ciudad, cuanto para los deberes de su presente y las necesidades de su futuro.

Restituir el ambiente y la dignidad arquitectónica del virreinato a un sector de la Ciudad de México, al noreste de la Plaza de la Constitución, y hacer de él un centro cultural y turístico de categoría sin paralelo en el mundo, no es la ilusión de un soñador, sino un proyecto minuciosamente calculado por José Iturriaga, subdirector de la Nacional Financiera; tanto en sus realizaciones estéticas como en sus valoraciones presupuestales y fórmulas de financiamiento.

Imagina el lector los edificios de unas 30 calles en ambas aceras al norte y al oriente de la Plaza de la Constitución y la plaza misma en torno a 33 manzanas; reconstruidas las fachadas de casonas y palacios coloniales,

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.



embaldosadas las aceras y empedradas las calles; desaparecidos los postes y los alambres eléctricos, los tranvías y los camiones, los automóviles y las bicicletas. Y desaparecidos también los figones y las cantinuchas, y los establecimientos comerciales mal aderezados, y los hoteluchos, y las casas de vecindad donde toda incomodidad tiene su asiento.

Y en lugar de tanto barullo y pestilencia de gasolina quemada, de la aglomeración y ruido de vehículos: un barrio tranquilo, poblado con museos, galerías de arte, bibliotecas, casas de antigüedades, salas de conciertos, conferencias, pequeños teatros y cinemas, fondas y tabernas típicas, exposiciones y venta de productos de la artesanía mexicana: casas habitación y hoteles, todo ello albergado en la nobleza renacida de la arquitectura novohispánica.

Por las noches, iluminación eléctrica; pero desde farolas colgadas de ménsulas de hierro forjado y postes chaparrillos. Ni ruido de rocolas ni anuncios *destorlongados*, ni los garabatos con gas neón; en una palabra, no habrá en ese sector de la ciudad ninguno de los abusos y peligros que la moderna civilización facilita y a la vez, paradójicamente, atormentan la existencia y encrespan los nervios.

Ya no para los visitantes extranjeros, sino para nosotros mismos, los habitantes de esta ciudad, capital de la República, ese sector de la metrópoli será un oasis de paz, con todo el encanto romántico de los tiempos idos y con la atracción de las modernas actividades intelectuales y artísticas.

¿Y cómo transitar por el barrio? Habrá coches de caballos y lujosas carretelas y, naturalmente, se podrá pasear e ir charlando cómodamente a pie, sin tener que esperar el guiño verde del semáforo, ni los sustos y precipitaciones que provoca hoy el cruce de cualquier bocacalle.

Sólo una ciudad ha cuidado mantener una parte de su antigua tranquilidad y de sus viejas construcciones: Nueva Orleans en su French Quarter, su barrio francés, con el mérito de sus famosos restaurantes que aprovechan como salones comedores, en los días con lluvia, los pequeños patios, som-

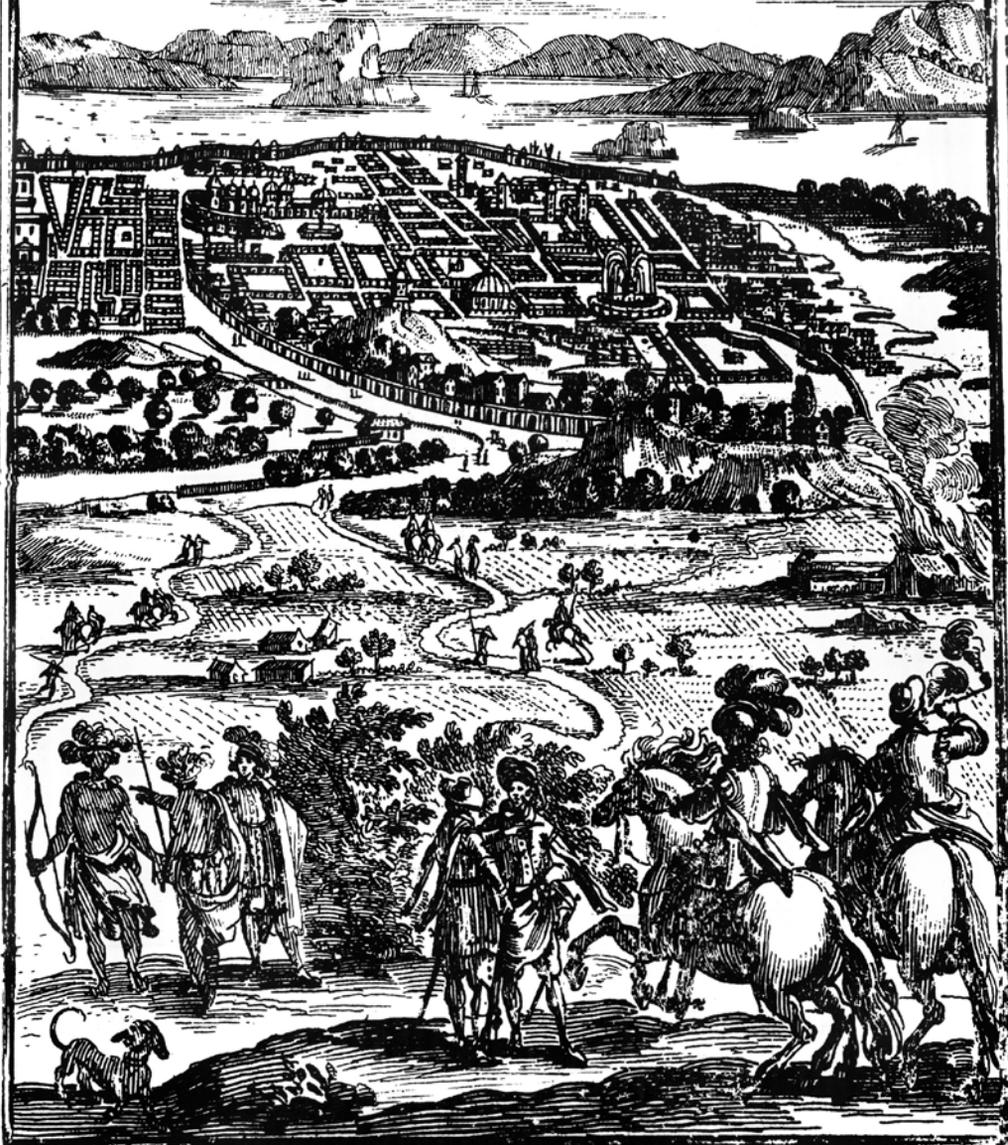


breadados con árboles y grandes plantas tropicales. París y Roma tienen sus barrios de viejo ambiente, pero México, al quedar concluido este magno proyecto, poseerá un grande y doble atractivo para los visitantes extranjeros: el espectáculo extraordinario del renacimiento de tres siglos de arquitectura, suprema en su belleza y originalidad, un ambiente de descanso espiritual, liberado de las molestias que el vértigo del mecanismo produce para ellos y para nosotros, centros de estudio y diversión, así como de cultivo intelectual.

Todo esto parece un sueño; sin embargo, es posible convertirlo en realidad. México posee los arquitectos y técnicos capaces y necesarios para transformar toda esa parte de nuestra ciudad capital rápidamente, tan rápidamente como cuatro años.

De las opiniones que "México en la cultura" ha recogido de autorizadas personalidades sobre este proyecto de don José Iturriaga, damos cuenta en la presente edición.

MEXIQUE



Ejemplo para evitar la barbarie de funcionarios de provincia*

José Rojas Garciadueñas

Muy grata sorpresa fue para mí, ser invitado y asistir a la cena en la que don José Iturriaga dio a conocer un proyecto para la conservación (yo digo la salvación) del México antiguo.

La Ciudad de México, cabecera del reino de Nueva España, fue la más bella de las capitales en el siglo XVI. A muchos puede parecer esa proposición hiperbólica y desorbitada, pero el lector que tenga algunos conocimientos de historia puede hacer memoria, superficialmente, de lo que sin duda sabe acerca del París que vio la matanza de San Bartolomé, del Londres de Marlowe y Shakespeare, de la Roma que lucía sus palacios renacentistas que alternaban con murallas y prados, con callejas medievales y charcos lodosos, y el Madrid de Felipe II, apenas en plena construcción de sus casas chaparras (para eludir el ordenamiento de alojar en pisos altos a empleados de la corte) en el dedalo de callejas retorcidas, estrechas y abundantes en cuevas y altibajos. En cambio, el México plateresco que vieron y vivieron Cervantes de Salazar (*Diálogos*, 1564) y Bernardo de Balbuena (*Grandeza mexicana*, 1604), que visitaron Juan de la Cueva (*Epístola al corregidor*, 1576) y otros viajeros, ese México de calles rectas y proporcionadas, de canales y lagos que templaban el clima y evitaban el polvo, de bosques cercanos, de perfil trazado por los torreones en las esquinas de las casas

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< *Vista de la Villa de México*

Grabado de A. Messon Mallet. París, 1683. Biblioteca MAP

nobles, los chapiteles y torres de las iglesias de la época (todavía sin bóvedas ni cúpulas); ese México fue —repito— la capital mas hermosa o una de las dos o tres mas hermosas de la segunda mitad del siglo XVI. Después fue cambiando, ganó en puntos aislados: muchas iglesias y algunos palacios mejoraron, pero desmejoró en conjunto, las inundaciones del siglo XVII la dañaron gravemente y las reconstrucciones la fueron tornando heterogénea. Más tarde los lagos disminuyeron, los canales se tornaron acequias de aguas estancadas que se volvían pútridas y criaderos de mosquitos, los bosques fueron talados (apenas quedaron restos en Chapultepec y en montes lejanos), con ello y el descenso de las aguas aparecieron las tolvaneras. Pero a pesar de todo, el siglo XVIII, que fue el gran siglo de la Nueva España, dejó de sí huellas magníficas por su valor mismo y por su carácter: porque ese barroco del siglo XVIII no es ya un estilo de pura imitación sino que tiene características propias en el empleo de los materiales, en las soluciones arquitectónicas, en el tratamiento de las formas: es que ese arte fue el producto y la expresión de una clase, de un grupo social: el de los criollos, ya mexicanos en lo más hondo de sí mismos —proclamándolo unos y ocultándolo otros, por motivos políticos— que levantaron esos monumentos apenas un poco antes de que *insurgieran* muchos de ellos, para forjar el México nuevo que sustituiría a la Nueva España.

Parte de esa ciudad monumental, reliquias de nuestro arte y de nuestra historia, es lo que pretende salvar el proyecto que ha presentado Pepe Iturriaga.

Desde hace años muchas voces se han alzado en defensa de los cada vez mas disminuidos restos de nuestro patrimonio artístico e histórico, pero creo que es ésta la primera ocasión en que se unen a tal propósito personas dedicadas a diversas especialidades de la ciencia y de la cultura, y eminentes personajes conocedores y directivos de la economía y de las finanzas de que el proyecto encabezado por el señor Iturriaga y Trouyt se realice y consiga lo que ninguno de los otros múltiples intentos han podido conseguir. Porque abundan las pruebas del desprecio con que las autoridades gubernativas y administrativas suelen ver todas las iniciativas, las observaciones

y las objeciones que provienen de personas o instituciones de valor exclusivamente cultural —la lista de casos en México, Puebla, Guanajuato, etcétera, es impresionante— y, por otra parte, es indudable que ninguna solución a un problema urbanístico pueda ser sana y eficaz si no se atiende a las condiciones económicas que la conforman y, acaso, que la constituyen.

Es cierto que mucho, muchísimo, es lo que ha perdido la Ciudad de México, pero muy importante es lo que el proyecto mencionado trata de salvar. Por otra parte, como se dijo en la reunión en la que fue presentado, su realización, además de su intrínseca importancia, tendría la de ser ejemplo que es de esperar [*sic*], repercuta para contener la destrucción de las ciudades de las provincias pues, por ejemplo, hoy las poblaciones del Bajío están siendo “abiertas en canal” para hacer un llamado *boulevard* tan impropio y fatuo como su nombre.

Otras causas, otros efectos, otras muchas consideraciones cabría aducir acerca del proyecto de Pepe Iturriaga que, por sus condiciones, es una gran novedad y una gran esperanza para la salvación del México antiguo.



Una fuente de riqueza cultural y económica*

Eduardo Villaseñor

El proyecto de rehabilitar el centro de la Ciudad de México, en donde estuvo la ciudad española, tiene una gran trascendencia.

En primer lugar, la importancia cultural de recordar al mundo que en las viejas calles de la Ciudad de México existieron, por primera vez en América, una universidad, una imprenta y una academia de bellas artes, mucho tiempo antes de que otras ciudades, hoy de gran alcurnia, hubieran sido fundadas, y antes también de que se pensara en ellas como centros de cultura.

En segundo lugar, la rehabilitación del México antiguo será una atracción única en la América a los visitantes de cualquier parte del mundo que vengan a la República, pues salvo en las viejas ciudades europeas, no hay en el continente un caso igual o semejante de joyas arquitectónicas de la época.

Finalmente tendrá consecuencias extraordinariamente fecundas. La reconstrucción de calles, rehabilitación de viejos edificios, embaldosado de los paseos y la creación de un paso subterráneo, dará ocupación al capital, a los hombres y aun a la imaginación creadora para todo lo que se haga en los interiores de las viejas casonas para convertirlas en modernos hogares habitables.

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< *Mutilada y maltrecha, la casa perdió parte de sus vanos inferiores.*

El portón y la herrería se suplantaron con otros que datan del siglo XIX. Biblioteca MAP

La construcción de un Fondo de Rehabilitación del México Antiguo, al que se aporte el valor de todos los bienes que el Estado logre rescatar y la colaboración de capital privado con la garantía de los inmuebles, en forma de participación representada por un título de crédito con un rendimiento fijo asegurado, producirán, sin duda, la creación de una riqueza que hoy no existe.

Así se lograría, además, evitar la constante pérdida de valor de los viejos inmuebles al convertirlos en posadas, albergues y casas habitación con todos los servicios modernos que podrán rivalizar, con ventaja, con la constante creación de nuevas zonas urbanas de la periferia que tanto agravan los problemas de la ciudad.

Vayan pues, mis felicitaciones más cordiales a José Iturriaga, que con su espíritu de investigación y su imaginación creadora ha puesto a la consideración de todos un proyecto que, al realizarse, será el orgullo no sólo de la ciudad y de la República, sino de todo el continente americano.

Contra la incuria y lo mezquino del lucro*

Antonio Martínez Báez

Regenerar la parte mas noble e ilustre de la antigua Ciudad de México, para devolverle su fisonomía propia con toda la belleza y la dignidad que corresponden a los edificios que todavía subsisten, es una empresa muy digna del mas cálido apoyo.

Podremos mostrar a propios y extraños la grandeza de la nacionalidad mexicana con lo que durante varios siglos hicieron nuestros antepasados para formar una ciudad que siempre fue objeto de admiración, y que la incuria, el lucro mal entendido y el afán extra lógico de copiar lo extranjero han podido destruir a un ritmo increíble.

Además, el aumento explosivo de la población y su reflejo en la vida urbana de la capital, han venido a provocar que se acelere el proceso patológico de la desaparición de lo que nos es peculiar.

Por ello conviene ya recordar lo que Lewis Mumford dice en su obra *La cultura de las ciudades*, y que es aplicable a nuestra capital:

Cuando una ciudad alcanza la fase correspondiente a megalópolis, evidentemente se encuentra en la curva descendiente: se necesita un esfuerzo social enorme para compensar esa inercia, para alterar la dirección del movimiento y para impedir el proceso inmanente de la desintegración. Pero mientras hay vida existe la posibilidad del contramovimiento, es decir,

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

del crecimiento nuevo. Sólo cuando la gran ciudad se ha convertido en tierra de desperdicio hay que buscar el habitáculo en otra parte.

Ahora bien, si comparamos la magnitud de los variados fines que se persiguen mediante la regeneración de esta noble ciudad con los obstáculos que puedan levantarse, estos últimos se nos antojan pequeños y aun fáciles de ser superados.



^ La Villa de México. Grabado del siglo XVI
Biblioteca MAP

Lo indígena y lo hispánico, bases para acendrar el sentido de nacionalidad*

José Campillo Sáenz

Pocas ciudades del mundo, y seguramente del continente americano, pueden ufanarse de poseer un acervo de riqueza histórica y cultural comparable a la Ciudad de México. En un área relativamente pequeña de nuestra ciudad capital, concentrada alrededor de nuestra Plaza Mayor, se hallan los asientos de la primera universidad, la primera imprenta, la primera casa de moneda y la catedral más bella de América.

Todavía hay en esta misma zona vestigios de la que fuera una de las más importantes culturas indígenas de nuestro continente, y toda ella está rodeada de iglesias y edificios civiles que se cuentan entre las más bellas joyas del arte colonial. Es esta una riqueza que heredamos de nuestros antepasados y que tenemos el deber de conservar y preservar para las generaciones venideras.

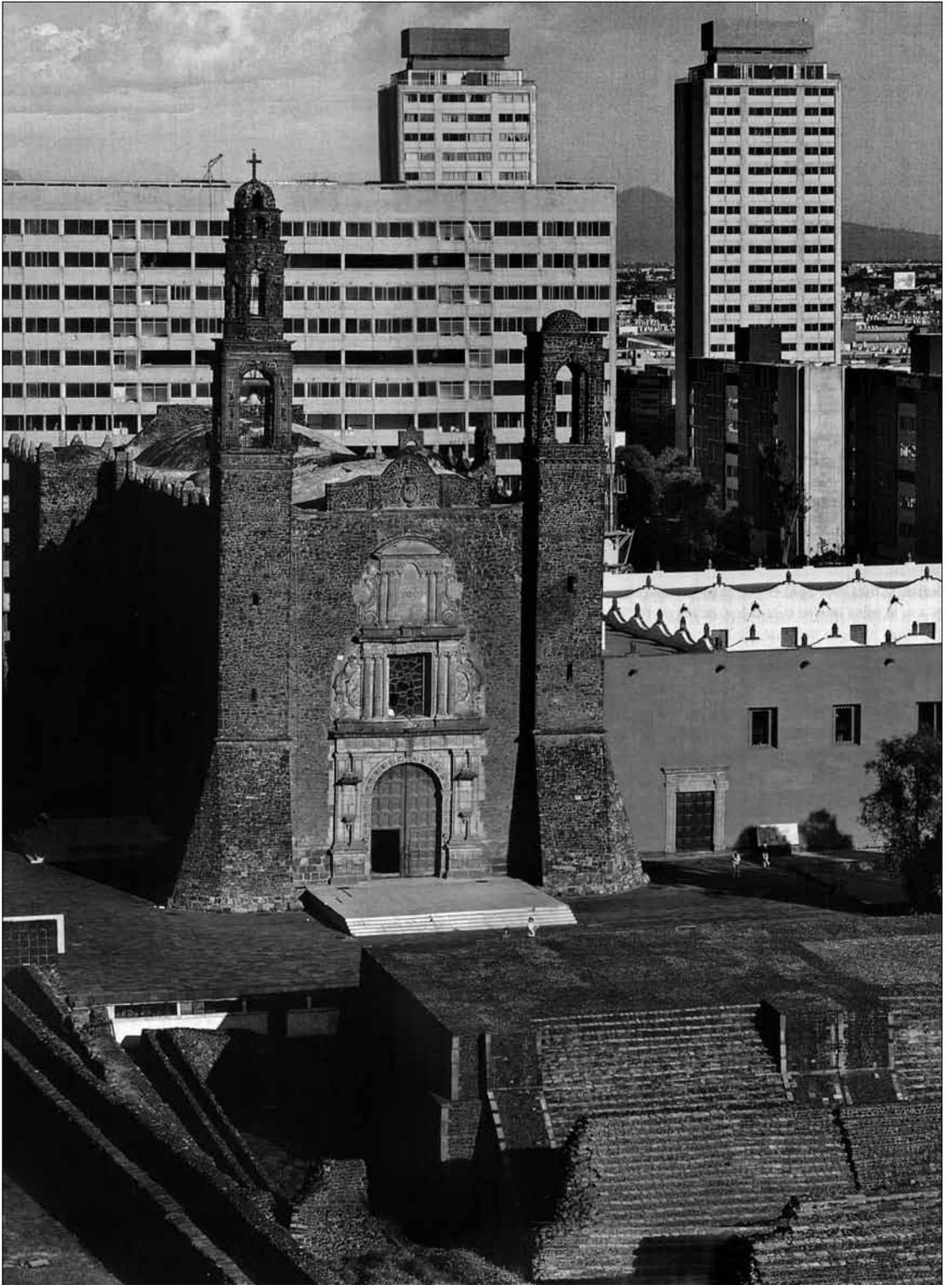
Y esto no sólo por razones de orden meramente artístico y cultural, sino porque el concepto de nacionalidad se nutre y encuentra sus raíces en la conciencia de un pasado histórico y cultural común, por lo que todo lo que hagamos para enaltecer y dar realce a ese pasado, servirá para fortalecer y acendrar el concepto que tengamos de nosotros mismos y para darnos una idea más precisa de la dignidad de nuestra estirpe y de la significación de nuestro país como entidad histórica.

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

Plaza de Armas de México. Litografía de Casimiro Castro, siglo XIX >
Biblioteca MAP







De ahí la importancia del proyecto de José Iturriaga para hacer, de esa zona, una Ciudad Museo en la que se preservaran los edificios que ahora están en eminente peligro de perderse y se dará todo su esplendor a ese magnífico conjunto de tesoros arquitectónicos y culturales que se agrupan en torno a nuestra Plaza Mayor.

En el proyecto se refleja el devoto amor que su autor profesa a nuestra ciudad y a todo lo que significa el rescate de las esencias más puras y valiosas de lo mexicano. El proyecto está apoyado, además, en un profundo conocimiento de la historia de nuestra ciudad y en una fina sensibilidad para percibir sus valores artísticos. Por ello y por el significado que tiene el preservar y dar realce a esta riqueza, el proyecto debe merecer la mejor acogida y la simpatía de todos los mexicanos.

El proyecto de José Iturriaga no se agota, por lo demás, en los aspectos culturales, artísticos o sociales que por sí mismos, ya revisten tal significación que bastarían para justificar los esfuerzos que se hicieran para realizarlo; sino que, desde el punto de vista financiero, tendría también repercusiones que serían sumamente favorables por el alza a que daría lugar en el valor de los terrenos y por el incremento en los ingresos que podrían obtenerse a través del turismo, de una alza en las recaudaciones del erario y de una mayor rentabilidad de las propiedades que ahora están destinadas a casas de viviendas o a objetivos de muy baja rentabilidad y que podrían usarse para el establecimiento de librerías, casas de antigüedades, restaurantes, etcétera; que, apegándose al estilo de la zona, hicieran de ella un lugar atractivo para el visitante de México o del exterior, como ocurre en otras ciudades del mundo, por ejemplo Nueva Orleans, a donde con una riqueza mucho menor que la que existe en la Ciudad de México, se pone especial cuidado en conservarla y en hacer del barrio donde se encuentra, un lugar de refinamiento y de belleza.



El gobierno de la ciudad y sus posibilidades de exaltar su valor artístico*

Pedro Ramírez Vázquez

Las amplias y recientes informaciones sobre la idea José Iturriaga ha venido desarrollando desde hace tiempo para exaltar el valor artístico e histórico de la parte de origen colonial del centro de la ciudad, inducen a pensar que la realización de las obras básicas para la vida de la ciudad que se han venido realizando en los últimos años, han sido efectivas y tan útiles, que ya permiten pensar en las obras de regeneración y de arte urbano. Ciertamente el gobierno de la ciudad nunca las ha olvidado; pero se han ido realizando en la proporción adecuada a las atenciones de otros servicios de mayor urgencia, así se inició la rehabilitación de los jardines y de las fuentes, la limpieza de la ciudad, la iluminación de los edificios públicos y de sus monumentos y, más recientemente, la adquisición de la casa de los condes de Santiago de Calimaya y la creación en ella del Museo de la Ciudad, el mejoramiento del pavimento de las plazas y parques públicos con losetas de barro y, aún más, la compra a alto costo de tres predios céntricos para la construcción de tres edificios escolares que hicieron posible la desocupación y salvación de una de nuestras más bellas reliquias de la arquitectura del virreinato: el convento de La Merced.

El proyecto de José Iturriaga es muy estimulante por la idea en sí y por el interés despertado en la opinión pública, ya que ello seguramente permitirá establecer el organismo adecuado para que la inversión privada se interese en

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 794, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< *Fachada de la casa de los condes de Santiago de Calimaya*
Biblioteca MAP

las obras de arte urbano, lo que permitirá al gobierno de la ciudad continuar con las obras básicas de agua, drenaje, iluminación, transportes, abastecimiento, vivienda, etcétera.

Restituirle al centro de la ciudad su ambiente y su valor artístico es, desde luego, el mejor medio para revalorizarlo y para darle el extraordinario valor turístico que merece, así como para exaltar, con ejemplos vivos, nuestra característica de raíz cultural del continente, ya que será fácil recordar los sitios que ocuparon la primera universidad, la primera imprenta, la primera casa de moneda, la primera academia de bellas artes de América, etcétera.

Proyectos tan plausibles como el que nos ocupa, han sido ya considerados y vistos con interés por las autoridades en otras ocasiones, por ello es de esperarse que éste será bien aceptado y podrá armonizarse con el del arquitecto Ricardo Robina, quien planteó la posibilidad, perfectamente realizable, del descubrimiento del gran teocali, en la manzana comprendida por las calles de Guatemala, Argentina, Justo Sierra y Correo Mayor. Este proyecto permite tener, inmediato al Zócalo, nuestro equivalente al foro romano, ya que tanto por los vestigios existentes y conocidos por todos en la esquina de Guatemala y Seminario, como por los encontrados y admirablemente preservados por el arquitecto Jorge L. Medellín, en el interior de la casa del Marqués del Apartado, en la esquina de Argentina y Donceles, existe la seguridad absoluta de que las excavaciones que se realizaran en esa manzana, permitirán poner al descubierto los restos de las extraordinarias construcciones del centro ceremonial de Tenochtitlan. Este proyecto sigue siendo realizable y era el digno remate de la tan discutida e inexplicablemente aplazada ampliación de la calle de Tacuba; ampliación que, por otra parte, podría hacer incluso mas factible el proyecto de José Iturriaga, ya que es la base para la adecuada solución vial en el viejo centro de la ciudad, sin dañar su valor artístico, puesto que siempre se demostró que en la acera afectada sólo había que mover metros atrás, tres o cuatro fachadas de valor arquitectónico, pues los interiores de esas construcciones fueron totalmente alterados, en ocasiones por las mismas personas que des-

Arquería del patio del convento de La Merced >
Fotografía de Hugo Brehme. Biblioteca MAP



pués defendieron las fachadas que, a manera de bambalinas, son todo lo que subsiste de las obras originales.

Es de esperar que la reacción favorable que ha habido en la opinión pública para el proyecto de José Iturriaga, logre armonizar todos los proyectos existentes que persiguen el mismo fin: exaltar nuestros valores históricos del primer cuadro para regenerarlo y devolverle la dignidad que merece conservar.

Un proyecto de tan amplios alcances sólo podrá realizarse por etapas sucesivas que permitan alcanzar metas que se van haciendo accesibles por las propias modificaciones y mejoras; realizaciones parciales que permitan el reacomodo de las familias desplazadas y de los comercios existentes, así como el establecimiento paulatino de nuevos giros comerciales y de nuevos usos y destinos para los edificios ya restaurados.

Todo esto podrá lograrse en virtud del inteligente planteamiento financiero logrado por José Iturriaga, lo que puede permitir de inmediato algunas obras, como por ejemplo la adquisición, restauración y reconstrucción de los edificios de valor artístico o histórico que se encuentran en esa zona, la ejecución de obras que pueden ya ser permanentes como el embaldosado de banquetas, el adoquinado de los arroyos, o bien, la iluminación adecuada que exalte el valor artístico o ambiental de la zona. En este caso, de la iluminación; no es lo más aconsejable tratar de restaurar una iluminación de época, tenue, romántica, pero escasa e inadecuada, sino más bien aprovechar todos los recursos de la técnica contemporánea para ese tipo de iluminaciones, pues recordemos que, por ejemplo, la maravillosa plaza de Bruselas no está iluminada a la manera de la edad media (lo cual la haría intransitable, invisible y un fracaso turístico), sino con los más amplios y modernos recursos de la iluminación escénica urbana.

Dos hechos extraordinariamente positivos deben destacarse de la promoción de José Iturriaga: uno, la reacción favorable de la opinión pública hacia una solución de arte urbano que viene a demostrar la tranquilidad que ya tiene el capitalino de que sus problemas básicos están resueltos o se están resolviendo y, el otro, el que se haya encontrado la solución financiera que permita realizar obras tan necesarias para la Ciudad de México, como esta ambiciosa de la Ciudad Museo.

Una isla de tranquilidad será la zona virreinal*

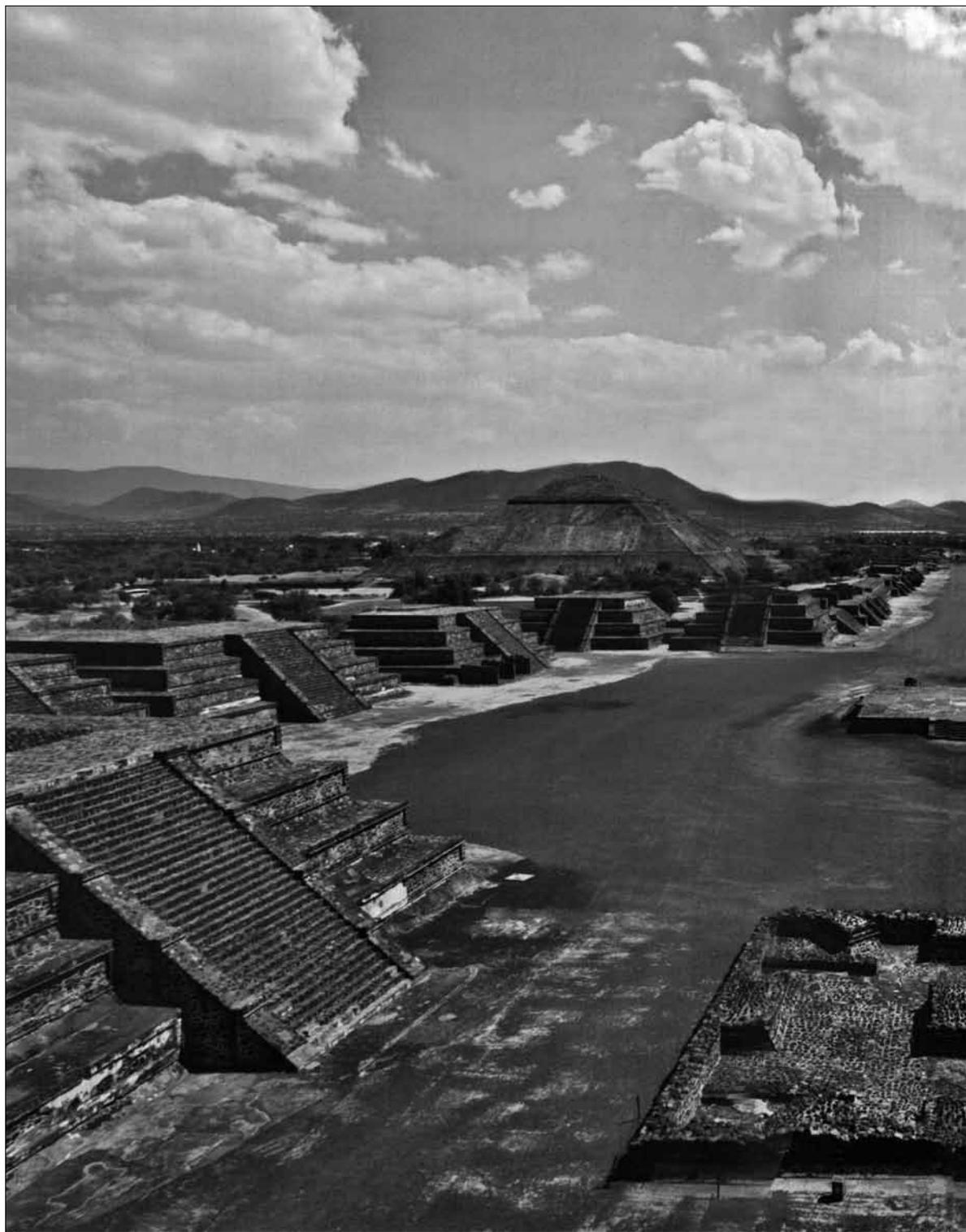
Eusebio Dávalos Hurtado

México, a pesar del terrible detrimento que ha sufrido en sus monumentos, tanto prehispánicos como coloniales, pérdidas unas debido a las inclemencias del tiempo, otras al abandono en que las dejaron sus propietarios o las autoridades y muchas por ese afán de renovación muy justificado en un país que progresa pero que por otra parte olvidó que la modernización no siempre debe hacerse con menoscabo de su cultura. México, decíamos, ha perdido la totalidad de sus monumentos prehispánicos en la ciudad, la totalidad de sus monumentos civiles del siglo XVI y una buena parte de los correspondientes a los siglos restantes ; pero la Nueva España, núcleo del continente en el periodo virreinal, a pesar de tantas pérdidas todavía tiene monumentos civiles y religiosos tan importantes en un limitado sector que pueden ser el orgullo de cualquier gran capital.

Cuando don José Iturriaga nos dio a conocer el magnífico proyecto de crear en esta cosmopolita ciudad una isla en donde se diera a conocer al mexicano y al extranjero lo que fue la gran capital del virreinato, casi no podíamos contener la emoción al valorar lo que esto significa para un Instituto al que los legisladores han encomendado el cuidado y conservación del patrimonio cultural de México.

Un proyecto de esta naturaleza solamente podrá realizarse si se tiene, además de todo el apoyo gubernamental, la muy amplia colaboración de la

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.





iniciativa privada, pues para lograr una realización de tal magnitud hace falta, además del impulso económico necesario, la buena voluntad y el amor a nuestras tradiciones.

Afortunadamente nuestro país está llegando a una etapa de verdadero renacimiento, de revalorización de nuestro pasado; y al hablar de él no sólo nos referimos a una de las ramas que constituyen el México actual sino a ambas, es decir, a la aborigen y a la europea. En nuestros días se ha puesto un especial empeño en dar a conocer al mexicano sus gloriosos antecedentes al ordenar la restauración de zonas arqueológicas tan ricas como Teotihuacán, pero al mismo tiempo ha querido que se conozca la vida del México de la época virreinal al crear en Tepetzotlán el Museo Nacional del Virreinato, y como una coronación de estas dos vigorosas ramas de nuestra cultura, el gran Museo Nacional de Antropología y la renovación del Museo Nacional de Historia, en el Castillo de Chapultepec.

Todos estos grandes centros que serán lecciones vivas del pasado de México, servirán para reforzar nuestra personalidad, alentándonos para emprender la gigantesca labor que requiere la industrialización y el progreso en todas sus ramas, de nuestro país. Cuando un pueblo conoce bien sus orígenes está mejor dotado para emprender la lucha por su bienestar y superación.

Por otra parte, el crear en el centro de la ciudad esa isla de tranquilidad, de atractivo cultural, en donde puedan verse en todo su esplendor nuestros grandes monumentos restaurados, recuperando su belleza y alentando una nueva vida, hará que mexicanos y extranjeros encuentren una fuente de inspiración y un aliento en la belleza para seguir luchando por su mejoramiento, pero con un sentido humano y sin perder las características que toda ciudad moderna requiere, aquí hallarán solaz y tranquilidad después del tráfico y la fatiga de las labores diarias.

Y quizás, algo que juzgamos de vital importancia, las capitales de los estados, al ver que el Distrito Federal se preocupa por conservar sus tesoros arquitectónicos e históricos, reciban con ello el estímulo que tanta falta hace para realizar una labor semejante, antes que la piqueta del modernismo acabe con nuestro rico patrimonio cultural.

Cúmplase así la urgencia de proteger a la ciudad*

José Lorenzo Cossío

Creo que uno de los proyectos más importantes y de mayor trascendencia para conservar nuestra tradición y cultura, es el formulado por José Iturriaga para salvar definitivamente y rehabilitar dentro el estilo que tuvo, lo que se conoce como "primer cuadro" de la ciudad.

Por diversas circunstancias sistemáticamente, hemos destruido y transformado nuestra ciudad, haciendo que pierda sus características señoriales para que se transforme en una más, anodina sin tradición en sus edificios y monumentos.

Siempre se han hecho esfuerzos por conservar algo, pero nunca se había propuesto un proyecto para rehabilitar y corregir los errores cometidos.

En mi opinión, la idea de José Iturriaga está perfectamente concebida, porque no solamente se propone un fin romántico, cultural y estético, sino que ha encontrado la forma de que la realización de su proyecto sea útil a la economía del país y permita a propios y extraños, admirar a la que seguramente fue, por sus características y dimensiones, la más bella ciudad del continente.

Estoy seguro que todos pondremos de nuestra parte la mejor aportación en todos los sentidos, incluso pecuniaria, para que se realice lo más pronto y en la forma más completa su proyecto.

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.



La circulación subterránea, solución que demanda el proyecto de Iturriaga*

Enrique de la Mora y Palomar

Revivificar un organismo es labor más positiva que embalsamar un cadáver. En ese sentido, la idea de Pepe Iturriaga, más todavía que una intensión plausible, es ya el principio mismo de una gran acción quirúrgica a escala urbana que habrá de extirpar de nuestra vieja ciudad todos los tumores y ex creencias que la vienen aquejando desde hace medio siglo.

Contrariamente a lo que puede suponerse, una labor así implica mucho más que un simple criterio conservador a uno prurito de restauración sujeta a tal o cual de los estilos de nuestro pasado.

Bien mirado, el problema de conservación de edificios con algún valor histórico en el centro de la ciudad, se puede cuantificar y no llega al 25 por ciento de sus construcciones. Como cualquier tejido de organismo viviente, el tejido urbano se desgasta, se destruye y se renueva y rara vez una renovación implica repetición. Así tenemos que quizá la mayor parte de los espacios construidos pertenece a esa época de nuestra historia que fue muy a la zaga, en sus manifestaciones arquitectónicas, de sus logros en el terreno ideológico y político. De 1840 a 1940 casi no se da un solo ejemplo positivo en las numerosas construcciones que ahora ahogan al centro de nuestra ciudad y que constituyen —mucho más que los monumentos coloniales en desuso— verdaderos tugurios en los que indistintamente se

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< *Movimiento social en el Zócalo de la Ciudad de México*. Fotografía de Rodrigo Moya, 1955. Biblioteca MAP



habita, se comercia, se manufactura, se administra y se almacenan desde sustancias químicas y telas, hasta papeles y coches.

Por supuesto, si el centro vital de nuestra capital, de nuestro valle y de nuestro país reserva tanto espacio para tantas actividades de este tipo, es natural que no sólo no haya espacios adecuados y suficientes para el turismo, que también aquí debería encontrar su centro, su corazón y su punto de partida, sino que quizá, más tristemente, el espíritu cívico de nuestra comunidad pronto se cansará de verse constreñido a las manifestaciones “de masas” en el Zócalo. No hay que olvidar que el origen de esas concentraciones no puede desligarse de la espontánea atracción que no sólo el Zócalo, sino todo el primer cuadro brindaba a multitudes de todas las clases sociales por cuanto que concentraban los lugares de reunión, esparcimiento y diversión, y eso que los mexicanos llamamos “paseo” y que incluye además del mero ejercicio el placer estético de deambular, escudriñar, admirar las sorpresas del paisaje urbano y perderse deliberadamente en sus recodos. Y es ese uso de la ciudad por sus propios habitantes, trasladando a los esquemas de constante social y constante cultural lo que —creo yo— es al turismo lo que la fuerza del trabajo es a la economía.

Roma no gusta, París no gusta, Nueva York no gusta al turismo sólo en función del cascarón arquitectónico, sólo en función de las facilidades para el turista. Gustan y son poderosos imanes turísticos porque siguen siendo utilizados por sus habitantes, y porque nos hacen sentir —como turistas— que estamos rodeados de expresiones todavía vigentes de cultura, creadas por esa misma humanidad que las utiliza y que se mueve entre ellas y alrededor nuestro.



Panorámica del Palacio Nacional de México ^
Biblioteca MAP

En el caso de nuestra capital, el problema es éste. No sólo se han hiperdesarrollado en su centro actividades que no tienen nada que ver con su razón de ser, no sólo ha ido perdiendo vigencia como centro cívico, turístico y recreativo, sino hasta como centro administrativo de negocios se ha visto restringido a un mínimo muy por debajo de lo deseable para mantenerlo como organismo en uso.

Vistas así las cosas resalta más aún la magnitud de la empresa que Pepe Iturriaga ya ha comenzado a sacar adelante. Pero lo que me parece más prometedor es esa intención suya de que no sólo se restauren y se dignifiquen los espacios urbanos, sino que se usen. Es ese el *quid* del asunto y la principal alternativa, porque lo mismo cabría hacer una simple solución destinada al uso de turismo y diversión, que combinarla con otras funciones urbanas importantes; porque junto al México pintoresco que podemos proteger, ambientar y llenar de visitantes propios y extraños, puede y debe seguir conservando un mínimo de espacios estratégicos al México que se construye, se gobierna, se administra y cobra razón de sí mismo.

La universidad, muchos almacenes, muchos bancos y muchas secretarías de Estado, han aligerado el problema descentralizándose, pero nuestro viejo *coatepantli* —Plaza Mayor-Zócalo— siempre seguirá siendo el corazón real de la República que decide y promueve, y que al crecer necesita de mucho órganos accesorios por muchos que puedan descentralizarse los iniciales. No en balde los bancos siguen conservando sus casas matrices y las reconstruyen. Y por las mismas razones, siempre y cuando el centro siga cumpliendo sus funciones como centro, muchos organismos privados

y estatales, muchos espacios y muchas fuentes de trabajo pueden seguir ocupando un lugar prominente en el primer cuadro. Pero hay más: junto al México que trabaja, existe el México del siglo xx que circula a 80 kilómetros por hora, y que, de no hacerlo, amenaza con cubrir de coches todos los espacios antes reservados al peatón. Abrir arterias amplias es un remedio, pero desgraciadamente no podemos cruzar el primer cuadro con autopistas en todos sentidos sin entrar en conflicto con nuestro patrimonio histórico, por un lado, y con nuestros asustados peatones, por otro.

La idea de convertir la circulación superficial en circulación subterránea es entonces una de las posibilidades que se abren al problema vial, aunque, desde luego, no la única. Es, eso sí, el problema técnico más inmediato y el que más ligado está en una solución integral de regeneración urbana.

En vigor, al apuntarse soluciones circulatorias —en estrecha relación con el espacio disponible— se está ya en el campo de la teoría y la práctica del urbanismo contemporáneo.

El urbanismo, que ha alcanzado poco a poco el rango de arte científico, ha sido siempre una actividad relacionada con la adecuación del espacio en el que transcurre la vida de las colectividades humanas. A su ejercicio instintivo, empírico o deliberadamente sistemático y científico, debemos la herencia tradicional urbana y el instrumental necesario para revitalizarla. Ejercitar ese instrumental una vez más conducirá probablemente a un camino que, si no es el más sencillo, será, eso sí, el más indicado puesto que al enfocar los problemas de las colectividades “vivas”, tenderá a resolverlos en términos de espacio también útil y vital, incluyendo —sin menoscabo de su jerarquía, pero sin enfocarlos como cascarones muertos— a todos aquellos aspectos culturales y turísticos que, en última instancia, nunca han sido manifestaciones independientes de un centro urbano, concebido como un organismo sano económica, política y socialmente. Creo que la presencia de Iturriaga es —por su experiencia en las actividades del México “vivo”, del México “que cree”— una garantía de que el enfoque de una regeneración urbana no se restringirá a aspectos concomitantes, sino al problema fundamental —de vida o muerte— para el corazón de nuestra capital.

Hay recursos económicos para realizar el proyecto*

Juan Sánchez Navarro

El proyecto del licenciado José Iturriaga para restaurar los históricos edificios coloniales de la parte antigua de la ciudad, despertó en mí no solamente sorpresa, sino un gran entusiasmo, principalmente por una razón personal, porque yo soy nativo de la Ciudad de México, toda vez que vi la primera luz en una casa que quedaba en la esquina que forman la avenida Juárez y la calle de Dolores. Además, el barrio viejo, donde antes funcionaban las principales escuelas de la universidad, fue el escenario de mi vida juvenil de estudiante.

Mas aparte de esa razón de índole muy personal, más bien sentimental, hay aspectos que no deben dejarse de mencionar y que se refieren al orden cultural y económico del proyecto.

Desde el punto de vista histórico, nuestra capital, la gran México Tenochtitlan posee un linaje, una prosapia y una grandiosidad de que difícilmente pueden ufanarse otras grandes urbes del continente, y aun del mundo, toda vez que fue levantada sobre el antecedente de la que fue capital del imperio azteca, y porque aquí España vació, como en ninguna otra parte, su herencia cultural.

He sostenido en España misma, que lo mejor de España no está en la península ibérica, sino en América, porque aquí se produjo una arquitectura entre otras manifestaciones artísticas, que ya era netamente española,

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

en tanto que en España misma abundan ejemplos de estilos arquitectónicos que no son propiamente españoles: el mudéjar, el gótico, el románico.

Creo que la Ciudad de México, por todas las razones apuntadas, merece el mayor de los respetos. Debemos avergonzarnos de lo que se ha hecho en los últimos 30 años, al producirse la expansión de la ciudad. Se han cometido verdaderas monstruosidades, se han construido cajones espantosos.

Por tanto, esta primera vez que un mexicano propone una obra de restauración histórica, la idea misma merece ser aplaudida por todos.

Ello por lo que hace al punto de vista cultural. Ahora, en cuanto al punto de vista económico, estoy seguro de que el proyecto es viable y conveniente. Hay recursos económicos para llevarlo al cabo, y la inversión sería fácilmente recuperable y remunerativa. El impacto que ello significará para nosotros mismos, los mexicanos de toda la República, y más aún, para el turismo, no tendrá precio y la inversión se pagará con creces.

México es la única ciudad de América —tal vez también Lima— susceptible de una restauración como la que proyecta el licenciado José Iturriaga y la oportunidad de esta obra de gran valor cultural y económico, debe ser aprovechada desde luego.





Es factible una empresa financiada por sí misma*

Daniel J. Bello

Ha pasado una semana y todavía está viva la impresión que me produjo la brillante, apasionada y bien encaminada exposición de mi amigo el señor don José Iturriaga, subdirector de Nacional Financiera, con relación al proyecto, ya muy adelantado, que tiene formulado respecto a la reivindicación, con sentido funcional y práctico, de los valores culturales e históricos auténticos de nuestra ciudad. El conocimiento de los tesoros artísticos que alberga la que fuera gran capital del imperio azteca, y después de la Nueva España, facilitará a mexicanos y a extranjeros por igual, una visión cierta de la afortunada participación de la por tantos motivos valiosa capital de la República, entraña viva e inspiración permanente de la provincia.

Fue importante para mí destacar los aspectos de la viabilidad del proyecto planeado para realizarse como una empresa autofinanciable, circunstancia satisfactoria para todos aquellos a quienes les tocará participar en la misma. Dado que en una nación como la nuestra, con tantas carencias a pesar de muchos logros extraordinarios en épocas recientes, es muy importante no sobrecargar las responsabilidades económicas del Estado cuyos recursos, incluyendo aún el crédito nacional, deben necesariamente encaminarse a la mejor satisfacción, con equilibrio y organizado empleo, con base en nuestras posibilidades, con el fin de lograr, a la brevedad posible, mejores condiciones de vida para todos los mexicanos, y una más equitativa distribución del ingreso nacional, de manera que a la postre se consiga hacer realidad, siempre anhelada, la justicia social.

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< *Interior del templo de la Enseñanza*. Una de las grandes obras del barroco mexicano. Biblioteca MAP



Testimonio de los cronistas y elogio de los críticos de arte a la Ciudad de México*

Isidro Mendicuti

El portento de la Ciudad de México, esto es, de la ciudad colonial levantada sobre el terreno arrasado de la que había sido capital de Anáhuac, del esplendoroso imperio azteca, con sus grandiosos canales, sus grandiosos edificios construidos por hombres tan ansiosos de grandeza como de oro y bienes materiales, aun en sus primeros días, nunca dejó de sorprender a los visitantes que venían de ultramar, no obstante que por lo general se trataban de viajeros conocedores de urbes europeas tan importantes y antiguas como Roma, París, Madrid o Londres.

Muchos de estos visitantes, que arribaron a las playas del Golfo o del Pacífico en distintas épocas de los tres siglos que perduró el coloniaje, con todas sus virtudes y errores, dejaron para la posteridad sus impresiones, casi siempre halagüeñas y aun entusiastas de nuestra ciudad capital. No faltaron impresiones que no fueron ni halagüeñas ni favorables, mas éstas son las menos.

Desde el primer momento, y aún en los siglos XVII y XVIII, es notable que algo de lo que más maravillaba a aquellos visitantes, fuera la amplitud y desahogo de las calles de México, de las calles que son precisamente las del México viejo, y que a los actuales capitalinos se nos antoja estrechar en comparación con las modernas amplias avenidas, y aun las simples calles

* Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< *El templo de San Agustín (reconstrucción)*. Rotograbado de R. Canto. Biblioteca MAP

de las colonias residenciales nuevas. Sin embargo, para hace 200 o 300 años, debían ser aquellas, muy amplias, por comparación con las de Europa.

La Ciudad de México-Tenochtitlan ha merecido la atención de plumas muy distinguidas que la han estudiado, descrito, elogiado y ponderado desde todos los aspectos. Ya la ciudad desaparecida, la capital azteca, la reconstruyeron en sus escritos, historias y relaciones, autores tan importantes para la investigación histórica, como Bernal Díaz del Castillo, el propio Hernán Cortés, fray Diego Durán —el Conquistador Anónimo—, fray Bernardino de Sahagún, don Antonio León y Gama, Clavijero y Motolinía.

Sin embargo, lo que interesa ahora es revisar la relación de los cronistas que se ocuparon de la ciudad colonial, la que aún puede ser restaurada y conservada como muestra de la majestuosidad urbana que tuvo para su época, merced al proyecto que ha formulado el licenciado José Iturriaga.

Así, lo más conveniente es comenzar por los coetáneos de la construcción de la que fue capital de la Nueva España.

El primero, el ilustre FRAY TORIBIO DE BENAVENTE o MOTOLINÍA llegó a la Nueva España en 1524 y murió en 1569, dejó valiosos testimonios como testigo presencial que fue de los hechos, en su obra *Historia de los indios de la Nueva España*, allí habla de la reedificación de la Ciudad de México sobre las ruinas de la capital azteca.

JUAN SUÁREZ DE PERALTA nació en la Nueva España entre 1535 y 1540, y murió en 1599. Escribió *Noticias históricas de la Nueva España; Tractado de la cavallería de la Gineta y de la Brida, y Libro de Alveitería* (inédito).

FRAY JUAN DE TORQUEMADA nació en España entre 1563 y 1565, y murió en la Nueva España en 1624. Escribió su importante *Monarquía indiana*, texto en el que trabajó 21 años. En ella consigna importantes datos de la Ciudad de México antes y después de la Conquista.

FRAY JERÓNIMO DE MENDIETA nació en Vitoria, en 1528 y al parecer murió en la Nueva España en 1604. La mayoría de sus obras, de gran valía según los contemporáneos, se ha perdido. Se conserva su *Historia eclesiástica indiana* con abundantes informaciones sobre las ceremonias religiosas

medievales que se implantaron y adaptaron a las necesidades de la evangelización de los mexicanos.

FRAY AGUSTÍN DE BETANCOURT nació en la Nueva España y murió en 1700. Escribió muchas obras religiosas en castellano y en náhuatl, muchas de ellas aún en el manuscrito e inéditas se conservan en España. Su trabajo capital fue el *Teatro mexicano* en cuatro partes: 1) historia natural, 2) historia política de los mexicanos hasta la Conquista, 3) historia de la propia conquista, y 4) la más conocida titulada *Crónicas de la provincia del Santo Evangelio*, donde habla con amplitud de la Ciudad de México. Es notable su descripción del desaparecido convento de San Francisco, con lujo de detalles sobre la magnitud de la fábrica y las diversas dependencias y jardines que encerraba.

FRAY HERNANDO DE OJEA nació en Orense, España y al parecer murió en Madrid en 1615. Escribió muchas obras de tema religioso con noticias curiosas sobre nuestra capital, principalmente en la titulada *Libro tercero de la historia religiosa de la provincia de México*, que incluye una interesante descripción de lo que fue el convento de Santo Domingo.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR nació en Toledo, en 1521 y al parecer murió en la Nueva España. Vino a México donde fue nombrado maestro de retórica en la recién fundada Universidad, hacia 1551, se cree que posiblemente invitado por Hernán Cortes a quien dedicó su obra: *Diálogo de la dignidad del hombre*. Fue gran latinista y también escribió en castellano con elegante estilo. Da noticias detalladas sobre la Ciudad de México en 1554 en sus *Tres diálogos latinos*, así como en su *Crónica de Nueva España*, sólo conocida en parte.

DOCTOR ALONSO DE ZORITA nació en Córdoba, España en 1512 y murió en Granada en 1585. Desde muy joven se aplicó a la carrera judicial y a los 35 años fue nombrado oidor de la Audiencia de Santo Domingo, de allí pasó a la Nueva Granada y ocupó otros cargos antes de venir a México, tras muchas peripecias como oidor de la Real Audiencia, el año de 1554. Volvió a España en 1564 y escribió varias obras con base en apuntes tomados

aquí: *Parecer sobre la enseñanza espiritual de los indios*; *Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España*; *Suma de tributos* (perdida); *Recopilación de leyes y ordenanzas reales*, y una *Relación de la Nueva España*, en la que aprovechó cuanto sabía de la Ciudad de México, especialmente.

FRAY ALONSO PONCE (se ignora su lugar de origen, así como las fechas de su nacimiento y muerte. Estuvo en la Nueva España durante el gobierno del virrey marqués de Villa Manrique). No fue propiamente un escritor, pero de sus actividades aquí escribieron “dos religiosos, sus compañeros”: *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que hizo el padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo comisario general de aquellas partes*. Esta obra contiene importantes datos sobre la Ciudad de México hacia fines del siglo XVI y principios del XVII, y es obra obligada para los investigadores de la historia de nuestra capital.

FRAY TOMÁS GAGE nació en Irlanda en 1590 y murió en 1655. Fue fraile dominico y con tal carácter vino a la Nueva España en 1625 aunque desertó de la orden y marchó hacia Guatemala de donde pasó a otros lugares antes de retornar a Europa y renunciar a la religión católica para abrazar el protestantismo puritano. En Inglaterra, durante la dictadura de Oliverio Cromwell, publicó su única obra titulada *English American: my Travels in Sea and Land; or a New Survey of the West Indies*, impreso en Londres en 1648. Fue traducida al francés, y de éste al español con el título *Nueva Relación de las Indias Occidentales* o *Viajes de Tomás Gage*, en la cual, al hablar no sólo de nuestra capital, sino del territorio hoy mexicano por él recorrido, abunda en exageraciones. Si bien ofrece una visión particular de la vida de la Ciudad de México, no del todo favorable a nuestros antepasados, en partes, Gage se hizo famoso por haber convencido a Cromwell de que sería fácil para Inglaterra apoderarse de la Nueva España y vino hasta Veracruz al frente de una armada con tal propósito, donde finalmente se convenció de lo absurdo de su empresa. Sin embargo, consiguió incorporar Jamaica a las posesiones británicas.

DOCTOR ISIDRO SARIÑANA nació en México en 1630 y murió en Oaxaca en 1696. Autor de una notable descripción del Palacio de los Virreyes a mediados del siglo XVII en su obra *Llanto de Occidente en ocaso del más claro sol de las Españas*, escrita con ocasión de la muerte de Felipe IV. También produjo la que se tituló *Noticia de la deseada y última dedicación del templo metropolitano de México*, y una llamada *Mitología sacra*.

LEONEL WAPPER nació en Inglaterra y no se sabe a ciencia cierta dónde murió. Fue un trotamundos del siglo XVII que dio la vuelta al globo, y hacia 1678 residió por algún tiempo aquí en la Ciudad de México. Escribió luego un relato de su viaje a la Nueva España, con énfasis en su capital que incluyó el abate Prevost en su larguísima *Historia general de los viajes...* Buen observador dejó noticias muy interesantes en dicho relato.

JUAN FRANCISCO GEMELLI CARRERI. Se ha puesto inclusive en duda la autenticidad de su nombre y hay quien supone que quien así se firmó era otra persona que nunca viajó por ninguna parte, sino que escribió la obra *Giro del mondo* en la ciudad de Nápoles. Sin embargo, las noticias que aporta sobre nuestra ciudad y los grabados que incluye son de indudable exactitud. Describe la capital tal y como era en 1697.

JUAN MANUEL DE SAN VICENTE (se ignora su lugar de origen y las fechas de su nacimiento y muerte). Estuvo en México como empresario del teatro Coliseo y describió la ciudad en la obra que largamente intituló *Exacta descripción de la magnífica corte mexicana, cabeza del nuevo americano mundo, significada por sus esenciales partes, para el bastante conocimiento de su grandeza*.

FRAY ANTONIO DE LA ANUNCIACIÓN era fraile carmelita descalzo y escribió muchas obras religiosas en las que se dedicó a describir las celebraciones que se hicieron con motivo de la canonización de San Juan de la Cruz. Incluye pormenorizada descripción del actual barrio de El Carmen, donde estuvo el convento del mismo nombre, con muchos detalles incluso el nombre de algunos de los vecinos de esa parte de la ciudad.

Testimonio de los cronistas y elogio de los críticos

VICENTE LÓPEZ S.J. estuvo largo tiempo en Nueva España, y ya de vuelta en España escribió en latín, al estilo platónico, una obra titulada *Diálogo de abril*, en la cual exalta el grado de cultura que había alcanzado la Colonia en los días del segundo conde de Revillagigedo.

FRANCISCO SEDANO nació en la Nueva España en 1742 y murió en 1812. Fue comerciante de libros y por afición tuvo la de anotar cuanta cosa curiosa ocurría o pasaba en la ciudad, las cuales luego resumió en su obra *Noticias de México*. Es excelente su descripción de la ciudad durante el gobierno del segundo conde de Revillagigedo.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT nació en Berlín en 1769 y murió en 1859. De sobra conocida es la magna obra de Humboldt sobre México, para entrar en mayores detalles al respecto. Su *Ensayo sobre el Reino de la Nueva España* es prácticamente exhaustivo y sigue vigente en la mayoría de los datos y observaciones que contienen sus cinco y voluminosos tomos. Se le atribuye haber titulado a México como Ciudad de los Palacios, impresionado por la magnificencia de las construcciones que admiró.

MANUEL OROZCO Y BERRA nació en México en 1816 y murió en 1881. Fue investigador incansable y sus datos en la *Historia de la dominación española en México* inapreciables para cualquier estudio que se haga, no sólo de la Ciudad de México sino de todo el territorio nacional. Una de sus obras más conocidas y valiosas es *Historia antigua y de la Conquista*.

ANTONIO GARCÍA CUBAS nació en México en 1832 y no se sabe a ciencia cierta cuando murió. Fue geógrafo y cartógrafo distinguido. Sus obras son ejemplo de exactitud y seriedad científicas. Compuso un *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de la República Mexicana*, una *Geografía e historia del Distrito Federal*, y el inapreciable *Libro de mis recuerdos*. En las dos últimas de las mencionadas, son indispensables los datos que aporta sobre la ciudad para cualquier estudio que se haga sobre el particular.

JOSÉ MARÍA MARROQUÍ nació en México 1824 y murió en 1898. Fue quizá el estudioso más insistente y apasionado de nuestra capital. Investigó, hurgó hasta lo más recóndito para obtener detalles que algunos de los historiadores consideran superfluos. Su obra fue titulada sencillamente *La Ciudad de México*, en tres gruesos tomos.

LUCAS ALAMÁN nació en Guanajuato en 1792 y murió en la Ciudad de México en 1854. Fue un político de gran honradez que nunca renunció a sus ideas y prestó buenos servicios a la patria. Escribió en cinco tomos su *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia, en el año de 1808, hasta la época presente*; y en otros tres sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana, desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI, de las islas y Continente Americano, hasta la Independencia*. En ambas obras incluyó datos importantísimos sobre nuestra capital.

MANUEL RAMÍREZ APARICIO nació en Acatzingo en 1831 y murió en la Ciudad de México en 1887. Fue poeta, novelista y periodista. Produjo un *bestseller* con su novela *El cura de almas*, que fue muy leído. Dejó abundante producción poética. Su trabajo más importante fue el titulado *Los conventos suprimidos en México*, que se publicó en 1861 cuando entraron en vigor las Leyes de Reforma. Sus datos son capitales para la historia de nuestra ciudad.

DON JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA nació en 1825 y murió en 1894. Autodidacta alcanzó excepcionales conocimientos sobre todas las cosas y se significó como investigador y bibliógrafo. Tradujo al castellano los *Diálogos latinos* de Cervantes de Salazar y publicó una *Bibliografía del siglo XVI*, notable por lo acuciosa. Publicó también dos colecciones de documentos para la historia de México y produjo numerosas biografías y otros trabajos.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN nació en México en 1865 y murió en 1938. Su obra de investigación sobre el México colonial fue abundante y extrajo raros e interesantes documentos del Archivo General de la Nación que dio a cono-

cer al público. Su bibliografía la omitimos por ser del conocimiento general y demasiado numerosa para caber en una simple ficha.

ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE nació en Saltillo, Coahuila en 1888 y murió en la Ciudad de México. El más apasionado, quizá, de los cronistas de la Ciudad de México, tuvo una actividad literaria incansable. Una lista de los títulos de su abundante y numerosa producción puede encontrarse en cualquier librería. Estudió y reunió datos de todos los autores que se han ocupado de nuestra urbe, y tuvo el título oficial de Cronista de la Ciudad hasta su muerte.

MANUEL RIVERA CAMBAS nació en Jalapa, Veracruz y murió en la Ciudad de México en 1915. Fue un inteligente escritor. Produjo como su primer obra *Historia de Jalapa y de las revoluciones en México*, que le proporcionó fondos suficientes para venir a la capital donde publicó las obras *Los gobernantes de México*, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*; *Historia de la reforma religiosa, política y social de México*; *México artístico y monumental*, entre otras. Sus mejores investigaciones las hizo en la Biblioteca Nacional donde tomaba libremente datos de todos los autores de acuerdo con su plan de trabajo. Publicaba sus obras por entregas semanales y siempre procuró que fueran voluminosas para aumentar sus ingresos.

GENARO ESTRADA nació en Mazatlán, Sinaloa en 1887 y murió en la Ciudad de México en 1937. Dejó una obra breve entre la que resaltan los títulos *Visionario de la Nueva España* y *Pero Galin*, ambas sobre el coloniaje con buenos datos sobre el pasado de la Ciudad de México.

MANUEL ROMERO DE TERREROS nació en la Ciudad de México el 24 de mayo de 1880 y murió el 18 de abril de 1968. Escribió trabajos muy dedicados sobre la época colonial, en los cuales nuestra capital, podría decirse, es la protagonista principal. Se especializó en estudiar la arquitectura de nuestros edificios coloniales y son muy autorizados sus juicios sobre el particular.

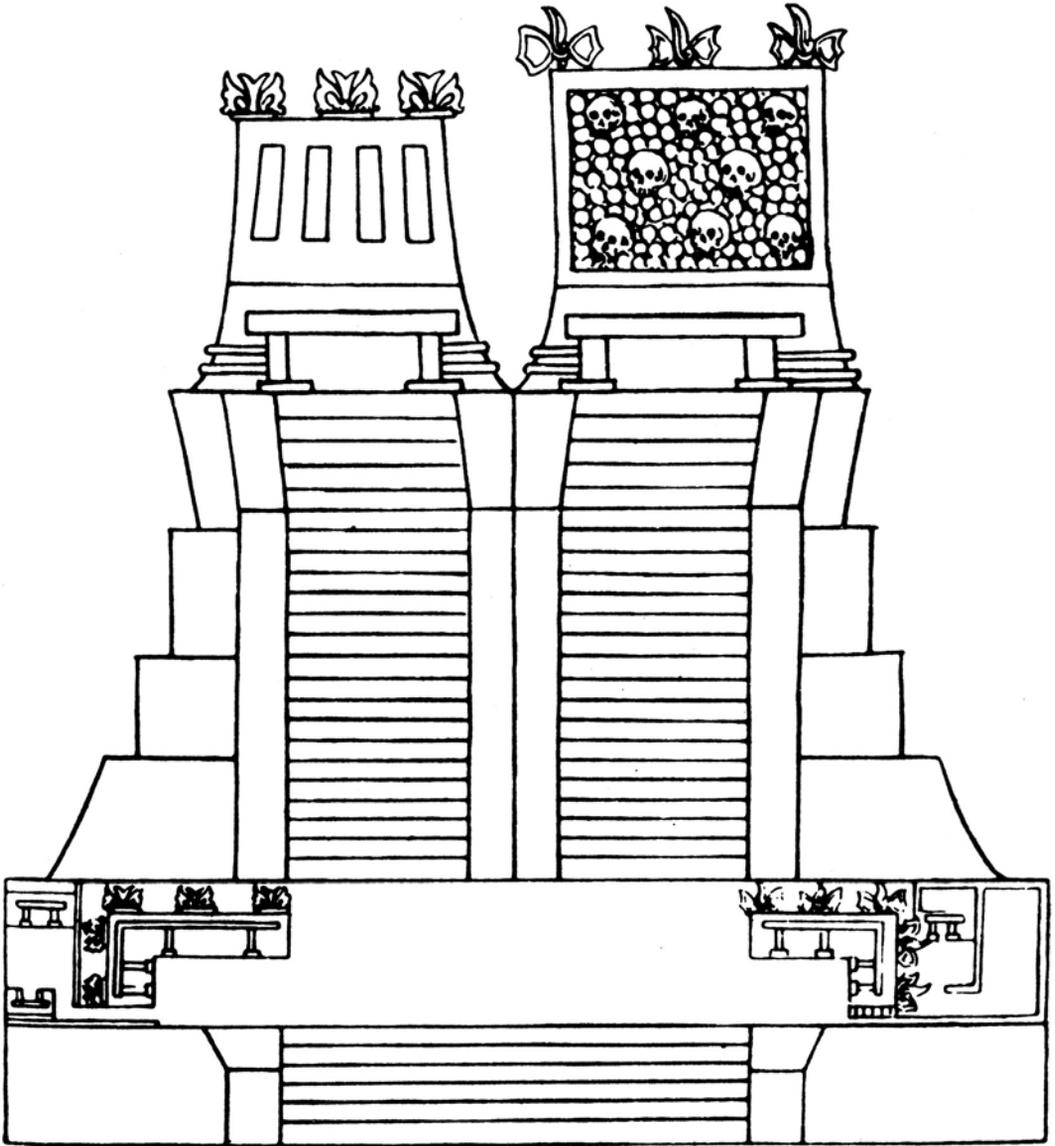
Alonso García Bravo, el autor de la traza*

Manuel Toussaint

Los artífices indígenas que trazaron la ciudad de Tenochtitlan se revelan no sólo perfectos urbanistas, sino dotados de gran sentido del arte. Es cierto que ambas circunstancias deben anudarse en el planificador, pero esto no es tan frecuente. El núcleo estaba constituido por el recinto amurallado —el famoso *coatepantli*— del gran *teocalli*. En un sistema perfecto de ejes; cuatro espectaculares calzadas desembocaban al lado del recinto. Es decir que desde lejos, cualquiera que fuese el camino que se siguiera, se veía la enorme mole del gran templo como término del viaje y como esperanza del viajero. Su calzada del norte puede decirse que era puramente espectacular y estética, pues el verdadero camino a Tepeyac se encontraba en sentido paralelo, siguiendo la misma línea del *coatepantli* por el lado del oeste. Era necesario para no romper el sistema crucial de ejes.

Sobre este gran sistema crucial se desarrolla todo el plano. Al oriente cabe la pirámide que veía a ese rumbo por carácter ritual; un espacio dentro del gran recinto permitía el desarrollo de las ceremonias. Al sur, fuera de la muralla, la gran plaza del mercado, el tianguis; y alrededor, sin romper el alineamiento rectangular, los palacios de los señores y sus dependencias. Las calles eran de tres géneros: o bien todas de tierra, o de agua, acequias; o mitad firme o mitad acuática. Los conquistadores no nos dicen si esas calles eran rectas o seguían un trazo tortuoso. Es probable que

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.



^ Traza del Templo Mayor
Biblioteca MAP.

cerca del centro respetasen la dirección marcada por las calzadas, y que ya afuera de ese “primer cuadro” se acomodasen con los causes de las acequias. Ciudad lacustre como Venecia, debe haber presentado la misma tortuosidad deliciosa, en contraste con la severa rectitud del centro, el recinto sagrado.

De todo el sistema de acequias que surcaba la antigua Tenochtitlan, muchas persistieron en la ciudad colonial; poco a poco fueron cegadas. Siendo una ciudad lacustre, el enemigo era el agua y había que cubrir las acequias y ganarle terreno a la laguna. Mas no era posible cegar de golpe las corrientes de agua, y así vemos que las más importantes subsisten durante siglos. En el plano de Alzate, de 1772, figuran aún las siguientes: la vieja acequia de Chalco que entraba por las calles de Roldán; inclinada, torcía al llegar a la calle de la Acequia, hoy Corregidora, aumentada con el caudal de otra acequia que venía del oriente en ángulo recto y seguía hacia el poniente, pasando por la plaza frente a la casa del cabildo; continuaba en línea recta hasta el Colegio de Niñas, torcía hacia la izquierda oblicuamente, separando así dicho Colegio del convento de San Francisco, y seguía su rumbo. En este plano llega hasta la Plaza del Volador, descubierta, y sólo vuelve a aparecer así detrás del Colegio de Niñas.

Otra acequia cruza inclinada de oriente a suroeste el ángulo de este rumbo de la ciudad, después de atravesar el albarradón hasta la capilla de los Gallos en que se bifurca y una rama se une a la acequia anterior, en tanto que la otra tuerce al sur y se pierde en la ciénaga de San Antonio Abad. Esta acequia no forma calle, atraviesa los bloques de casas, y modificó la forma de los solares por los sitios donde pasaba.

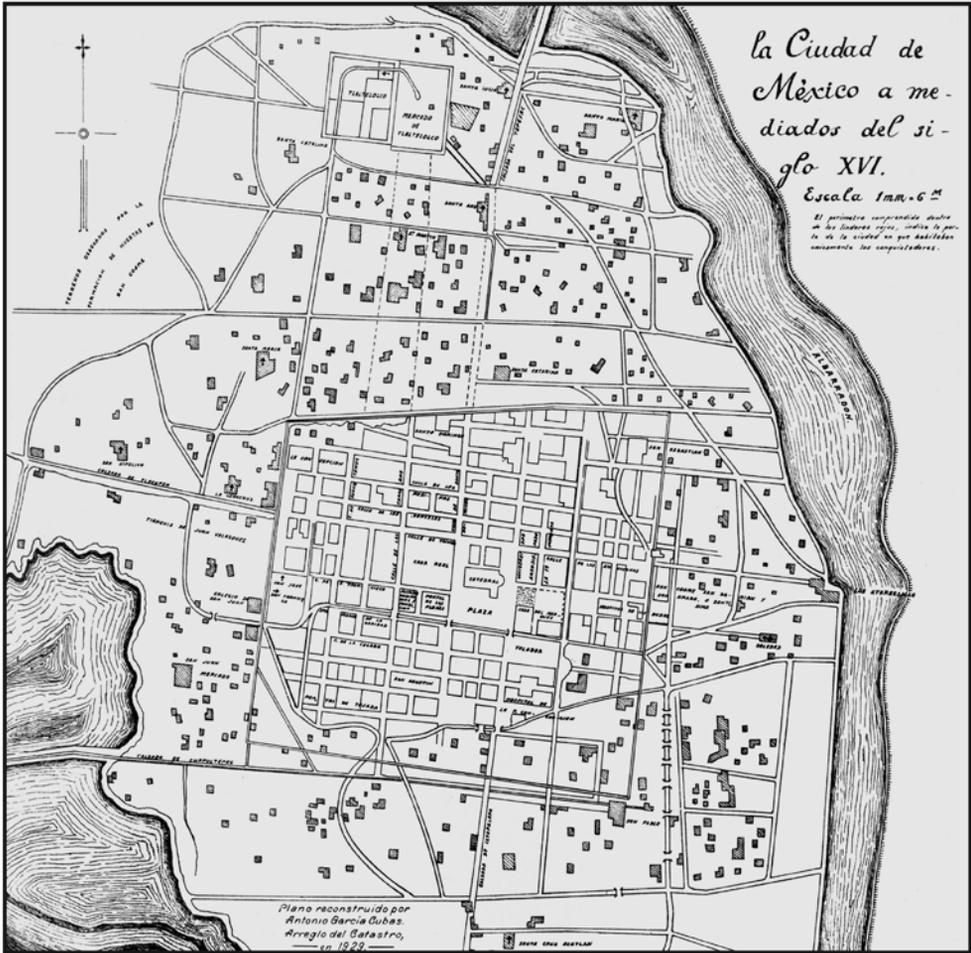
Otra acequia de gran importancia era la que corría por la calle del Apartado, inclinada de norte a sur ligeramente; pasaba por las espaldas del convento de Santo Domingo y seguía en línea recta hacia el poniente.

Por la calle de San Juan de Letrán corría otro canal de norte a sur que atravesaba perpendicularmente los que venían de oriente a poniente. Con estos elementos Alonso García Bravo realiza la traza. Arrasando el gran *teocalli*, su primera idea es unir las cuatro calzadas convirtiéndolas en dos:

el Templo Mayor, en su despojos, queda crucificado, y el centro topográfico de la ciudad indígena, ya sin importancia urbanística, se encuentra aún hoy en día en el cruce de las calles de Guatemala y Argentina. Sobre estos dos grandes ejes, supervivencia de Tenochtitlan, el topógrafo puede trazar sus coordenadas. Y las traza, pero sujeto a los dos palacios intocables. Ahora bien, ni los dos palacios eran de las mismas dimensiones —el viejo mucho mayor que el nuevo— ni se encontraban en línea; cualquiera puede darse cuenta de que la calle de La Moneda no forma línea recta con la avenida Madero, ni aun con la 5 de Mayo abierta después. Entonces el urbanista se ve obligado a tomar ambos palacios como directrices de sus calles. La primera línea que traza es la que corre frente al palacio viejo, paralela al eje norte-sur que pasa frente al palacio nuevo, y esto le da una fila de calles de igual longitud que corre de oriente a poniente. Después toma los frentes de los dos palacios y eso le da las medidas de las calles; las del oriente son como el palacio nuevo y las del poniente como el viejo. Este bordea el eje oriente-poniente y el otro una acequia que hemos visto. Las cabeceras tampoco son irregulares ni arbitrarias. Se le imponen en forma ineludible. Así las que van de norte a sur en la parte poniente parecen haber sido marcadas por el espacio comprendido entre el costado sur del palacio viejo y la acequia que pasaba frente a la plaza y las otras por la prolongación de sus calles en los dos sentidos.

Crucificado el Templo Mayor, Alonso García Bravo traza el centro de la nueva ciudad. Escoge el gran espacio que se extiende frente a los dos palacios, limitado al norte por el eje oriente-poniente —Tacuba-Guatemala—, y al sur por la acequia que llegaba a San Francisco. Esa será la Plaza Mayor de México en que se levantó primero la catedral vieja, dividiéndola en dos: la Placeta del Marqués, de la Plaza de Armas, y después la gran catedral que hoy admiramos. Las vicisitudes porque ha pasado esta gran plaza caen fuera de nuestro estudio, pero han sido bien investigadas.

Realizado el núcleo de la traza, sus calles y cabeceras, faltaba darle un límite, separarla de la ciudad indígena. Esto, políticamente era lo más importante. Los indios pacíficos que nada tenían que ver con la guerra, salvo



la sustitución de amos, seguían habitando en sus jacales construidos acaso sobre chinampas. Tomando la acequia que corría del lado del poniente, el urbanista tiene ya el límite por ese lado cortándolo al norte en el que se llamó más tarde Puente del Zacate, y en el sur en la fuente que traía el agua de Chapultepec. De esta línea, traza paralelas al oriente hasta los que fueron San Pablo en un extremo y San Sebastián en otro. En los dos ángulos anteriores estaban San Juan y Santa María. Los cuatro barrios indígenas o *calpullis* venían a quedar fuera de la traza, precisamente en las esquinas, y

a su designación nativa se sobrepuso el nombre cristiano de las advocaciones de los templos o doctrinas, así tenemos: San Juan Moyotlan, Santa María Cuepopan, San Sebastián Atzacolco y San Pedro Zoquipa. Esta traza primitiva fue ensanchada más tarde, sin la intervención de García Bravo seguramente, y el ensanche más notable fue en el costado del norte, donde se corrió hasta la acequia inclinada que hemos mencionado.

La importancia de la traza era tal que, además del alarife de la ciudad, había un empleado que tenía a su cargo cuidarla. Hacia 1550 lo era Juan Ponce, el mismo que trazara la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, por órdenes del primer virrey: don Antonio de Mendoza.

Tal fue la obra admirable del primer urbanista de México que se conservó intacta casi hasta mediados del siglo XIX. Si examinamos planos de la Ciudad de México de los siglos XVII y XVIII nos damos cuenta de que la capital creció poco y que bastaba para las necesidades de sus pobladores. Cuando don Ignacio Castera concibe el primer intento de plano regulador de la ciudad, uniforma el trazado de las calles, pero respeta el perímetro y proyecta cuatro grandes plazas en los ángulos del enorme cuadrado para descentralizar las actividades ciudadanas y hacer más uniforme la vida capital. Las ideas de Castera persistieron hasta 1842, en que el ayuntamiento hizo litografiar su plano con las cuatro grandes plazas. Es una lástima que no hayan perdurado y sido llevadas a la práctica; el crecimiento de la capital se había hecho en forma conveniente y no con el desorden y anarquía que lo caracteriza y lo sigue caracterizando. Al repartir uniformemente las actividades no habría sido necesario derribar tantos monumentos coloniales, ni abrir calles sin ton ni son. En el Primer Cuadro, la traza, se conservaría como zona histórica que albergara la vida cultural y artística, y en la periferia la ciudad moderna, amplia, sin rascacielos exóticos, hubiera permitido desarrollar una arquitectura civil propia, mexicana, de acuerdo con el clima y las necesidades; con grandes jardines y parques y sin congestión de tránsito ni riesgo de inundaciones. México se hubiera salvado.

Fragmento de célebre y descriptivo diálogo*

Francisco Cervantes de Salazar

ALFARO: ¿De quién es aquella elevada casa a la izquierda, con elegantes jambajes y cuya azotea tiene a los extremos dos torres mucho más altas que las del centro?

ZUAZO: Es el palacio arzobispal, en él hay que admirar aquel primer piso adornado de rejas de hierro, que estando tan levantado del suelo, descansa hasta la altura de las ventanas sobre un cimiento firme y sólido.

ALFARO: Ni con minas lo derribarán. Pero sin salir de esta misma acera, ¿qué es aquella casa última junto a la plaza, adornada en ambos pisos por el lado del poniente, con tantas y tan grandes ventanas y de las que oigo salir voces como de gentes que gritan?

ZUAZO: Es el santuario de Minerva, Apolo y las Musas: la escuela donde se instruyen en ciencias y virtudes los ingenios incultos de la juventud; los que gritan son los profesores.

ALFARO: ¿Y de dónde viene esa acequia que corta la calle?

ZUAZO: Es la misma que corría por la de Tacuba. Pero antes de montar a caballo contempla desde aquí cuan anchas y largas son las dos calles que en este lugar se cruzan. La de Tacuba, que pierde aquí su nombre, va siguiendo la línea recta del canal hasta la fortaleza que llamamos Altarazanas, y tanto se alegra que ni con ojos de lince puede vérselo el fin. Esta otra, no menos ancha y larga, que corre por la plaza, delante de la Universidad y del palacio del Marqués, y pasando por un puente de bóveda, se prolonga hasta mucho más allá del hospital del Marqués, dedi-

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.





cado a la Virgen, ostenta en ambas aceras las casas de los nobles e ilustres Mendoza, Zúñiga, Altamiranos, Estradas, Ávalos, Sosas, Alvarados, Sayavedras, Ávilas, Benavides, Castillas, Villafañes, y otras familias que no recuerdo.

ALFARO: La estructura de las casa corre parejas con la nobleza de sus moradores.

ZAMORA: Por aquí iremos en derechura al convento de Santo Domingo, viendo de paso las hermosas calles transversales.

ALFARO: Apenas alcanzo a ver el fin de ésta, aunque es muy ancha.

ZUAZO: Llegamos ya a la segunda, no menos ancha y larga que la primera. Porque si no se tuerce camino, hay que pasar tres calles para llegar a Santo Domingo.

ALFARO: ¿De quién son esas casas cuya fachada de piedra labrada se eleva toda a plomo, con una majestad que no he notado en otras? hermoso es el patio, y le adornan mucho las columnas, también de piedra, que forman portales a los lados. El jardín parece bastante ameno, y estando abiertas las puertas, como ahora lo están, se descubre desde aquí.

ZAMORA: estas casas fueron del doctor López, médico muy hábil y útil a la República. Ahora las ocupan sus hijos, que son muchos, y no degeneran de la honradez de su padre.

ALFARO: No habrá, pues, temor de que se les aplique aquello de: "¡Oh antigua morada, y cuánto has perdido en el cambio de dueño!".

Fundación y sustentamiento del Real Colegio de San Ildefonso*

Juan de Viera

El segundo por antigüedad es el Rl. de San Ildefonso, pues aunque hasta el año de 1618 fue admitido bajo el Rl. Patronato por el Exmo. Sor. Virrey Dn. Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcazar, éste fue el Colegio Real agregado al que antes era seminario intitulado San Pedro y San Pablo, fundado el año de 1573 y este Rl. Colegio se distingue aún en la beca que visten sus alumnos, pues los seminaristas tren el manto azul y la beca encarnada, y el Colegio Real el manto azul y la beca verde, palma y rosca, y expresamente consta que la voluntad de S.M., fue que quedase unido al Colegio del Seminario de San Pedro y San Pablo y que se guardasen los estatutos y órdenes que guardan los colegiales del Rl. Colegio de San Martín de Lima, y así se debe tomar la antigüedad de la erección del Seminario.

Después que estuvo este Colegio al cuidado y cargo de los padres ex jesuitas y de haber tenido adelantados progresos como lo atestiguan las paredes de su general cubiertas todas de retratos de hombres insignes y mitrados, pasó el año de 1777 al cuidado y gobierno de los Exmos. Sres. virreyes de este Reino, y siendo a este tiempo el Exmo. Sor. Baylío Frei Dn. Antonio María Bucareli y Ursúa, con el mayor esmero y solicitud se dedicó a su conservación y establecimiento, nombrando un rector y vicerrector, condecorados y graduados con el grado de doctor, para que gobernasen dicho Colegio con la venta, uno de 300 pesos y tres raciones: chocolate, velas y carbón; y el otro, 200 pesos con dos raciones: chocolate y

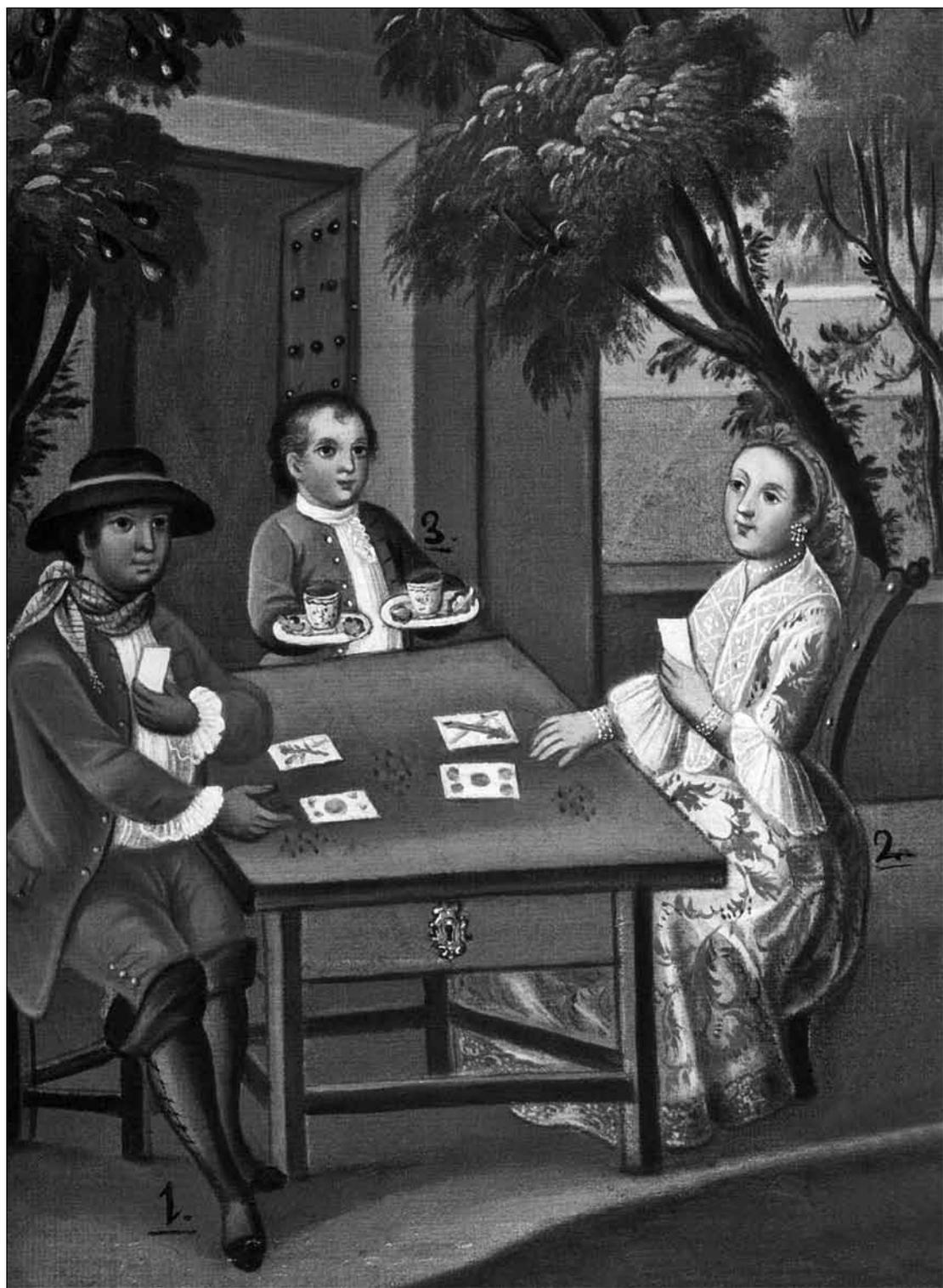
*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 794, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

velas; y ocho cátedras de Gramática, Philosophía, Theología y Cánones con 200 pesos cada maestro, dos raciones: chocolate y velas; un médico con 200 pesos de iguala; un abogado del Colegio con 100 pesos, dos raciones: chocolates y velas; y un cirujano y un barbero con 40 el uno y el otro con 50; y un mayordomo administrador de las rentas del referido Colegio con 600 pesos, dos raciones: velas y chocolate, que afianza los caudales del Colegio a satisfacción de los oficiales reales.

Ya a finales del siglo XVIII, algunos de los bachilleres del Colegio de San Ildefonso, pensaban que era bueno para Nueva España hacerla independiente, y alguno de ellos hasta se atrevieron a decirlo así en sus tesis.

Es la máquina del Colegio la fábrica más suntuosa que tiene toda la ciudad por su arquitectura, elevación y distribución de viviendas, aulas y oficinas, tiene tres distintos patios en los que corren igualmente tres arquerías, una sobre otra, subiéndose a esta eminencia por una escalera bastante amplia con seis tramos, dos descansos y seis barandales de hierro y en el último corredor está la vivienda rectoral y en el segundo, la vicerrectora; aquí se llama Colegio de Bachilleres y el otro patio que también se manda por arriba, es de quartianistas de algunos maestros. El segundo corredor bajo que hace entre suelo, es el Colegio de Pasantes y el otro patio que, aunque tiene puerta a la calle, se comunica con el Colegio Grande con la misma simetría de corredores y viviendas que el otro Colegio, es el Colegio de Philosophos y Gramáticos.





Las mujeres, los vestidos, los caballos y las calles*

Tomás Gage

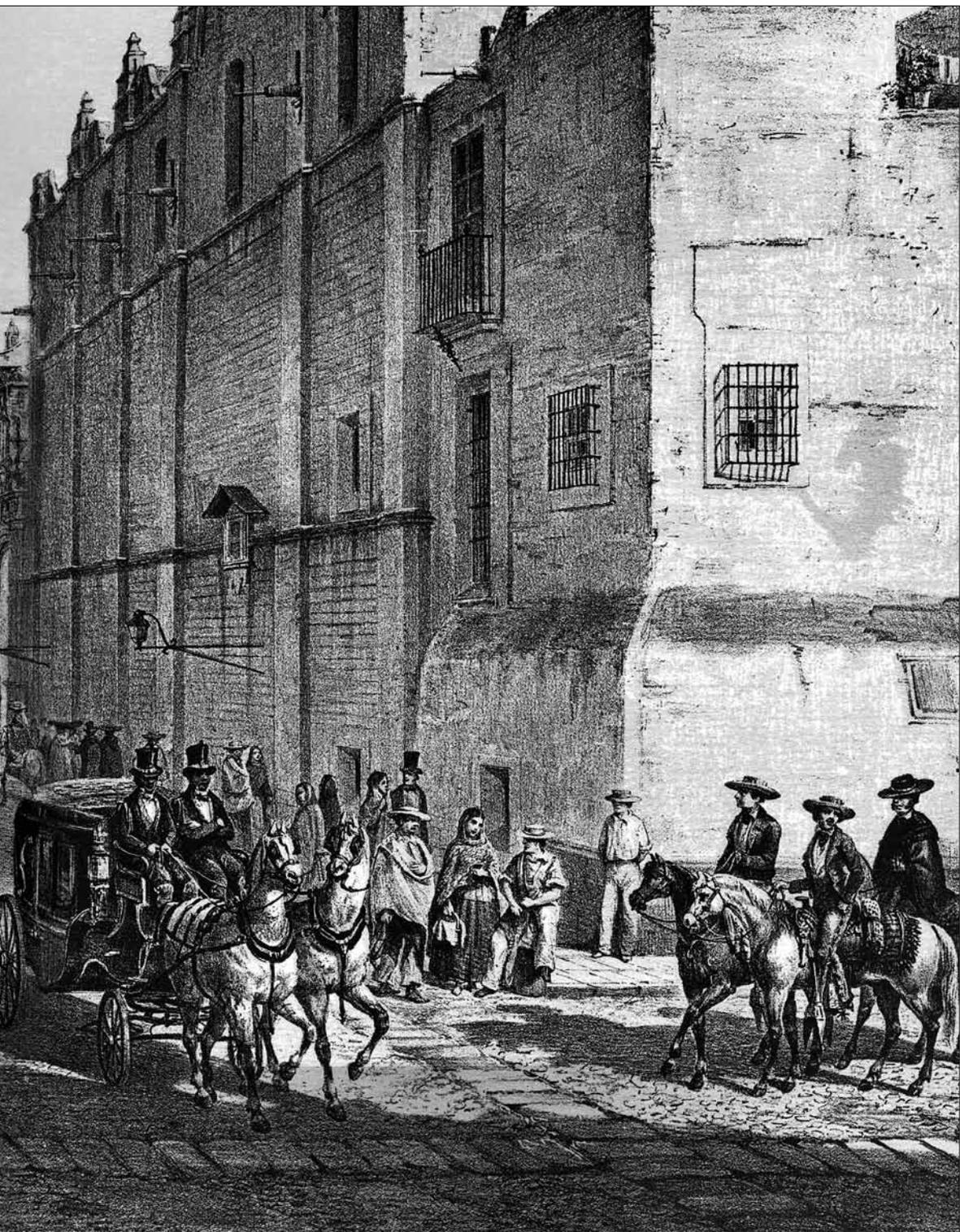
Es proverbial que en México cuatro cosas son hermosas: las mujeres, los vestidos, los caballos y las calles. A esto agregaría la belleza de los carruajes de la gente distinguida, que exceden por su costo a los mejores de la corte de Madrid y de otras partes del mundo cristiano, pues no se economiza para enriquecerlos ni plata, ni oro, ni piedras preciosas, ni telas bordadas de oro, ni sedas de China. Y a la elegancia de los caballos, el orgullo agrega a las costosas bridas y las herraduras de plata.

Las calles de la Cristiandad no pueden compararse con las de México en anchura y limpieza, ni en la riqueza de los almacenes que las adornan. Particularmente, son de admirar los talleres de los plateros y sus trabajos. Los indios y los inmigrantes chinos que se han convertido al cristianismo han superado a los españoles en ese oficio. El virrey “that went thither the year of 1625” mandó hacer un papagaio de plata, oro y piedras preciosas, para obsequiarlo al rey de España, con la perfección de los colores de la plumas —un ave mayor que un faisán— con tal exquisito arte y perfección que su precio fue evaluado por su riqueza y artesanía, en medio millón de ducados. Hay en la iglesia del convento de los dominicanos una lámpara con 300 brazos de plata forjada para otras tantas velas, y para 100 pequeñas lámparas de aceite, cada una con diversos motivos

*Artículo publicado en el suplemento “México en la Cultura”, núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< Una imagen de las Castas. De mulato(1) y española(2) sale morisco(3)
Biblioteca MAP





tan exquisitos que está evaluada en 400 mil ducados. Con trabajo tan admirable como éste, las platerías hacen que algunas calles se vean muy ricas y hermosas.

A la proverbial belleza de las mujeres debo agregar la libertad que tienen para el juego, siendo tal que el día y la noche es muy corta para terminar una primera cuando ha sido comenzada; es más, el juego es tan común entre ellas que invitan a los caballeros a sus casas para este objeto solamente. A mí mismo me aconteció que caminando por las calles en compañía de un fraile que vino conmigo de España, una dama de alta alcurnia, conociéndonos por ser chapetones —así son llamados al principio los recién llegados de España— nos llamó desde su ventana, y después de dos o tres preguntas sin importancia relativa a España, nos dijo si queríamos entrar y jugar con ella una primera.

Hombres y mujeres son exagerados en su vestir, y usan mas sedas que telas de lana o algodón. Las piedras preciosas y las perlas ayudan mucho a su vana ostentación. Es común en los caballeros adornar la cinta del sombrero con diamantes, en tanto que los mercaderes la adornan con perlas.

Es más, una negra o una joven sirvienta morena y esclava, se ingeniará para buscar los arbitrios necesarios para estar a la moda con sus collares y brazaletes de perlas, y sus aretes con valiosas joyas. El vestido del pueblo bajo, negros y mulatos —que es una mezcla de españoles y negros—, es tan ligero, y su porte tan seductor y provocativo, que muchos españoles, aún de la mejor clase social —que no son muy inclinados a las sensualidad—, desdeñan a sus propias mujeres por ellas.

Su vestido es un zagalejo de seda o algodón adornado con galones de plata y oro, con un ancho listón de colores vivos con largos flecos de oro y plata que caen hacia adelante del mismo largo del zagalejo que llega hasta el suelo, y lo mismo atrás. Sus jubones son como corpiños, sin mangas, con faldas galoneadas también con oro y plata, y con una costosa faja que les ciñe al talle, recamada con perlas y nudillos de oro —si aquellos se han de apreciar en algo—. Las mangas de sus blusas son anchas y abiertas en los extremos, de fino lino de Holanda o China, algunas labradas con seda de colores, otras con seda y oro,

< *La plazuela de Guardiola frente al Convento de San Francisco*
Litografía de Casimiro Castro y José Campillo, siglo XIX. Biblioteca MAP

otras más con seda y plata, colgando casi hasta el suelo. Sus bucles se encuentran cubiertos con una especie de toca labrada, y sobre ésta un tul de seda sujeto con una cinta dorada o plateada que ciñe la parte superior de la frente, y que por lo general llevan un letrero alusivo a algún frívolo verso amoroso. Sus desnudos pechos de un negro tostado encuéntrense solamente cubiertos con las borlas que penden de sus collares de perlas.

Es cosa corriente que los frailes visiten a las monjas devotas, y que pasen días enteros con ellas, escuchando su música y nutriéndose con sus confituras y golosinas, y para este fin tienen muchas alcobas que ellos llaman locutorios, para conversar, con barrotes de madera de por medio entre ellos y las monjas, y en estas cámaras hay mesas para que los frailes coman, y mientras comen, las monjas los recrean con sus voces. Los caballeros y ciudadanos dan a sus hijas para que se críen en estos conventos, en donde se les enseña a hacer toda clase de conservas, toda clase de labores de aguja, y a producir toda clase de música, tan exquisita en esa ciudad que me atrevo a decir que la gente es atraída a sus iglesias más por el placer de la música que por cualquier deleite en el servicio de Dios. Es más, enseñan a estas jóvenes a comportarse como actores; para atraer a la gente a sus iglesias, las hacen actuar breves diálogos en sus coros, vistiéndolas ricamente con indumentaria masculina y femenina, especialmente en el día de San Juan, y los ocho días antes de su Navidad. Estos papeles han sido tan bien actuados que han provocado no pocas luchas de facción así como combates personales —algunos en mi tiempo— para defender cuál de estos conventos superaba en música y en entrenamiento de las jóvenes. No hay placeres que existan en otras partes del mundo, que escaseen en esa ciudad, ni en sus iglesias, que deberían ser la casa de Dios y de las almas, y no del deleite de los sentidos.



El teatro de los virreyes, después recinto de un Congreso*

Cipriano de Rivas Xerif

Los mitotes o areitos que conocieron los conquistadores en México eran más que palabras. Era puro teatro; espectáculo; representación ante los ojos del espectador, por medio de la pantomima y el baile con cánticos, muy otro que el de ahora, el teatro que aquí vieron los primeros españoles llegados.

Pronto los misioneros franciscanos se dieron a procurar un cierto teatro de la doctrina cristiana que venían a predicar con el ejemplo. Y las capillas abiertas, espectáculo mezclado de la función religiosa con el sacrificio de la misa y la explicación pantomímica del misterio de la Pasión, y el sermón en la lengua indígena en que los misioneros se adiestraron luego, vinieron a repetir con este teatro abierto la originalidad del griego y de sus antecedentes orientales.

Al teatro al aire libre de los franciscanos, eminentemente popular, siguió el académico de los jesuitas, en el cerrado de sus colegios.

El teatro propiamente español, en que se funden los elementos medievales del Misterio y el Milagro extensamente europeos, con el auto castellano de la Navidad y la Pasión de Jesús, y después con la escenificación del romancero, llevada a cabo por Lope y sus coetáneos al mismo tiempo que se traducía libremente el Renacimiento italiano en las piedras eclesiásticas y civiles y en los versos de las pastorelas, tuvo su primer Teatro Real de México en el de los Virreyes y en sus palacios del Zócalo y de Chapultepec;

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

< *El antiguo Alcázar de Chapultepec*. Al centro los muñecos representando a los Reyes, a un costado el virrey y al otro el arzobispo. En la plaza no hay fiesta sin toros ni caballeros. Biblioteca MAP

aunque mucho antes en la primera Casa de Comedias —de la que aún queda la sombra de su ruina en un patio de la calle de El Salvador— se diera el repertorio de los corrales de Madrid, de Valencia y Sevilla.

De que existía un primitivo teatro popular azteca no hay testigo fehaciente que más valga para los españoles que el propio Hernán Cortés en su *Tercera carta de relación a Carlos V* al referirle de pasada que en una plaza de Tenochtitlan hay un

como teatro que está en medio de ella, hecho de cal y canto, cuadrado, de altura de dos estados y medio, y de esquina a esquina habrá 30 pasos, el cual tenían ellos para cuando hacían algunas fiestas y juegos, que los representantes de ellos se ponían allí porque toda la gente del mercado y los que estaban en bajo y encima de los portales pudiesen ver lo que se hacía.

No hay noticia precisa; sin embargo, hasta bien entrado el siglo XVII de que los virreyes de la Nueva España tuvieran el gusto propiamente palaciego del teatro, manifiesto en la corte de Felipe IV por lo que se hicieron en el Buen Retiro y en el monte de la Zarzuela, contiguo a Madrid; gusto a que los Borbones en el siglo XVIII dieron mayor auge a imitaciones de Versalles y París.

Con motivo de la entrada en México del marqués de Villena, organizó en su honor como nuevo virrey la Compañía de Jesús en el patio del Colegio de San Pedro y San Pablo, una fiesta con comedia, entremés y dos danzas bailadas por niños, y fue en el mismo año de 1640 cuando se representaron comedias en la casa del recreo de los virreyes en Chapultepec.

He aquí que todo se hizo de nuevo*

Pedro Rojas

La inscripción en la jambas del palacio arzobispal de la Ciudad de México, en pleno siglo XVIII, es un indicio de la conciencia existente sobre lo que era el Nuevo Mundo. Por la plena madurez de la dominación española, el país iba acercándose a la época de la manumisión. Lo que al principio se había encontrado con atravesar el Atlántico, lo que más tarde se hizo para incorporar a los indios al cristianismo, lo que constantemente se trasplantó de Europa a la América y se convirtió en fruto mestizo, todo esto era fascinante y portentoso. De la Nueva España cantaron todas las excelsitudes Bernardo de Balbuena en su *Grandeza mexicana* y Rafael Landívar en su *Rusticatio mexicana*.

La portada del arzobispado, con su frase lapidaria, bien pudo tomarse como un ejemplo de la manera desconocida como se creaba la arquitectura. No era una reproducción de alguna obra española, si no la interpretación colonial mexicana de un estilo metropolitano. Así se venían haciendo infinidad de obras de arte y todas eran reflejo de un nuevo género de vida.

En los albores de la colonización se dispuso que los españoles coexistieran con los indios, para lo cual de manera general se mantuvo a éstos en sus primitivas posesiones y se dio reconocimiento a su organización social. Se establecieron, por tanto, dos ámbitos diferentes aunque relacionados entre sí por muchos conceptos: el de los indios y el de los españoles.

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 794, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.



Esa política tuvo incalculables consecuencias que son de notarse hasta el presente, y sin lo cual es imposible entender a México.

El arte de que fueron portadoras las primeras generaciones de españoles emigrantes floreció de manera distinta en cada uno de aquellos ámbitos. Se aplicó de manera intensa e ingenua a las tareas de la evangelización y tutelaje monástico de los indios durante el siglo XVI. En cambio se fue desarrollando de un modo lento y racial para crear la traza de las nuevas poblaciones de españoles, su edificación en los aspectos públicos, privados y eclesiásticos. En una parte se levantaron los numerosos conventos que sirvieron de centros de evangelización, con sus insólitos atrios y capillas de indios, y formas estructurales y de ornamentación que, cuando no inventadas, eran extraños frutos de mezclar en sólidas edificaciones las fantasías decorativas del gótico, el plateresco, el clasicismo, el mudéjar y mucho de resabios de la sensibilidad indígena. En la otra parte se adoptaron fórmulas modernas para la traza de los poblados y de sus pormenores—como las centrales Plazas de Armas—. El espíritu medieval que en sus rasgos caballerescos coincidía con el impulso de la Conquista y la subsecuente ostentación del triunfo y el poder, fue combatido por la Corona en favor de una vida en armonía con los sometidos, haciendo que por lo menos en su parte urbana, la arquitectura hostil cediera el sitio a la que denotara la paz burguesa en el estilo del Renacimiento. Sobre esas bases tomó rumbo y acento la vida colonial.

Durante los siglos XVII y XVIII la Colonia prospera y su gran potencial económico se traduce en el desarrollo de la iniciativa en el terreno de las artes. Las características geográficas y sociales del país se dejan sentir imprimiendo una fisonomía distinta a los estilos españoles de las artes, los que se toman como punto de partida y como inspiración para las obras apetecidas por el mundo colonial. Se crea un inconfundible arte mexicano.

La arquitectura renacentista sirve de sustento a la Colonia y las modalidades del barroco español se adoptan para ornamentarla. Primero las

composiciones a base de soportes salomónicos y después utilizando el pilar estípite, se prodigan para dar movimiento y suntuosidad a las partes más efectistas de la arquitectura. Los retablos y los muebles se presentan del mismo modo. Las potencialidades de estas formas estilísticas se desarrollan hasta lo infinito y a ella se suman elementos del gusto francamente popular. El juego de los colores es tan importante como el de los volúmenes. El oro se usa con tanta prodigalidad como el estofado, el azulejo multicolor y los estucos policromados. Por dentro y por fuera, en lo grande y en lo pequeño, los artífices crearon un mundo fascinante de espacios y de tintes. La conciencia de la singularidad que florecía en todos los órdenes, pudo hallar expresión en la frase apocalíptica. “He aquí que todo se hizo nuevo...”

✓ Detalle de uno de los frescos, pintados por los indios, en el Convento de Culhuacán
Biblioteca MAP



Bellos ejemplos de la arquitectura civil*

Justino Fernández

En general las residencias o casa señoriales tienen por planta un patio principal y crujías en sus cuatro lados, y otro patio posterior para el servicio de los caballos. El piso bajo y el entresuelo se usaban para oficinas, despachos y lo relativo a la administración de haciendas y bienes. En el piso principal se encontraban las habitaciones, desembocando a corredores, la capilla, la antesala y el gran salón, éste siempre sobre la calle; en la parte del fondo: el comedor, los baños y las cocinas.

Otra residencia excepcional en la Ciudad de México es la que fue casa señorial del conde de Santiago de Calimaya —en la calle de Pino Suárez número 30—, obra del último cuarto del siglo XVIII (1779); su estilo barroco es vigoroso y sin debilidades decadentes. Tanto las fachadas a una y otra calle —pues está en una esquina— como el patio son espléndidos, aunque sin llegar a las proporciones del hotel Iturbide⁴. En la esquina misma asoma, en la base, una cabeza de serpiente, que es una auténtica escultura azteca colocada allí, quizá como símbolo. Los labrados de las portadas y de los marcos de los vanos son excelentes y todavía se conserva el magnífico zaguán de la época, ensamblado y tallado en madera. Remata la fachada una crestería que tiene la característica de estar interrumpida por gárgolas en forma de cañón, símbolos bélicos de poder. Es una de esas grandes

*Fragmento de un capítulo del libro del autor titulado *Arte mexicano, de sus orígenes a nuestros días*, México, Porrúa. Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

⁴Actualmente, sede de Fomento Cultural Banamex y Palacio de Cultura Banamex.

mansiones que por su calidad arquitectónica justifican que se haya llamado a México la Ciudad de los Palacios.

También la casa del conde de San Mateo de Valparaíso, hoy ocupada por el Banco Nacional,² en la esquina de Isabel la Católica y Venustiano Carranza, en la capital, es obra notable. En sus fachadas ricas, pero de cierta sobriedad, se combinan los marcos y tableros de piedra y tallas de los vanos con paños lisos cubiertos de tezontle y se adornan con remates. En la esquina misma y sobre los dos cuerpos de las fachadas se levanta un torreón, con vanos y un nicho en el ángulo principal. El patio es muy interesante, pues tiene un juego de arcos extendidos y cruzados, y una escalera extraordinaria de doble rampa en forma de caracol. El arquitecto fue Francisco de Guerrero y Torres, quien construyó la residencia de 1769 a 1772.

Podrían añadirse otras casas señoriales de la capital, como la del conde de Heras Soto, en la esquina de Chile y Donceles; las del Mayorazgo de Guerrero, una frente a la otra en las esquinas de Correo Mayor y Zapata; la llamada Casa de los Mascarones, en la Ribera de San Cosme, con sus preciosas pilastras estípites bajo las gárgolas; la del conde de San Bartolomé de Xala, en Venustiano Carranza número 73, obra de Lorenzo Rodríguez, terminada en 1764. Sería un inventario interminable; sin embargo, es necesario destacar la residencia del conde del Valle de Orizaba llamada Casa de los Azulejos, desde hace años ocupada por Sanborn's, en la avenida Madero de la capital. Es un monumento que tiene un resabio oriental y una gran unidad en su exterior e interior, de excelentes proporciones, con sus fachadas bien compuestas con los marcos de los vanos en cantera labrada y todos los entrepaños cubiertos de azulejo blanco y azul; sobre las cornisas del segundo cuerpo sobresale el paradero con remates de cerámica, muy bellos, y al eje de la portada un gran nicho. El patio tiene columnas octogonales, recuerdo mudéjar como los azulejos, con platabandas y zapatas, y una bonita fuente; la escalera es espléndida y se vino a enriquecer con la magnífica

La imponente puerta de la casa del conde de Heras y Soto >
Biblioteca MAP

²Se refiere al Banco Nacional de México (Banamex)



pintura al fresco de José Clemente Orozco que tiene por tema la Omniciencia, así, las formas poderosas de ese artista encontraron un marco barroco con el que armoniza y contribuye al esplendor del edificio que es una joya de la arquitectura civil de la Nueva España.

De Puebla se puede hacer un inventario de residencias coloniales abundante en ejemplares de primer orden, pues se han conservado en mayor número que en México; pero el carácter poblano queda bien representado con la bella Casa de Alfeñique, hoy día museo, obra del arquitecto Antonio de Santa María Incháurregui, quien la construyó a fines del siglo XVIII. Su portada y los marcos de los vanos tienen labrados en relieve, las cornisas se mueven con salientes caprichosas, si bien uno de ellos sirve de piso a los balcones superiores, que, además, se unen por una especie de "marquesina". El efecto de todos esos elementos arquitectónicos encalados en blanco, ornamentados y ricos en perfiles, con los paños lisos entre ellos, cubiertos de ladrillo rojo alternado con azulejos, es extraordinariamente bello, alegre, lujoso y de cierta preciosa fragilidad, a todo lo cual debe su fama esta casa, pues se antoja en realidad como dulce mudéjar de azúcar y almendra.

En la misma ciudad de Puebla existe otro monumento singular: la Biblioteca Palafoxiana, construida como tal en 1773, con una elegante portada con gran marco, estípites, escudos y remates. Es un salón monumental con bóvedas de arista y ventanas en los lunetos; su piso es de alambrilla, combinación de ladrillo rojo y azulejos. Pero lo más notable es que se conserva íntegramente la estantería de madera del siglo XVIII así como un retablo dorado al fondo que es una verdadera joya de la carpintería de la época. La unidad y el ambiente que tiene, así como la librería, que se compone de muchos tesoros bibliográficos, hacen de esta biblioteca una gran obra de arte.

Pero si se quiere tener idea del arte civil barroco en unos cuantos ejemplos del primer orden de edificios para instituciones, es necesario detenerse entre grandes obras de la capital: la ex aduana de Santo Domingo, hoy

Tesorería del Distrito Federal,³ en cuya escalera hay una pintura mural en proceso de David Alfaro Siqueiros.⁴ El Colegio de San Ildefonso, ahora Escuela Nacional Preparatoria,⁵ en cuyos patios y escaleras se encuentran pinturas murales de Orozco, Siqueiros, Leal, Charlot, Revultas y Alva de la Canal, pues fue el sitio en donde se hicieron las primeras obras importantes del siglo, de manera que hay que incluir la que ejecutó Rivera, antes que las otras, en el anfiteatro Simón Bolívar. Si bien esta construcción aunque es estilo barroco del siglo XVIII, fue levantada en los primeros años del siglo XX. Además, en el salón llamado El Generalito se instaló hace tiempo y acaba de ser restaurada⁶ la espléndida sillería que perteneció al coro del convento de San Agustín. Por último, otro gran edificio: el Colegio de las Vizcaínas, con soberbias fachadas y patios que ocupa toda una manzana, pues en parte está rodeado de viviendas construidas originalmente para ayudar al Colegio con las rentas. Estas viviendas son las llamadas “de taza y plato”, pues se componen sólo de dos cuartos, uno sobre el otro, comunicados por una sencilla escalera de madera; generalmente el cuarto de abajo se ocupa en taller y el superior para habitación. Los baños y otros servicios son colectivos. En los tres edificios mencionados la arquitectura barroca más vigorosa y sobria luce todo el esplendor de sus recias formas sin remilgos y dan la sensación de estar contruidos “para siempre”, por su aplomo y colosales proporciones.

Y aquí terminaremos esta presentación de la arquitectura civil, aunque breve si se considera la riqueza —que es otro capítulo magnífico por sí— original del arte barroco, ya que formas y materiales fueron tratados en la Nueva España con maestría y positiva genialidad.

Sala de lectura. Biblioteca Palafoxiana, Puebla, México >
Biblioteca MAP

³Actualmente el edificio alberga oficinas de la Secretaría de Educación Pública.

⁴El autor se refiere al mural *Patricios y parricidas*, 1946.

⁵En 1978, el antiguo Colegio de San Ildefonso dejó de ser sede de la preparatoria, y a partir de 1992, es sede de importantes exposiciones temporales.

⁶En 1964.







Español con India
Mestizo.



Mestizo con Español
Castizo.



Castizo con Española
Español.



Español con Negra
Mulata.



Mulato con Española.
Morisco.



Morisco con Española
Chino.



Chino con India
Salta altas.



Salta altas con Mulata.
Lobo.



Lobo con China
Cribaro.



Gibaro con Mulata
Albarazado.



Albarazado con Negra
Canbujo.



Canbujo con India.
Sanbaigo.



Sanbaigo con Loba
Colpamulato.



Colpamulato con Canbujo
Tente en el Aire.



Tente en el Aire con Mulata
Noceñtiento.



Noceñtiento con India
Tornabraz.

La división en castas*

José María Marroquí

En el edicto del señor Lorenzana hizo la reforma esencial de quitar a los curas la jurisdicción especial que ejercían; los unos sobre los españoles solamente, y los otros sobre los indios y las castas, extendiéndola a todos sobre todas las tres clases: con separación si de los libros parroquiales para cada una de éstas, comprendiendo en los de castas a todas ellas sin distinción.

Entiéndanse por castas los hijos que resultaban de la unión de padres de distintas razas, y de la mezcla de estos hijos entre sí. Fueron tantas que ni la imaginación tal vez podría abarcarlas; no obstante esto, se hizo una manera de clasificación, cuyos nombres designaban las diversas combinaciones de las mezclas y sus diversos grados. El erudito anotador del Concilio Tercero Mexicano, resumiendo las varias nomenclaturas que encontró usadas, tomó el siguiente catálogo que contiene hasta veintidós clases, con sus nombres:

1. De español u hombre blanco —porque así se llamaba antiguamente a todos los de color— con india sale mestizo.
2. De mestizo con española, sale castizo o cuarterón.
3. De castizo o cuarterón con española, sale puchuel.
4. De puchuel con española, sale español.

*Artículo publicado en el suplemento "México en la Cultura", núm. 791, tercera época, del diario *Novedades*, 17 de mayo de 1964.

5. De español con negra, sale mulato.
6. De mulato con española, sale morisco o cuarterón.
7. De morisco o cuarterón con española, sale salta-atrás o quinterón.
8. De salta-atrás o quinterón con española, sale requinterón.
9. De requinterón con española, sale tente en el aire.
10. De tente en el aire con española, sale español.

11. De salta-atrás o quinterón con india, sale chino.
12. De chino con mulata, sale lobo.
13. De lobo con mulata, sale gibaró.
14. De gibaró con india, sale albarrasado.
15. De albarrasado con negra, sale cambujo.
16. De cambujo con india, sale sambaigo.
17. De sambaigo con mulata, sale calpan-mulato.
18. De calpan-mulato con sambaiga, sale tente en el aire.
19. De tente en el aire con mulata, sale salta-atrás o no te entiendo.
20. De salta-atrás o no te entiendo con india, sale ahí te estás.
21. De negro y mulata o negro e india, sale sambo.
22. De indio y mulata, sale coyote.

Con la diferencia de los libros se conservó también la diferencia de aranceles, pues siendo distintos los posibles de las clases, no era justo cobrar a todos por uno mismo.

Bibliografía

- A pie. Crónicas de la ciudad de México*, edición especial, México, año 3, núm. 8, 2005.
- BENÍTEZ, Fernando, *La ciudad de México: 1325-1982*, México, Salvat, 1984, 2 vols.
- BREHME, Hugo, *México pintoresco*, presentación por Roberto Diéguez Armas, prólogo por Elena Poniatowska, México, Miguel Ángel Porrúa, 1990, pp. ccxlili-cclxi.
- CURIEL, Gustavo *et al.*, *Pintura y vida cotidiana en México. 1650-1950*, presentaciones por Roberto Hernández, Alfredo Harp Helú y Rafael Tovar y de Teresa, México, Fomento Cultural Banamex, Conaculta, 1999, 365 pp.
- FERNÁNDEZ, Justo *et al.*, *El alma de México*, prólogo por Carlos Fuentes, introducción por Héctor Tajonar, México, Conaculta, 2001, 240 pp.
- GONZÁLEZ GAMIO, Ángeles, *El patrimonio rescatado*, prólogo por Miguel León Portilla, México, Departamento del Distrito Federal, 1993.
- LOZADA LEÓN, Guadalupe, *Los espacios de decisión en la ciudad de México*, presentaciones por María de los Ángeles Moreno Uriegas y Miguel González Compeán, México, Asamblea Legislativa del Distrito Federal, II Legislatura, 2002, 297 pp.
- México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso...*, obra publicada bajo la dirección de Vicente Riva Palacio e imparcial y concienzudamente escrita... por Juan de Dios Arias, *et al.*, vol. 3, 17^o. ed., México, Cumbre.
- México y sus alrededores*, colección de monumentos, trajes y paisajes, artículos descriptivos por Marcos Arroniz *et. al.*, prefacio por Artemio del Valle-Arizpe, México, 1 vol. Edición Centenaria, reproducción facsimilar, 1961.

- MOMPRADE, Electra L. y Tonatiúh Gutiérrez, *Imagen de México. Mapas, grabados y litografías*, presentación por Luis Echeverría, México, Salvat, 1976, 349 pp.
- Puebla: *Patrimonio de la Humanidad*, presentación por Enrique Agüera Ibáñez, prólogo por Raúl Gil Mejía. 2^a. ed., México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2004, 215 pp.
- SOLÍS, Felipe *et al.*, *Tlatelolco*, presentación por Fernando Solana, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990, 99 pp.
- SOLÍS, Felipe *et al.*, *Teotihuacán: ciudad de los dioses*, fotos de Martirene Alcántara, presentaciones de Consuelo Sáizar y Alfonso de María y Campos, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009, 265 pp.
- SOTOMAYOR, Arturo, *La ciudad antigua de México. Siglos XVI-XX*, presentación por Héctor Hernández Cervantes, introducción por José Iturriaga, México, Bancomer, 1990, 227 pp.
- VARGAS LUGO, Elisa *et al.*, *Antiguo Colegio de San Ildefonso*, presentación por Carlos Sales Gutiérrez, prólogo por Dolores Béistegui de Robles, fotos de Bob Schalkwijk, México, Nacional Financiera, 1997, 165 pp.

Índice

PRESENTACIÓN	
<i>Yuriria Iturriaga</i>	5
EL RENACIMIENTO DEL CENTRO HISTÓRICO	
<i>Ángeles González Gamio</i>	7
UN POCO DE HISTORIA	
<i>José Rogelio Álvarez</i>	17
DE JOSÉ E. ITURRIAGA, UN INTRODUCTORIO PARA <i>LA CIUDAD DE LOS PALACIOS:</i> <i>CRÓNICA DE UN PATRIMONIO PERDIDO,</i> <i>DE GUILLERMO TOVAR DE TERESA MÉXICO, 1990</i>	
A MANERA DE TEXTO INTRODUCTORIO	
<i>José E. Iturriaga</i>	27
ARTÍCULO JUGUETÓN	
<i>José E. Iturriaga</i>	39

COMPLETA DESCRIPCIÓN Y COMENTARIOS SOBRE UN MAGNO
PROYECTO URBANÍSTICO: RESTITUIR A UN VASTO SECTOR
METROPOLITANO EL AMBIENTE Y LA ARQUITECTURA VIRREINALES

UN CENTRO CULTURAL Y TURÍSTICO

SIN IGUAL EN EL MUNDO

José E. Iturriaga 43

PROPÓSITOS QUE ENALTECEN

EL PROYECTO DE ITURRIAGA

Jaime Torres Bodet 61

EJEMPLO PARA EVITAR LA BARBARIE

DE FUNCIONARIOS DE PROVINCIA

José Rojas Garcidueñas 67

UNA FUENTE DE RIQUEZA CULTURAL Y ECONÓMICA

Eduardo Villaseñor 71

CONTRA LA INCURIA Y LO MEZQUINO DEL LUCRO

Antonio Martínez Báez 73

LO INDÍGENA Y LO HISPÁNICO,

BASES PARA ACENDRAR EL SENTIDO DE NACIONALIDAD

José Campillo Sáenz 75

EL GOBIERNO DE LA CIUDAD Y SUS POSIBILIDADES

DE EXALTAR SU VALOR ARTÍSTICO

Pedro Ramírez Vázquez 81

UNA ISLA DE TRANQUILIDAD SERÁ LA ZONA VIRREINAL

Eusebio Dávalos Hurtado 85

CÚMPLASE ASÍ LA URGENCIA DE PROTEGER A LA CIUDAD <i>José Lorenzo Cossío</i>	89
LA CIRCULACIÓN SUBTERRÁNEA, SOLUCIÓN QUE DEMANDA EL PROYECTO DE ÍTURRIAGA <i>Enrique de la Mora y Palomar</i>	94
HAY RECURSOS ECONÓMICOS PARA REALIZAR EL PROYECTO <i>Juan Sánchez Navarro</i>	95
ES FACTIBLE UNA EMPRESA FINANCIADA POR SÍ MISMA <i>Daniel J. Bello.</i>	99
TESTIMONIO DE LOS CRONISTAS Y ELOGIO DE LOS CRÍTICOS DE ARTE A LA CIUDAD DE MÉXICO <i>Isidro Mendicuti.</i>	404
ALONSO GARCÍA BRAVO, EL AUTOR DE LA TRAZA <i>Manuel Toussaint</i>	409
FRAGMENTO DE CÉLEBRE Y DESCRIPTIVO DIÁLOGO <i>Francisco Cervantes de Salazar.</i>	415
FUNDACIÓN Y SUSTENTAMIENTO DEL REAL COLEGIO DE SAN YLDEFONSO <i>Juan de Viera</i>	419
LAS MUJERES, LOS VESTIDOS, LOS CABALLOS Y LAS CALLES <i>Tomás Gage</i>	423
EL TEATRO DE LOS VIRREYES, DESPUÉS RECINTO DE UN CONGRESO <i>Cipriano de Rivas Xerif</i>	429

HE AQUÍ QUE TODO SE HIZO DE NUEVO	
<i>Pedro Rojas</i>	131
BELLOS EJEMPLOS DE LA ARQUITECTURA CIVIL	
<i>Justino Fernández</i>	135
LA DIVISIÓN EN CASTAS	
<i>José María Marroquí</i>	143
BIBLIOGRAFÍA	145

OBRAS

José E. Harriaga
La categoría de
Centro Histórico y su rescate
Ciudad de México



se terminó de imprimir en la Ciudad de México durante el mes de junio del año 2012.

Para su impresión se utilizó papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos. La edición estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.

ISBN 978-607-401-598-0

Obras de José E. Iturriaga

PATRIMONIO CULTURAL Y DIVERTIMENTOS

- *La categoría de Centro Histórico y su rescate. Ciudad de México*
- *Rastros y rostros*
- *Lo religioso en el refranero mexicano*
- *Varia sobre cultura, arquitectura, filosofía, lenguaje y arte*

NACIONALISMO Y POLÍTICA INTERNACIONAL

- *México en el Congreso de Estados Unidos*
- *Ustedes y nosotros*
- *Varia sobre política internacional de México y en general*

SOCIOLOGÍA, ECONOMÍA

Y POLÍTICA NACIONAL

- *La estructura social y cultural de México*
- *Varia sobre coyunturas económicas y políticas en México*

HISTORIA DE MÉXICO Y AMÉRICA LATINA

- *México y América Latina*
- *Varia sobre historia de México y América Latina*



CRÓNICA

MÉXICO, nuestra gran capital federal, ha padecido en diversas etapas la depredación salvaje, pero también una penosa desmemoria de sí misma y de su grandeza histórica. Sentimientos contradictorios de orgullo y de vergüenza, de frustración y de esperanza movieron a José E. Iturriaga a redactar en 1964, un memorándum dirigido al presidente Adolfo López Mateos, en el cual le propuso llevar a cabo un gran plan de rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México. Entre los centenares de notas y artículos de la prensa que se publicaron en apoyo a la iniciativa, sobresalió el número especial de "México en la Cultura", suplemento del diario *Novedades* del 17 de mayo de 1964, donde se dieron a conocer las opiniones de expertos, intelectuales, historiadores, comerciantes y empresarios, mismas que recoge *La categoría de Centro Histórico y su rescate. Ciudad de México*. Esto desató la polémica y las especulaciones políticas y económicas porque si bien los mexicanos y en especial los capitalinos ilustrados se jactaban —igual que ahora— de la grandeza de su metrópoli, a la vez se dolían de la progresiva destrucción de los valores arquitectónicos que le dan carácter.

JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ

Miguel Ángel
Porrúa

Las Ciencias
sociales
TERCERA DÉCADA